



CONDE DE CEDILLO

LA
LEYENDA
DEL
PALACIO
NOVELA
SECOVIANA



DGCL
A

LA LEYENDA DEL PALACIO

t. 135701
c. 125324

LA FAYENDA DEL PALACIO

CONDE DE CEDILLO
BARÓN DE HERMORO

LA LEYENDA

DEL PALACIO

NOVELA SEGOVIANA



SEGOVIA
Imprenta Provincial

—
1926

LOZANO DE GIBLLO
CASA DE ALBARRAN

LA LEYENDA

DEL PALACIO

UNIVERSIDAD



125324

A mi Hija María Josefina.

Hace años te dediqué un soneto. Ahora te dedico un libro. Cuando te dediqué el soneto eras todavía una niña. Ahora eres ya una mujer. Entre una mujer y una niña hay mucha más semejanza que entre un libro y un soneto. Una mujer — dicho sea en elogio suyo — siempre tiene algo de niña. Pero un libro ¿tiene algo de soneto? Un soneto suena o, al menos, debe sonar siempre a algo. Pero ¿a qué suena un libro, a qué suena ese rímero de hojas uniformemente impresas, cortadas y prensadas a que llamamos libro? Un libro puede representar mucho, o poco o nada. Puede ser muy bueno o muy mediocre o muy malo. Puede ser un ariete formidable y puede ser la espada de Bernardo.

Este que hoy pongo en tus manos yo no sé si vale algo, pero sí sé que aspiro a que te suene a algo. A algo confío en que te han de sonar desde

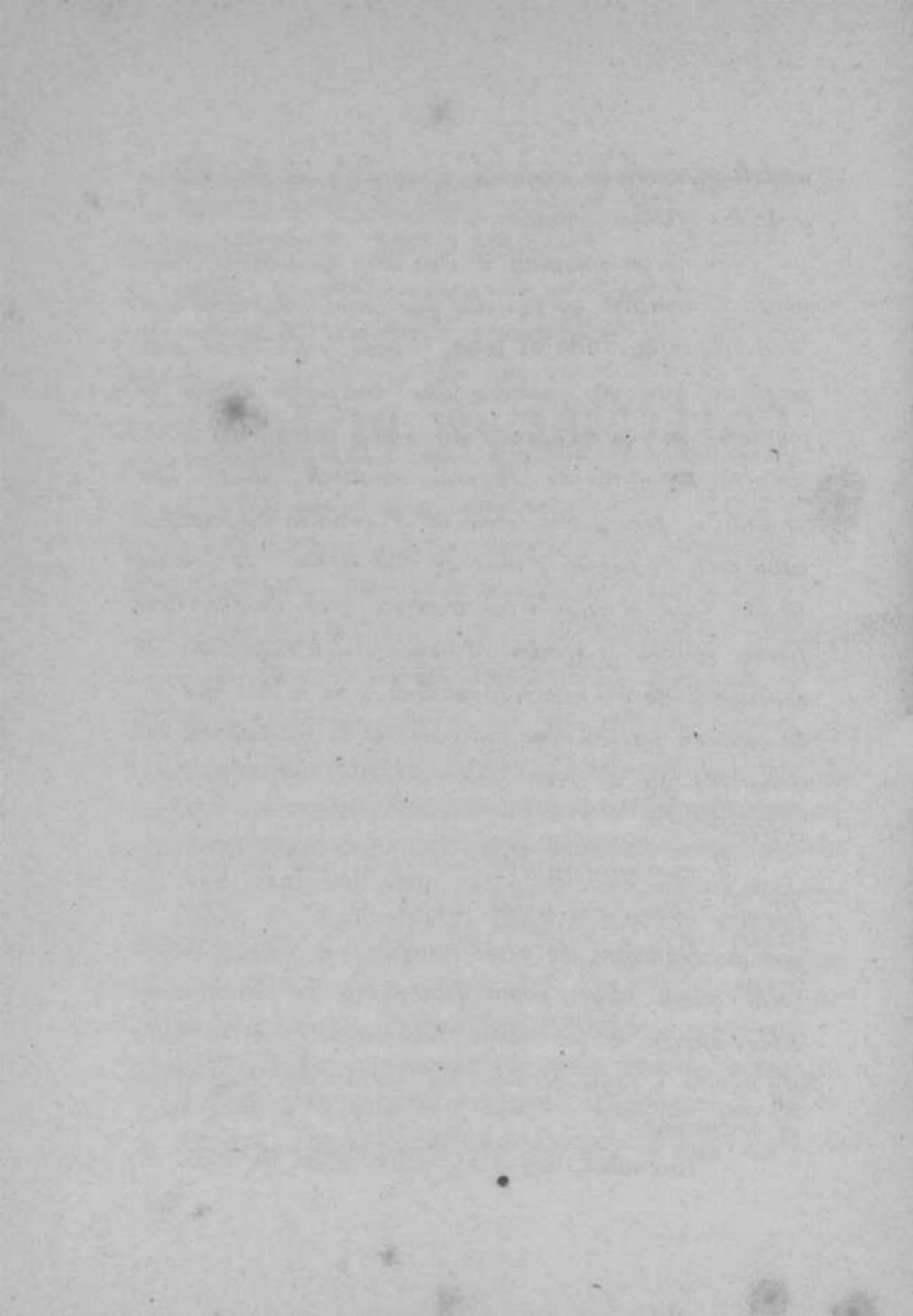
el primer momento su título y su subtítulo: La leyenda del palacio. Novela segoviana. En tus años infantiles y también en tus años de mozueta, tú has sido y sigues siendo la princesica mayor de un palacete de esta tierra. Tú has vivido la vida rural y has hecho el bien que has podido y te has compenetrado con los moradores de esta aldea acogiendo a sus hijas con el amor de hermana. Tú has trillado en unas eras y te has encaramado a los árboles de un huerto y has cogido la sobrosa fruta con que sus copas te brindaban y has oído las cadencias de un molino movido por las aguas de un arroyuelo y has visto crecer un pinar y has aspirado sus esfluvios y has yantado bajo su fronda y has contemplado, encumbrada en una risca, en serenas tardes estivales, solemnes puestas de sol entre espléndidos celajes. Tú, hija de Castilla, sientes la austera belleza castellana, con sus dilatadas llanuras y sus amplísimos horizontes. Tú gozas con la lectura de la Historia y amas la tradición y disfrutas ante la variedad de los matices regionales y locales de esta admirable e inagotable España. Por tus venas, mezclada con sangre toledana y vasca y catalana y

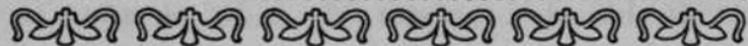
andaluza, corre la segoviana sangre de los del Hierro y de los Arias Dávila...

¿Te va ya sonando a algo más todo esto? Pues ahora te repetiré yo aquello que inopinadamente oyó San Agustín. *Tolle et lege. Toma y lee. Lee esas páginas, que yo quisiera que acertaran a ser el pequeño poema en prosa de una reducida comarca de esta provincia de Segovia, comarca que tú has andado a pie y has corrido a caballo de punta a cabo más de cuatro y más de diez veces. Si cuando tú las leas y cuando las lean los que conocen esta tierra sientes y sienten el acicate del recuerdo o el mordente de la emoción estética y si a los que no la conocen parece algo así como si la conocieran, me atrevería yo a creer que no había sido un mal intérprete...*

Y comoquiera que ello sea, ahí queda este librejo, Benjamín hasta ahora, no sé si provisional o definitivo, de otros muchos hermanos suyos. Ahí queda, digo, como testimonio de mi irreductible afición a las cosas segovianas y a la letra de molde y como prenda del cariño que te profesa el dedicante.

Hoyuelos (Segovia), Septiembre de 1925.





LA LÉYENDA DEL PALACIO

I

La Partida

ERA una hermosa mañana del mes de Mayo. La naturaleza, hasta poco antes aletargada y casi muerta por decreto del largo invierno segoviano, desperezábase risueña y con unas ganas de vivir a que nada ni nadie podía sustraerse. El padre sol avanzaba solemne por el espacio de purísimo azul, libre de toldos y veladuras, tiñendo de oro lo que poco antes de plata parecía. Los campos de altas y apretadas mieses, acariciadas por el retozón cefirillo, un rizado mar semejaban, verde como la esperanza del labriego, que en

él cifraba el bienestar de todo el año. La magnífica chopera que, en correcta formación, venía escoltando el próximo arroyo desde la cotera de Laguna hasta la de Melque, acompañaba con su místico murmullo los susurros de variadísima gama de las claras aguas del arroyo, que ora resbalaban serenas, ora triscaban rientes sobre su lecho, de arenas y blancas pedrezuelas formado. En la espesa fronda legiones de parleras avecillas completaban con el concierto de sus lenguas la grandiosa sinfonia con que la agradecida Naturaleza parecía rendir homenaje a su Criador.

Junto al arroyo no diré que se alzaba, sino sólo que se sustentaba el pueblecillo, con sus desiguales calles, con sus humildes viviendas de un solo piso, cuáles pajizas, cuáles tejadas; con su cuadrilongo palacio de extensa área y típica portada y, en un extremo, con la moderna torre de ladrillo de su iglesia, en que toda una sucesión de siglos venía dejando sus huellas y que, así como el atezado pastor sus ovejuelas, parecía también dirigir y proteger la dócil grey encomendada a su custodia.

Trémulas columnillas de humo tenuemente azulado que de las casucas escapaban, eran como sello y contraste del hogar feliz donde,

tres o cuatro horas más tarde, reuniríase cada dispersa familia para hacer los honores al clásico puchero castellano. Los hombres andaban *forasteros* en sus faenas del campo, los chicuelos escuchaban o no en la escuela las prédicas del dómíne del lugar, y las mujeres emulaban a la bíblica Marta en el trajinar doméstico. Pero no por eso la cuestecilla que baja al arroyo estaba solitaria. Ya hacia él se dirigía para cruzarlo algún labrador rezagado que con su yunta de bueyes marchaba a la besana; ya eran un zagalón o alguna moza que, provistos de sendos cántaros, ora bajaban a la fuente que junto al mismo margen del regato alumbra su abundante caudal, ora tornaban con la provisión cumplida; sin que pareciera cosa nueva o rara el paso de alguna juvenil pareja más o menos próxima a escuchar la epístola de San Pablo, la que (la pareja, no la epístola), tanto, por lo menos, como al acuático acopio, aplicábase al ensayo de la conjugación del verbo amar, dicho a la rústica y sin la menor intervención de las reglas académicas.

Allí mismo, junto a la bajada a la fuente y ante una dilatada plaza estaba (y sigue en pié), construída con piedras cárdenas, la ca-

sona señorial del lugar, o, si se quiere, el palacio, pues aquél nombre es exótico en el país y este es el que, desde su fundación hace más de cuatro siglos, se aplicó constantemente y aplicándose sigue en el pueblo al viejo edificio. En aquella sazón, en que se toma el hilo de esta verdadera historia, en la plaza del palacio había cierto desusado movimiento. Campando en medio de ella veíase un apuesto mozo como de hasta veinticuatro años de edad, que vestía el arreo marcial de la época: armadura completa y sobre ella un sayete de airoso faldellín que bajaba hasta por cima de las rodillas; almete de visera con penacho caído y, pendiente del primoroso tahalí, la luenga y envainada espada toledana. Montaba el caballero un nervioso y bien mandado alazán vistosamente enjaezado que, apenas contenido por la mano de su dueño, parecía impaciente por emprender la marcha. Tras el mancebo un hombre de armas, su escudero, también cabalgando, sólo esperaba para partir la orden de su señor. A pié firme junto a la puerta y vueltos hacia el caballero, dos individuos que vestían modesto traje, oscuro sayo de buriel y calzas castellanas, con todo el aspecto de servidores de la casa, terminados

ya los preparativos de la partida, atendian, destocada la cabeza y en respetuosa actitud, a que aquélla se consumara para entrarse en el edificio. Pero el joven caballero no parecía aún completamente decidido a la arrancada. Bien plantado en su trotón ante la portada del palacio, llevaba buena pieza mirando de hito en hito a su parte alta. Y a fé que no causaban su abstracción los capiteles de las columnas, ni los nobiliarios escudos; ni la láurea que encierra al más levantado de ellos, ni los geniecillos que la sostienen, ni los bellos medallones de relieve que la flanquean, con todo y con ser ello entonces en el lugar la novedad del día, como acabado muy pocos antes por el berruguetesco ingenio y por la muy diestra mano del maestro Lope, gran sabidor en estas invenciones. No, D. Pedro, que éste era el nombre del bizarro caballero, así curaba entonces del arte y de sus obras cual de las nubes de antaño. Lo que le tenía como clavado en aquel sitio era una figura femenina con todos los atractivos de la juventud y de la belleza, que al balcón de sobre la puerta había acudido para despedir al que, a la cuenta, se ausentaba. D.^a María, que así se decía la dama, era el prototipo, en lo moral

y en lo físico, de la mujer joven y noble de esta castiza raza celtibera, castiza y austera siempre y en toda ocasión, lo mismo en sus devociones que en sus esparcimientos, pero más aún por el tiempo en que se desarrolla esta historia, en que al radiante declinar de Isabel de Castilla había de suceder presto el valiente surgir de Teresa de Cepeda. Ni alta ni baja, la color más blanca que trigueña, esbelta y gentil como una palma, de señoril porte como una princesa del Romancero, eran gloria de quien los contemplaba la perfección de sus rasgos faciales, el dulce óvalo de su rostro, la corrección del perfil, lo sereno de su frente, la fina curva de sus cejas, digno dosel de dos ojos grandes y endrinos, los suaves tonos de sus mejillas, el concierto de su contenida y sedosa cabellera y, por fin, los encantos todos de una acabada forma humana que aún no contaba en su haber los diez y nueve años cabales. Traía la damita jubón verde acorsetado de amplias mangas que dejaba al descubierto sobre los hombros la fina y fruncida camisa cabeada de plata; saya de color de grana, de estas que decían saboyanas y una ligera marlota de lana que sobre el traje caía en airosos pliegues. Reco-

gía el pelo con una graciosa cofia o escarcela de seda prendida con lunetas y rodeaba su cuello con una gargantilla de oro y perlas: elegante indumento y atavío que naturalmente realizaba su juvenil hermosura. Pero lo que en aquél todo colmaba las medidas, era el destello moral que de su persona irradiaba: conjunto singular y expresivo, alianza feliz de bondad y de resolución, no sin cierto dejo de templada altivez, para adivinar la cual hubiera sido precisa la atenta observación de algún experto psicólogo.

No necesitaba, cierto, serlo D. Pedro, como buen conocedor que era de las esencias y fragancias espirituales contenidas en aquel primoroso vaso humano. Pedro y María se amaban; se amaban con amor hondo y sereno, comparable al Océano en las grandes calmas de la Naturaleza. Es el verdadero amor, o, mejor, el objeto amado, poderoso imán de los corazones y en aquellos momentos este imán presidía como dueño y señor absoluto la escena. Entre la plaza y el palacio cruzáronse dos miradas largas, intensas, supremas, que hubieran querido ser eternas pero que, como las crisis de la vida, no podían prolongarse. D. Pedro supo reunir las energías necesarias para vencerse a sí mismo.

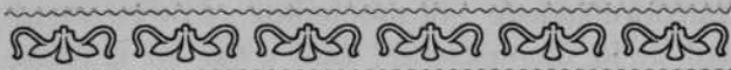
Saludó con graciosa cortesanía, gobernó a su alazán, hizole volver grupas y, seguido de su escudero, rompió al trote corto por el camino de Carralaguna. Ahora era D.^a María la apegada y la clavada en su puesto. Sus ojos perseguían al caballero, gozosos con la visión de su gallardía, apenados con la de su inminente ausencia. Como a dos tiros de arcabuz tornó aún la vista D. Pedro y un pañuelo agitado allá lejos fué entonces el último signo visible de la penetración de dos almas. Momentos después, torciendo los ginetes hacia la izquierda, desaparecieron al trote largo tras la falda del teso de Las Cofradías. El idilio, amargo y dulce a la par, había terminado.

D.^a María sentíase sola, pero una fuerza superior a ella mantenía enhiesta en aquel sitio. La plaza del palacio ya estaba desierta. Allí luego, en la espaciosa huerta, las judías y los pepinos mostraban ya tiernos brotes y las orondas lechugas comenzaban a esponjar toda su lozanía. Más lejos aún, las desnudas eras parecían estar pidiendo el leve peso de las doradas parvas. A la izquierda, sobre los tugurios y tejadillos lugareños, esfumábase en el lejano horizonte un trozo de la cordillera *Serrática* y el macizo de *la Mujer muerta* velaba aún en parte sus graniti-

cas formas con los girones de su sudario de nieve. Ocultaban más a la derecha la gran cadena montañosa los collados de San Benito y de Las Cofradías, coronado aquél por la humilde ermita del santo patriarca y esmaltados ambos con el alegre verdor de las mieses y de los majuelos. A la diestra, las lueñes y altas cumbres de La Cabrera, de redondeados contornos, superaban a la ordenada chopera, fiel custodia del arroyo, adquiriendo, miradas a tanta distancia de leguas, tonos de índigo y violáceos. Completaban el diorama los bien vestidos campos del término, en suave declive, los más dilatados de Santovenia y Jemenuño y al otro margen de la corriente el verdear de los sembrados, levándose tenuemente hacia la divisoria de aguas entre el vernáculo y riente Cercos y el solemne y más lejano Voltoya. Todo ésto veía ante sí D.^a María, o, mejor, todo podía verlo, pero de retina le servía el pensamiento, que sólo percibía claro lo que estaba vedado ver a sus ojos: un retorcido camino en pendiente y remontándose por él un apuesto caballero a quien el adverso destino le iba alejando, alejando de su lado...

La angustia comenzó a atenazarle el corazón. Sentíase descaecer, y para no dar de pechos

sobre la baranda de hierro internóse en la estancia. Apoyando su flaqueza en sillas y en cuanto hallaba al paso, recorrió otra estancia y luego otra y, en fin, dió consigo en un sillón de caderas ricamente guarnecido de cuero labrado, quedando sumida largo espacio en ese estado de espíritu intermedio entre el pensamiento y la inconsciencia.



II

El Arnés

Es la melancolía, no según plugo definirla al Diccionario de la Academia Española, sino conforme nos lo aseguran la propia experiencia y la de cuantos poseen la suficiente delicadeza de espíritu para poder abrigar aquel sentimiento, el vago y triste placer de rememorar el bien perdido, de anegarse en el recuerdo de mejores horas

dulces y alegres cuando Dios quería,

como dijo el regaladísimo Garcilaso, príncipe de la Lírca castellana.

Aqué estado de ánimo de Doña María, indeterminado e inconsistente, que a la vez que agitaba su pecho esfumaba sus ideas, tal y como la dejamos a la postre del capítulo anterior, iba

transformándose por momentos, y de la vacuidad de lo inconsciente, vino a dar en la plenitud de la melancolía, en una melancolía serena, patrimonio de las almas tristes y resignadas, fiel compañera, para ellas, de la pena, al par que augurio, a las veces, de más felices momentos y transiciones de la vida. Su espíritu volaba ya por la región, para él muy accesible, de un pasado próximo en que la felicidad le sonreía, templándose con ello las tristezas del presente y los temores de lo porvenir. Sentada en el sillón seguía, vuelta de espalda al balcón que daba aire y luz a la estancia, apoyados ambos codos en un bufete y la cabeza en las manos; y tan abstraída se hallaba con sus pensamientos, que al pronto no se percató de que una puerta de la opuesta banda se abría sin cautela alguna, ni de que, bajo el dintel, surgía otra figura femenina, por su actitud, al parecer, poco dispuesta a ensayar contemplaciones ni a guardar ceremonias.

Era ésta una garrida moza, agraciada de rostro, morena de piel, algo apretada de carnes y más resuelta de ademanes de lo que por el sitio en que se hallaba y por el vestido que traía hubiera podido creerse. Vestía un corpiño negro de mangas algo abombadas por arriba

y ceñidas al antebrazo, de las que rebotaban las de la limpia camisa de lino; saya roja de vuelo, más larga que corta y un delantalillo pardo. Rodeaba su garganta y la parte superior del pecho con un blanco pañuelo bordado de flores. Calzaba bajos zapatos o chapines de cordobán y tocaba su cabeza con la clásica montera negra segoviana que ocultaba en su casi totalidad su también negra y recogida cabellera.

En busca iba la muchacha entrante, de doña María, y notar su presencia y penetrar, por la guisa en que la hallaba, no ser aquella, a la cuenta, ocasión la más propicia para comunicaciones, fué todo casi obra de un instante. Trocando el resuelto porte por otro más cauteloso, comenzó a adelantar calladamente y de puntillas para el centro de la estancia. Pero lo que no lograra la entrada súbita de la intrusa, alcanzó su avance de quedo hacia la distraída doncella.

—¡Agueda! —exclamó Doña María levantando la cabeza, libre de golpe del peso de sus pensamientos. —¡Loado Dios, que te veo! Pero, ¡qué cara te vendes!

—Vuestra soy a toda hora—contestó rápidamente la apercibida—sin que sean menester

para ello venta ni dádiva. Mas en casa de pobres no hay andarse por las ramas. Y bien sabeis vos lo que por allá tenemos. Mi padre siempre a sus afanes, la madre con Dios, la hermanica Catalina, para que la cuiden y los dos rapazuelos dando más guerra que el francés, ¿qué sería de aquéllo si yo no arrimara el hombro?

—Como discreta hablaste, Agueda buena, que no parece sino que habla por tu boca la misma mujer fuerte, cuyos loores se me acuerda haber leído en los proverbios de Salomón. Tú eres como aquélla, que nunca comía ociosa el pan; tú la diligente en el trabajo, solicita para los quehaceres domésticos y angel custodío de tu familia. Y sabe para tu gobierno, que el libro de los Proverbios es libro santo, inspirado y dictado por el mismo Dios, que no puede engañarnos. Pero por lo que te toca, quiero que conozcas puntualmente tan provechosa doctrina... ¿Ves aquel armario colmado en libros? A él te llega y daca uno empergaminado, en que se contienen los Proverbios, escritos de mano y en romance... Hele allí, en el anaqué de enmedio, a la derecha...

Y al decir ésto, señalaba con la mano hacia casi el otro cabo de la pieza, donde, en efec-

to, cerca de uno de los ángulos de ella, veíase el mueble, cargado en sus diferentes plúteos de volúmenes de distintos tamaños y cataduras, ya infolios, ya in-quartos, y aun mucho menores, ora en pergamino, ora en viejas pastas, o variamente encuadernados.

Desde donde se hallaba, ante D.^a María, por cumplir el mandato, avanzó unos pasos para el armario de los libros; pero como antes de llegar a él acertara a mirar hacia su derecha, divisó ya muy cerca algo que la hizo retroceder desparorida, al par que un grito de angustia se medio ahogaba en su garganta.

¿Qué significaban aquél pavor y aquél grito?

Era la estancia en que ambas jóvenes platicaban una buena pieza en cuadro, más que mediana de área, alta de techo, encalada por entero y decorada sobriamente. Rasgaban tres de los cuatro muros sendas puertas comunicantes con otras tantas dependencias del palacio y en el cuarto abriase un balcón, que daba sobre la fachada. Junto al balcón sobresalía una gran chimenea de campana guarnecida en su parte baja con un friso de aliceres talaveranos. Dos blasonados reposteros de aplicaciones, una pintura, en tabla, de Nuestra Señora, y tres o cuatro retratos de familia, vestían en parte las

paredes. Una ancha mesa de grueso tablero y torneados pies, dos sitaliales, dos bufetes, algunos sillones y el armario de los libros completaban el mobiliario de la estancia. Por fin, arrimado a uno de los muros y cerca de uno de los ángulos, entre la chimenea y la librería, divisábase un arnés en la penumbra...

Era una armadura de planchas de acero, muy correcta de líneas y primorosamente ajustada. Sus hombreras y guardabrazos componíanse de launas imbricadas. Pequeñas rodela resguardaban los sobacos, protegidos, además, por gocetes de malla. El peto, parecía reforzado en su base por una dobladura. Las escarcelas eran en forma de tejas. Piezas accesorias que decían flanqueras, defendían las caderas, bien que el gran guardarrenes y el espaldar, de que eran continuación, quedaran contra la pared casi ocultos. Las musleras y rodilleras, con grandes navajas y grebas cerradas con visagras, envolvían y protegían por completo los muslos, pantorrillas y canillas. Las amplias coderas parecían resguardar los codos, y el antebrazo los cañones de acero, tapados en su parte inferior por las guardas o copas de los manteletes, terminando la defensa los puntiagudos escarpes, persistentes durante muchos años por los ti-

ránicos dictados de la moda. Finalmente, la celada, de largo cubrenuca y vista fija, que defendía la parte superior de la cara con una sección transversal, que hubiera permitido al hombre encerrado en aquella prisión de hierro observar los menores movimientos de su enemigo, superaba soberanamente el conjunto.

No vayais a pensar, lector o lectora míos, siquier apresurados, siquier despaciosos, que describí aquel arnés a humo de pajas por modo tan prolijo que acaso, acaso, os pareció de más de marca. A proceder así moviéronme dos razones. La primera, avisaros que aquel arnés, de tales piezas y formas, era obra del siglo xv y no del xvi, a que se reduce esta historia, siendo, por tanto, cosa peregrina y nueva, de puro vieja, para la aldeana Agueda, quien por otra parte no debía de estar muy hecha a toparse con arneses, así fueran del tiempo de Artajerjes, como del de la Católica Majestad de Carlos V. La segunda razón quede ahora en el tintero, que ya asomará cuando y como sea perteneciente.

Lo que sí quiero decir, sin más ambages, es que la vista de la armadura, y no otra cosa alguna, es lo que había provocado el repentino pavor y el retroceso de la joven aldeana. La

armadura, rígida, inmóvil, muda en su rincón, acababa sin duda de ser para ella la revelación de algo arcano y terrible.

—Pero ¿qué te turba, qué te espanta?—exclamó Doña María ante la extraña actitud de su interlocutora.

Reportóse Agueda un tanto, pero el desconcierto que se había apoderado de ella sólo le permitía balbucir excusas y frases cortadas.

—Habla, habla claro y paladino—dijo apremiante la dama, ya picada de la curiosidad.

A Agueda, azorada aún, un color se le iba y otro se le venía, pero, en fin, habló.

—Sí, mi señora, sí. Esa fantasma, o ese demonio encasquetado que desde aquel cabo nos está escuchando, es quien me dió el susto mayor que he tenido y que pienso tener en mi vida de cristiana.

--¡La armadura de Pedrarias!--dijo D.^a María.

—De Pedrarias será o de quien vos quisierdes. Yo sólo diré que es ella, o que es él, sin que haya duda en ello...—Y al decir ésto, Agueda se puso a temblar como una azogada, o como si le entrara la cuartana.

—Pero ¿de qué ella, o de qué él o de qué nadería me estás hablando? ¿Es que deliras? ¿Es que no habías visto la tal armadura?

—Nunca antes la vide, y pluguiera a Dios que nunca la hubiera visto. Bien sabeis Doña María, que desque, pocos días ha, venisteis de Segovia, yo no había pisado el palacio y que nunca lo piso no estando vos, y que el pasado año de gracia no había tal fantasma en esta cuadra...

—Así es la verdad, amiga. Pero no te me desencauces y comienza luego tu cuento, que vendrá como de molde para divertir algo mi tristeza.

—Pues estéme su merced atenta, que ya comienzo. El lance pasó el año último, la noche de los difuntos. Antolín el monacillo estaba con otros dos mochachos en la torre de la iglesia, dobla que te doblarás por los finados. Estaba la luna en lleno y era tan clara la noche que más parecía de Enero que de Noviembre. Los vecinos del lugar ya se habían recogido y por las calles no pasaba pécora viviente. A punto estaba la media noche cuando los mochachos de la torre ven venir a lo largo de la calle que va del palacio a la iglesia y por en medio de ella a un hombre alto, armado de todas armas que, paso a paso, se iba acercando, acercando... Primero la sorpresa y después el miedo dejaron suspensos a los mochachos, que

ya no acertaban a dar una badajada... Así que llegó el armado junto a la iglesia, hizo una gran reverencia ante la puerta, tornóse luego hacia su diestra y echando a andar nuevamente al pié de los muros y de las tapias del cementerio que a la misma iglesia está ayuntado, cara al cierzo, rodeólo por entero y volvió a aparecerse por el lado opuesto. Ya, otra vez en la puerta, hincó en tierra los hinojos y con voz del otro mundo recitó muy quedo el *Miserere* de cabo a cabo... Rematado el rezo, dió la vuelta a la iglesia en contrario que denantes, y haciendo otra reverencia se fué por do había venido, camino del palacio... Como los mochachos son mochachos siempre, y tienen hormiguillo en el cuerpo, de los tres campaneros los dos más arriscados, al ver que se alejaba la fantasma, bajan en dos trancos la escalera de la torre y siguen pasito y a distancia al aparecido para ver por dónde tiraba... Llega el tal bajo los muros del palacio y ¿sabéis lo que pasó?... Pues que sin dar más razón de sí y en menos tiempo que os lo cuento, ¡zás! se filtró por la pared, oyéndose tan gran chasquido y saltando tales chispas de las piedras, que espantados los dos pobretes, dieron en correr cuesta arriba hacia la plaza y, sin pensar más

en campanas ni en tañidos, no pararon hasta sus casas. Todo ésto contóme puntualmente Andresillo, el de la Maricruz, que fué uno de los dos valientes que bajaron de la torre, y al cual le tomó tal railor y parasismo que luego cayó malo y estuvo dos setenarios entre si te mueres y te entierran.

Sin perder ni una tilde del relato Doña María, la expresión de su rostro había ido pasando sucesivamente de la indiferencia a la curiosidad y de la curiosidad a un interés por momentos más acentuado. Pero, cauta, prudente y muy dueña de sí misma, la emoción que por de dentro sentía no era bastante para salirle a la cara ni para ponerla a tono con la bien patente de su humilde y lugareña amiga.

—¡Ay, Agueda! ¡Qué cosas me cuentas!—se limitó a decirle. Y tras una breve pausa añadió:

—Tú has tenido algún mal sueño y los dedos se te antojan huéspedes.

—¡Qué sueño ni qué nada! Yo no sé de más sueños que el que me da todas las noches de tanto trajinar en casa y de tanto bregar con la Catalina y con aquellos dos diablejos... La verdad, la verdad pura es lo que le he contado... ¡Por éstas que son cruces! (Y al decirlo

cruzaba los dedos de sus manos juntando una contra otra fuertemente). Y si no me creéis por mi palabra, no teneis sino llamar e interrogar al Antolín y al Andresillo y al otro motilón, que es el más pequeño del tío Zopeque...

—¿Y no será,—arguyó Doña María—, que se descuidara el sacristán y que Antolín y Andresillo y el Zopequillo asieran de la redoma, llena, y no de aire, sino de lo blanquillo de Medina, que suele guardar aquél en la alacena de la sacristía y que antes libaran harto que tañeran recio, para acabar viendo visiones?

—¡No y no y renó!—forcejeaba Agueda— que los angelicos estaban bien serenos y yo vide a dos de ellos a la mañana siguiente y no parecía que saliesen de nengùn letargo y el uno por aquí y el otro por acullá contaban y no acababan... Pero ¿cómo podré convencer a vuestra merced, si vuestra merced no quiere convencerse? Lo que sí diré es que la gente dió en decir que aquel armado es este mesmo que tenemos delante y que dentro de aquél, que es como decir, dentro de éste, hay alguna ánima en pena que está arrepentida y que demanda oraciones. ¿Y no podría ser eso, mi señora? Y decidme más, por vuestra vida, ¿cuya es esta armadura tan espantable, que desde aquel

pasó que pasó turba en esta aldea el sueño de muchos, y que aprovecha más que el Bu y que el Mengue para reducir a los niños?

—Ahora entras por buen camino, Agueda, y yo quiero satisfacer tu curiosidad. Has de saber que este arnés perteneció a un mi tío abuelo a quien decían Pedrarias Dávila, segoviano, hombre gallardo y gran caudillo. Diz que de niño fué paje del Rey Don Juan II y que de joven fué en justas y torneos tan extremado que dieron en decirle *el Galán*, *el Gran Justador* y *el Bravo*. Asistió con 'su cuerpo en las guerras de Granada y de Africa y de Italia. Como cabo de las escuadras de Segovia y de Toledo, tomó parte en la conquista de Orán con el gran Cisneros, y, como Coronel de la Infantería, estuvo en la toma de Bujía, donde hizo proezas sin cuento. ¿Te parece poco todo ésto? Pues ahora viene lo más grande. Ha ya muchos años que pasó a las Indias, donde fué Gobernador de Castilla del Oro y de Nicaragua y allí redujo a la autoridad del Rey a muchos naturales y conquistó no sé cuántos territorios.

—Mucho hombre sería ese Señor Pedrarias que decís, Doña María, y como pocos arrojado y aventurero y amigo de hacer su propia voluntad.

- Así es la verdad. Y demás desto, hombre a quien pasaron cosas maravillosas y dignas de recordación. Y porque no lo dudes, quiero contarte un caso muy singular que le sucedió y que yo sé de muy cierta ciencia.

Has de saber que antes de que pasara a las Indias, estando Pedrarias en Torrejón de Velasco, que es entre Toledo y Madrid, y era del señorío de su padre, adoleció de tan grave dolencia que, dándole por muerto, le llevaron en un ataúd a enterrar al monesterio de monjas de Nuestra Señora de la Cruz, que está media legua del dicho Torrejón, a do mandó que le soterraran. Pues cuando iban a ponerle en la sepultura, abrazándose un criado suyo con el ataúd, sintió que se meneaba el cuerpo y abriendo el ataúd, le hallaron resucitado. Y el tal ataúd está puesto hoy en la capillar mayor de la dicha iglesia, en lo alto de la pared, a la parte del Evangelio... Desde aquel día acostumbró Pedrarias, cada año, a hacer cabo de año el mesmo día que le sucedió lo dicho, y haciendo abrir una sepultura y metiéndose en ella, le decían oficios de Requiem. Y también acostumbró, hasta su muerte, traer consigo un ataúd y ponello en el aposento do estaba.

- ¡Extraño hombre quien tal cosa facía!

—Ese arnés que contemplas vestía el gran Pedrarias cuando, en 1510, entró el primero en la ciudad y fortaleza de Bujía, donde hizo increíbles fazañas, izando la bandera de España en la fortaleza. Y porque nada te quede por saber, decirte he que mi pariente, así como fué de apuesto y de valiente y de galán, fué también de recio y arrebatado y aún de fiero y de cruel. La Fama cuenta de él lances extremados contra indios y también contra españoles, y ¡pluguiera al cielo que no fuera cierto lo que hizo con un famoso capitán dicho Vasco Núñez de Balboa! Dios perdone a este valeroso hombre y a quien le mandó matar, que los dos comen ya la tierra. Lo cierto es que el tal Pedrarias, en el año pasado de mil y quinientos y treinta y uno murió viejísimo (quieren decir que contaba más de los noventa) muy lejos de esta tierra, en León de Nicaragua, donde tenía su corte; y que mandó por testamento su armadura predilecta al Señor Don Jerónimo, su cercano deudo, Señor deste palacio en que nos hallamos. El arnés, que fué trabajado en Segovia, trajeron luego a Valladolid, donde, como sabes, reside por hábito aquel caballero, y de su orden porteóse a este lugar con otras cosas muchas para acompañar estos muros y este

solar de nuestros pasados en que suele residir su dueño algunos días del año.

—Con que ¿tan cruel y tirano, fué, dijisteis, ese caballero vuestro deudo? Pues si es así, bien podrá ser que por divina permisión tenga su purgatorio dentro en la cárcel desarmadura, y que desde ella venga pidiendo a Nuestro Señor misericordia.

—¡Notable punto para el discurso y la especulación! Y bien podría ser así como tú lo dices. Quédese ésto, empero, para quien todo lo sabe y todo lo puede y demos de mano a la plática, que el día más y más se nos va entrando y mis señoras madre y tía, reclusas en sus aposentos, aún esperan mi saludo. Agueda, adiós, que te guarde.

—Guárdeos Dios como a mi misma,—contestó Agueda.—Y mirando con el rabillo del ojo el siniestro arnés y retrocediendo y rodeando para no pasar de él cerca, salió rápida de la estancia a la galería, y de la galería a la escalera. Y de un tirón y como quien huye, bajó su único y largo tramo, y con más deseo de salir del palacio que de entrar tuviera antes de la visita de su antigua ama y señora.



III

Algo de historia

Hora es ya, en juicio del cronista, de que el lector curioso (si alguna curiosidad ha podido despertar lo que va escrito), conozca más a fondo a algunos de los personajes que por las primeras páginas han desfilado y se disponga a conocer a otros y sepa quién son y dónde están y de dónde vienen y adónde van; que todo ello, en resolución, con los relatos y comentarios que naturalmente han de ir fluyendo, habrá de formar el cuerpo de esta verdadera historia, harto más verdadera—dicho sea con perdón y sin ánimo de ofender a nadie—que las, tan verisímiles y acreditadas, de los Dextros, Máximos y Luitprandos y demás descomunales engendros de los pasados tiempos.

Pero no hayas miedo, lector incauto que por estos vericuetos históricos vas a entrometerte; que aunque la Historia y la Genealogía tenga yo que poner aquí a contribución, como quiera que ellas sean disciplinas tan temerosas para muchos que a su solo nombre tuercen el gesto y pasan de largo, yo he de procurar servírtelas, como acostumbran los boticarios con ciertas drogas poco gratas al gusto, que las adoban como mejor saben porque pasen la gola con menos desabrimiento.

Doña María Arias Dávila y Don Pedro del Hierro, de cuyas relaciones sabemos por el capítulo I, eran dos dignos vástagos de sendos árboles plantados siglos atrás en la generosa tierra de Segovia y de Castilla. Los Arias Dávila, segovianos, gentes de gran linaje y valimiento, venían por derecho del famoso Arias Gonzalo, el de Zamora, a quien el Rey Don Fernando I el Magno dejó encomendada a la Infanta Doña Urraca, su hija; lo cual no empeció que la envidia, que todo lo roe, hubiera osado tiznarlos repetida y alevosamente suponiéndoles ora de muy baja extracción, ora de raza de judíos, judaizantes y conversos, que no había más que ver ni que decir. Lo cierto es que los Arias Dávila, por la fuerza de sus

buenas partes intelectuales, habían sabido escalar, en los últimos reinados, los más altos puestos del Estado y de la Iglesia. Diego Arias Dávila, tatarabuelo de Doña María, fué árbitro de los tesoros de Castilla, como Contador Mayor y Consejero del Rey Enrique IV. Hijo suyo primogénito fué *Pedro Arias Dávila*, llamado *el Valiente*, Contador Mayor también del mismo monarca, Señor de Torrejón de Velasco, y Capitán general en la guerra de Navarra, el cual procreó a Don Juan Arias Dávila, primer Conde de Puñonrostro y al famoso Pedrarias Dávila, llamado *el Galán y el Justador*, Gobernador del Darien y Nicaragua, de tan gran renombre por su valor, su recio temple y sus crueldades. Segundogénito del Contador Don Diego fué el no menos célebre Don Juan Arias Dávila, Obispo de Segovia, segoviano de nacimiento, salmantino por su educación y estudios, poderoso personaje en su tiempo, descubridor de las reliquias del glorioso San Frutos y de sus hermanos, restaurador de la fortaleza de Turégano, autor de benéficas fundaciones, generoso por su ánimo y uno de los prelados a quien más debe la silla de Segovia, según afirma su ilustre cronista Colmenares. El tercer vástago fué hembra, Doña Isabel, que casó con

el caballero, vecino y Regidor de Segovia, Don Gómez González de la Hoz, persona principal en su ciudad nativa y también Contador de Enrique IV; y de este matrimonio nació otro Pedrarias Dávila, fundador en 1504 del Mayorazgo segoviano y Señorío de Hermoro. Casó éste en primeras nupcias con Doña Isabel de Herrera, siendo hijo suyo Don Antonio Arias Dávila y Herrera; y en segundas con otra dama de gran linaje segoviano, Doña Ana Ossorio, de quien hubo, entre otros hijos, a Don Jerónimo Arias Dávila, cuyo diseño moral delinearé muy luego. Don Antonio, segundo Señor de Hermoro, casó también dos veces; la primera con Doña Francisca de Zúñiga, de cuyo matrimonio nació otro Pedro Arias, que murió sin sucesión y la segunda con Doña Mencía Daza de Rueda, procreando a Doña María, heroína de mi historia.

Cuanto a los del Hierro, caballeros también de mucha calidad, originariamente vizcaínos, estaban arraigados en Segovia desde luengo tiempo había, y allí emparentados con toda su más rancia nobleza. Cuenta la Historia cómo sirvieron a sus Reyes en las guerras de Granada y en las empresas de Africa, en Flandes, en Borgoña, en el Piamonte y en otras partes; y sabe decirnos también que en el tiempo de

mi relato ya tenían sus casas principales en Segovia, que aún en día permanecen, en la colación de San Quílez, junto al Convento de los religiosos Mínimos. Era a la sazón relevante figura en la ciudad del Eresma el Señor Don Juan del Hierro, Canónigo de aquella Santa Iglesia, Protonotario Apostólico y gran amparador de desvalidos y menesterosos. Y de este Don Juan era sobrino carnal nuestro Don Pedro, huérfano ya, a la sazón, de padre y madre, que en la dorada juventud segoviana entonces, y en el regimiento de su ciudad natal, y en la Orden de Caballería de Santiago más adelante, ocupaba y había de ocupar uno de los primeros lugares.

Pedrarias Dávila, hombre de gran caudal, primer Señor de Hermoro, y Señor, además, de las Alcabalas de Hoyuelos, Regidor y vecino de Segovia, y caballero muy principal de ella, como viera despoblarse en su tiempo a causa de los malos temporales, aquel su lugar de Señorío, enclavado en el antiguo Sexmo de la Trinidad, en la jurisdicción segoviana, quiso prepararse una cómoda morada, para divertir el ánimo de los cuidados de la ciudad y labró sus casas principales de Hoyuelos, lugar dentro de cuyos términos poseía gran hacienda. En

las suyas de la colación de San Román, de Segovia, tocantes con el templo parroquial de este nombre, se hallaba, cuando, septuagenario, rindió a Dios el alma en Diciembre de 1505. Sus cinco hijos, Antonio, Juan, Jerónimo, Isabel y Catalina, repartieron la hacienda. Prescindiendo ahora de tres de ellos, como de personas que caen de la parte de afuera de esta historia, sólo apuntaré que a Don Antonio, como el mayor que era, cupieron, con otros heredamientos, el Señorío de Hermoro y las casas principales de Segovia y que, a poder del tercero, Don Jerónimo, pasaron el palacio y las tierras de Hoyuelos, con otras no pocas heredades en los términos de Laguna-Rodrigo, Villoslada, Balisa y San Cristóbal, arrabal de Segovia.

Harto diferentes por temperamento y por aficiones, los hermanos Don Antonio y Don Jerónimo, echaron por caminos bien distintos. Don Antonio, al par de tantos otros nobles de su siglo, abrazó la carrera de las armas; por amistad y deudo con los Condes de Ledesma fué Gobernador de esta fuerte villa y de su Condado y en Italia y en Austria sirvió a su Patria algunos años. Don Jerónimo, hombre más calculador y reposado, cursó estudios, en

volvióse en la toga y se estableció en Valladolid, villa castellana de gran tradición y de abundantes recursos, muy adecuada, por ende, para lo que su profesión requería. Allí, pues, y en las salas de su Real Audiencia, ejerció su facultad casi durante medio siglo. De él cuenta la fama que fué muy gran cristiano y de buena conciencia, limosnero y caritativo; hombre de mucha autoridad, por su vasta cultura y su elocuencia, gran lumbrera de la toga y uno de los mejores letrados de estos reinos. Item más, se sabe que, en el ejercicio de su profesión, ganó muy bien ganados dineros, con que si comenzó habiendo buen caudal, remató siendo muy rico, y, lo que es muy de notar, sin daño de barras. Y a fé que pinta el carácter de este Don Jerónimo, que a pesar del apellido paterno solía llamarse Don Jerónimo Arias de Virués, o bien, simplemente, el Licenciado Virués, una curiosa cláusula de su testamento, que, ya muy viejo y poco antes de morir, otorgó en Valladolid en 7 de Agosto de 1569. Ordenó, pues, que los poseedores del vínculo y mayorazgo de Hoyuelos, que él había fundado, así hombres como mujeres, «no puedan en todo el tiempo que tuvieren los dichos bienes de la dicha mejora e vínculo jugar a los naipes y dados ni otra ma-

nera alguna de juegos si no fuere hasta en quantía de un ducado de oro que son once reales y un maravedí y no en más» y que si los interesados contravienen a esta disposición pierdan el vínculo y mayorazgo, debiendo pasar éste al inmediato sucesor. ¿Si estaría convencido el señor Licenciado de los peligros y estragos del juego?

En el punto y hora en que mi narración arranca, el segundo Señor de Hermoro, casado ya desde veinte años atrás con Doña Mencía Daza, andaba, muy lejos de las tierras de su Señorío y bien ajeno de lo que en ellas ocurriera, acompañado de su hijo Pedro Arias, en quien reverdecían las aficiones paternas, en el ejército imperial de Italia. En el entretanto, la esposa, que frisaba con los cincuenta años, y la hija, Doña María, cuyas perfecciones físicas y morales nos son ya conocidas, residían lo más del año en la solariega casa segoviana, esperando siempre la venida del viejo soldado que nunca acababa de llegar.

Cuanto al jurista Don Jerónimo, más penetrado de Bártulo y Baldo y de sus alegatos de la Chancillería que de sus señoreadas Alcabalas de Hoyuelos, estábanse en la villa del Pisuerga, sin que sus habituales tareas le permitieran, de

ordinario, trocarlas por el descanso de su morada aldeana. Hallábase casado con una noble dama segoviana, Doña Catalina del Campo, a cuya salud, un tanto quebrantada, convenían mejor los puros aires del lugar que los viciados de villas tan populosas como Valladolid. Así por esta circunstancia como por vigilar más de cerca la propia hacienda, Doña Catalina gustaba de residir en las casas principales de Hoyuelos donde, con dos hijos habidos en su matrimonio, sorteaba muy bien los rigores estivales; pero gustosa de mayor compañía, llamaba a sí a su hermana política Doña Mencia, Señora de Hermoro, y a Doña María, su hija, quienes ligadas a ella por un acendrado afecto, desquitábanse también en el aldeano palacete de las largas estancias invernales en su casa de Segovia.

Por aquellos mismos días, la situación política de Europa y la de la Cristiandad eran muy graves y parecían amenazadas por muy inminentes peligros. La antigua y no extinta rivalidad entre los dos más poderosos monarcas cristianos de la época (con lo cual ya quedan nombrados el Rey-Emperador Don Carlos y Francisco I de Francia) auguraba nuevas contiendas y calamidades. Los estados italianos

eran un hervidero de pasiones y de intrigas y la hermosa península seguía siendo campo experimental de las concupiscencias propias y de las codicias ajenas. El Pontífice, que a la sazón lo era Clemente VII, más afecto siempre a la causa de Francia que a la de España y del Imperio, no ofrecía con sus procederes muy firme garantía para la paz y la tranquilidad que tanto había menester el mundo cristiano. Y ésto, con tanto más motivo cuanto que la protesta religiosa o pseudo-reforma sajona se erguía más pujante cada vez, amparada y fomentada por inverecundos próceres; cuanto que hasta el Rey Enrico de Inglaterra, el poco antes excelso Católico y *Defensor de la Fe*, se lanzaba, juguete y víctima de una pasión cegadora, por las vías conducentes a la definitiva ruptura con Roma y al lanzamiento al cisma de todo un gran pueblo. Y ello cuando allá, por oriente, los Turcos, en la cúspide de su poder, eran amenazante ariete para la Cristiandad y cuando el contubernio del *magnífico* Solimán y del desaprensivo Francisco de Valois, era padrón de general escándalo, si bien no excesivo para el Supremo Jerarca...

Tal era, por aquel tiempo, y sólo bosquejada a grandes rasgos, la comprometida situación de Europa; pero en el año 1532, en que mi narra-

ción arranca, los peligros se habían trocado en realidades, pues, como enérgicamente dice un historiador castellano del siglo xvii, «toda Europa era un apostema, sin haber en toda ella rastro de buen humor». Carlos V, ausente de España desde el 31 de Julio de 1529, tenía confiado el Gobierno de estos reinos a la Emperatriz Isabel, asesorada por el prudente consejo del Cardenal Tavera. En Bruselas se hallaba el Emperador cuando, a 17 de Enero del citado año 1532, escribía a su regia consorte que, por muy autorizados conductos, sabía que el Gran Turco tenía determinado venir contra la Cristiandad y que para ello preparaba un gran ejército que había de romper por Hungría. Por consecuencia, en Flandes como en Alemania, comenzó a levantarse el mayor aparato de guerra, así por tierra como por mar. El peor cariz ofreciase en Alemania, donde los herejes se sentían favorecidos por algunos poderosos príncipes que querían mal al Emperador y así favorecían a la herejía por parecerles que con ello descaecerían harto la potencia y la autoridad de Carlos V. Arrostrando estas dificultades, el César mandó juntar en Ratisbona a todos los Príncipes y a las Ciudades libres del Imperio, para conferir sobre el remedio de las cosas de

religión y sobre la resistencia que habría de oponerse a tan fiero enemigo común como el Turco.

Llegado el Emperador a Ratisbona, (ello era en fin de Febrero del mismo año) comenzaron luego las juntas y deliberaciones. Carlos V puso de manifiesto ante el Imperio reunido la gravedad del momento y requirió el concurso de todos en tamaño trance. Dijoles que él haría venir a sus gentes de Flandes, de Italia y aún de España y que dirigiría la guerra por su propia persona para salud del común; y tal traza se dió, que, todos, incluidos los protestantes, agradecieron su buena voluntad, pareciendo dispuestos a servirle. La ley de la necesidad aunó, en fin, aquella vez a católicos y disidentes y a éstos se dió seguro para que en el ínterin pudieran usar libremente de su nueva religión, con que acabaron por afirmar su concurso y auxilio cierto contra el Otomano.

La actividad del César no tuvo límites. Para la jornada que había de hacerse por tierra, mandó juntar un gran ejército de hombres de armas, de a pié y de a caballo, que acudieron de todo el Imperio, de Flandes y de Borgoña. Interesó a su hermano D. Fernando, Rey de Romanos, y recabó el auxilio del Reino de Bohemia y del

Papa. Al Marqués del Vasto, que acababa de poner término a la guerra de Florencia, escribió que recogiera la Infantería española, y que, tocando atambores por toda Italia, juntase la más gente que pudiese y se diera priesa a caminar con ella la vía de Viena. A las armadas ordenó acudir a las costas de Nápoles, de Sicilia y de Cerdeña; y al gran marino Andrés Doria, que situara sus galeras en Grecia para cortar el paso a la armada turca que se sabía iba a salir de Constantinopla. Y a España despachó correos para que los Señores y las Ciudades de ella se aderezasen de hombres de armas y de todo recaudo para esta necesidad.

De los primeros en acudir fué D. Alonso Dávalos, Marqués del Vasto, Teniente General, en Italia, de los ejércitos de Carlos V. El famoso caudillo pasó los Alpes con hasta veinte mil infantes mandados por valientes capitanes italianos; y tras de él, Don Hernando de Gonzaga con hasta dos mil caballos ligeros y el Duque de Ferrara con otra buena hueste, ultra de algunos españoles y griegos que no quisieron faltar en tan santa empresa.

España dió en aquella alta ocasión una admirable prueba de solidaridad cristiana y de amor a su príncipe. Tan luego como supieron



las primeras noticias de la amenaza del Turco y del aparato de guerra que el Emperador hacía para salir a su encuentro, antes de que se recibiera orden alguna soberana, con ser España nación tan apartada de Austria y haber por medio enemigos y mares peligrosos, sin ser llamados ni compelidos de nadie, los nobles y los grandes señores determinaron la marcha en defensa de su fe y de su Rey. Numerosos ejemplos hubo de señores que, no muy sobrados de medios de fortuna, vendieron y empeñaron sus haciendas adquiriendo armas y caballos para acudir a do el deber les llamaba. Y así, con gran pompa y séquito los unos, sin más haber los otros que sus espadas y cabalgaduras y su gran espíritu, «dejando—dice el Obispo-cronista Sandoval—la dulce patria, mujeres e hijos, y unos por Francia, otros por mar, caminaron a largas jornadas por hallarse en la batalla que el Emperador pensaba dar al Turco».

¡Hermoso éxodo, verdadera y memorable cruzada de la nobleza española fué aquélla, que no necesitó de la inflamada voz de ningún Pedro el Ermitaño, y en encomio de la cual nunca llegó a sonar la trompa épica!

En aquella ocasión mostró el Duque de Béjar la grandeza de su ánimo y casa; pues, sabida la

resolución del Emperador de combatir con el Turco, púsose a grandes jornadas hasta hallar a su Rey en la provincia de Spira y fué con tanto aparato de armas y fausto de gente y gastos, que los principes extranjeros hubieron de admirarse mucho del español, bien que ello fuera en detrimento de su propia casa y de sus sucesores. Allí acudieran el Duque de Alba y los hijos de los de Medina-Sidonia, Maqueda y Alburquerque. Allí los Marqueses de Villafraña y de Cogolludo y los hijos de los de Poza y de los Vélez. Allí los Condes de Tendilla, y de Castañeda, y de Cifuentes, y de Palma, y de Monterrey y los dos de Fuentes, el castellano y el aragonés, con los hijos de los de Castro, de Paredes, de Nieva y de Osorno. Allí los Comendadores Mayores de Calatrava y de Alcántara. Allí corrió, ya con muchos allegados y familiares muy bien armados, ya cada cual como pudo, buena parte de la Nobleza de Castilla y de Aragón: los Acuña y Girones, los Toledos y Padillas, los Manriques y Manueles, los Avilas y Zúñigas, los Mendozas y Vegas, los Heredias y Guevaras, los Rojas y Robles y tantos otros más: todos con gran entusiasmo, que por sólo servir a Dios y a su Rey hicieron de su libre voluntad tan peligrosa

jornada, llegando los más de ellos al campo del Emperador, a tiempo de hallarse en la descomunal batalla que se preparaba.

No aparece en las Historias que los Arias Dávila de Hermoro, es a saber, Don Antonio, el padre y Pedrarias, su joven primogénito, tomaran parte en este memorable paso. Ni podían tomarla; que si, como ya se apuntó más arriba, hallábanse a la sazón sirviendo a su patria en Italia, ahora debo añadir que ello era en Toscana, donde a las órdenes del gran Marqués del Vasto, habían intervenido directamente en la guerra, ya fenecida, que tuvo por resultado el afianzamiento del Duque Alejandro de Médicis. En el entretanto, vientos de entusiasmo bélico, de fe religiosa y de abnegación patriótica azotaban, como quedó dicho, las altas capas sociales de la comunidad española; y a su empuje, aquel mozo segoviano tan allegado en espíritu a los Arias de Hermoro y de Hoyuelos, aquel Don Pedro del Hierro, hondamente español, antes por cumplir lo que consideraba un deber y un imperativo categórico de su conciencia que por sumar nuevos méritos ante Doña María y para con la que ya consideraba su familia, con ser cosas éstas que tanto le importaban, resolvióse súbitamente a

volar a Italia, junto a sus futuros deudos, para correr su suerte y aportar su parte alicuota en la defensa de la Cristiandad.

Por eso le hemos visto despedirse en Hoyuelos de su amada para emprender un viaje; por eso aquella despedida había sido por ambas partes tan solemne y tan austera, sin que los naturales fueros de la debilidad o del egoísmo empañaran con exteriores expansiones aquel acto, en cuyo proceso todo vibraban unánimes dos almas.

Perdido de vista el palacio de Hoyuelos, Don Pedro marchaba al trote largo de su caballo como marcharía un autómeta. La mitad de su alma quedaba muy atrás y la otra mitad habíase adelantado mucho, no menos que hasta alcanzar las vastas regiones tributarias del Arno, el Po y el Danubio. Pero no obstante tal desdoblamiento, permanecía dentro su voluntad firme, que le iba trazando el camino.

A cinco leguas al oriente de Segovia y a dos al sudeste de Hoyuelos, en hermosa planicie regada por dos ríos y poblada de encinares, pinares y olmedas, había un antiguo monasterio de Canónigos Reglares de San Agustín, dicho Santa María la Real de Párraces. Allá por la mitad del siglo XII habíalo fundado un Canó-

nigo de Segovia dicho el Maestro Navarro, hombre recogido y de santa vida, que, deseoso de practicarla más apretada, con varios compañeros suyos se retiró a aquel pago, casa e iglesia, que les cedieron gustosos el Obispo y el Cabildo segoviano a quienes pertenecían. Los prelados de Segovia, los Reyes de Castilla y los Pontífices vinieron otorgando a Párraces territorios, rentas, exenciones y privilegios, muchos y muy notables. Con ésto medró harto el monasterio, y se aumentó mucho la Comunidad, en que florecieron hombres de gran perfección, santidad y letras. Habían adoptado la regla de San Agustín; estaban exentos de la diócesis de Segovia y con jurisdicción *vere nullius* y se gobernaban por un Abad, en viejos tiempos elegido por el Capítulo y más adelante por el Papa, previa presentación del Real Patronato. Pero ocurrió a Párraces lo que suele ocurrir a muchas personas y a muchas instituciones humanas: que la prosperidad material excesiva suele ser causa de su relajamiento y de su perdición. Mediado ya el siglo xv, la opulenta Abadía, que tenía extensísimos dominios con muchos pueblos y despoblados y montes y tierras y cuantiosas rentas, adoptó un cambio radical en su régimen económico; y, paralela-

mente, amortiguados el fervor y devoción primeros, crecieron entre los reglares la codicia y la vida más suelta. Una reformatión se imponía y en 1510, a pedimento de Don Alonso de Fonseca, Obispo de Osma y Administrador perpetuo de la Abadía de Párraces, la reformatión se hizo, llevada a cabo por religiosos de la Orden de San Jerónimo, con lo que mejoró notablemente la disciplina. Por los años 1532, que son los de mi historia, era Abad de Párraces el muy Reverendo y magnífico Señor Don Diego de Zúñiga y Fonseca, cercano deudo del otro ya mentado Fonseca por industria del cual se llevó a término la reformatión; el cual Don Diego encaminaba todos sus esfuerzos a tornar a su primitivo espíritu a la antigua Canónica Agustiniense.

Era el Abad de Párraces varón de buen seso y de notable observancia, hombre de consejo y de experiencia bien acreditados. Segoviano por su linaje, por vieja e ininterrumpida tradición familiar mantenía estrechas relaciones con los Hierros y Arias Dávila segovianos y para el joven Don Pedro guardaba en su corazón sentimientos de verdadero padre.

Y a ver al Abad de Párraces se encaminaba Don Pedro, necesitado espiritualmente de una

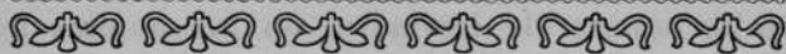
plática, de un consejo y de un aliento antes de abandonar la patria, y adentrarse por la aventura. Y así fué como, camino arriba primero y corridas pronto las vastas llanuras de Laguna-Rodrigo, Abad Don Blasco, Etreros y San García, en hora y media mal contada púsose desde Hoyuelos en la Abadía agustiniana, donde al solo anuncio de su nombre fué recibido en el acto en la cámara abacial.

Confirieron allí largo y tendido el cano Reverendísimo y el joven caballero; y allí se formularon ruegos y se pronunciaron votos y se dieron y recibieron muy útiles y paternales advertimientos y se adoptaron acuerdos bien determinados, con todo lo cual el mozo sintió con toda seguridad dentro de sí cómo su ánima se henchía de nuevos alientos y como que recibía el manto y la investidura de cruzado de la Fe y de la Patria.

Llegada la hora del yantar, el Abad y su huésped acudieron al amplio refectorio, que un espléndido techo cuajado de delicadas y muy variadas labores cubría. Despachado el condumio con acompañamiento de espiritual lectura y levantados los manteles, despidióse el caballero del Abad y de sus súbditos, salió a la claustra, tornó a montar a caballo y dió espaldas

a la Abadía. Y seguido siempre de su escudero, recorrió el hermoso soto, remontó el curso del río Moros, traspuso el puerto del Guadarrama y, rápido como una flecha, se entró en veloz descenso por las avanguardias del reino de Toledo.

No le seguiremos por ellas, ni por las planicies manchegas, ni por el vergel murciano, todo lo cual anduvo a longuísimas jornadas. Ni pretendo descubrir los encontrados pensamientos de aquél caballero del Ideal al través de sus andanzas y estancias. Sólo, sí, añadiré que, avaro de tiempo, púsose pronto en el puerto de Cartagena, de donde, según eran sus averiguadas noticias, habían de zarpar muy en breve para Génova dos urcas de esta nación. Y arribado que fuese al gran puerto de Génova, había de seguir por tierra hasta Florencia o Milán, donde tenía determinado agregarse a sus futuros deudos. Dejemos, pues, a la Providencia el cuidado del peregrino, y sin seguirle por mar ni por tierra, tornemos a las márgenes del humilde riachuelo Cercos que casi besa las plantas de la rural mansión de los Arias Dávila.



IV

Preludios de tempestad

EN el rural palacio de Hoyuelos no reinaban por el tiempo de mi historia la animación y el bullicio que en el de su erector el primer Señor de Hermoro. Alejados de él sus Señores en el invierno y confiado no más a la solicitud de un mayordomo, tan sólo en el verano y en sus aledaños de otoño y primavera solían acudir a aquel sosegado lugar todos o algunos individuos de las dos ramas de la familia Arias Dávila. Pero, ya entonces ni allí se celebraban animados ágapes, en torno del común jefe, ni al apuntar los días otoñales poblaban, como antaño, el vasto zaguán y el patio el trajín de los servidores y el latir de los perros, preludios de cinegéticas partidas, que solían descargar

en los pinares de Hermoro, en los montes de Balisa y de San Miguel, en los sotos de los Salvadores o en las llanadas de Abad Don Blasco.

Ausentes, como ya sabemos, ambos hermanos Arias, no más que sus esposas Doña Catalina, con sus hijos Pedro e Isabel, aún no salidos de la infancia, y Doña Mencía, con su hija, señoreaban sus estancias, sin que les infundiera sobrado movimiento el carácter castellano viejo propio de sus habitadoras y tan distinto del campante por las lejanas riberas del Betis y del Guadalhorce.

Y en aquellos días de Mayo de 1532, aún más silenciosas que de ordinario permanecían las amplias cuadras de la casona. La Señora Doña Catalina, más delicada de salud de lo regular a sus años, que no pasaban de treinta y cinco, estábase reclusa en sus habitaciones por prescripción expresa del físico de la cercana villa. Doña Mencía, su concuñada, matrona que ya alcanzaba los cincuenta, adolecía de un resfrío, dádiva de la inconstante primavera, que le impedía seguir por el momento su vida ordinaria. Doña María, por fortuna rebosante de salud, se sentía casi sola dentro de los muros del palacete.

Componían la servidumbre de éste, y es bien que el lector no lo olvide, los seis sujetos siguientes: El mayordomo de la casa, sesentón por su edad, de complexión recia y sanguinea, natural de Arévalo, Martín Gutiérrez por su nombre, honrado a carta cabal y un tanto socarrón por su genio. Su mujer, Mari-Gómez, que casi le igualaba en años, y cuya verdadera naturaleza no ha podido averiguar el cronista, aunque sí que cuando los Señores moraban en el palacio ejercía en él, y con muy justo crédito, los atareados y útiles oficios de guisandera. Una dueña de la Señora Doña Catalina, que la asistía en sus menesteres, paisana de los embuchados de Cantimpalos y como ellos rubicunda y que respondía al nombre de Úrsola, así como suena. Una ama, *quondam*, de la prole de los Señores del palacio, a quien, aunque se llamaba Dorotea, decían *Tea* chicos y grandes, no sé si por abreviar o por ser pinariega de tierra de Coca. Gonzalo Santiuste, un escudero viejo de la casa del Señor de Hermoro, paje que fué del finado Pedrarias; segoviano neto del barrio de San Millán, algo y aún algo adusto, derecho como un huso en sus procedimientos, más apegado a la casa que la yedra al olmo, todo lealtad para sus señores, por quienes

se dejaría matar y todo ternura para Doña María, por quien se dejaría hacer cuartos. Por fin, Beatrizilla, huérfana de padre y madre, nacida en el propio Hoyuelos, doncellica de las Señoras de Hermoro, madre e hija, a cuya protección correspondía con un querer y una gratitud de cepa verdaderamente castellana. Tal y de tal contextura era la población del palacio de Hoyuelos. Dicho lo cual, no será el cronista (que sobre todas las cosas se debe a la verdad), quien ose afirmar que en aquella mansión se estaba en perpetuo holgorio y, como hoy dicen, se divertía mucho la gente, pero sí será quien se atreva a responder de que, salvos los naturales cuidados por los ausentes, se vivía una vida tan tranquila y holgada y segura como no pocas gentes hubieran deseado y desearan para sí en los tiempos pretéritos como en los presentes y futuros.

Cuando Doña María dió por terminada su extraña plática con Agueda, acudió a los aposentos de su madre y de su tía; y después de cerciorarse de que su salud no había empeorado y de darles cuenta de la partida de Don Pedro, salió a respirar el aire de la mañana a la terraza del cierzo que dominaba el jardín y la huerta. Allí le sirvió Beatriz, según solía, la ligera

refacción matutina y al quedarse luego sola, apoyándose en los merlones de la terraza, se entregó de nuevo a sus varios pensamientos.

En el próximo arroyuelo, por sus dos márgenes, ocho o diez mujeres y mozuelas lavaban y fregoteaban solícitas los familiares lienzos o, ya más blancos que la nieve, los extendían sobre la verde alfombra. En la huerta del palacio, el hortelano aplicábase a mullir bancales de cebollas y lechugas y a sembrar pimientos y tomates. Por el camino del molino unos cuantos labriegos tornaban al lugar arreando a sus asnos, bien cargados los lomos con los costales de trigo ya convertido en harina. Alegaban el jardín con sus trinos las triscadorasavecillas, que en las ramas de los olmos y las acacias hacían inverosímiles equilibrios. Y en el tejado y en la torrecilla del cercano palomar posaban o deambulaban algunas blancas palomas avizorando la campaña, picoteando el albo plumaje de su pechezuelo y poblando el aire con el dulce ritmo de sus arrullos... Todo en aquel reducido cuadro publicaba la armonía que regula el mundo, integrada por los latidos de la Naturaleza y los del trabajo humano.

Doña María, espíritu generoso y resuelto,

tenía conciencia de su deber, y replegándose en un rápido examen del momento, formó sus resoluciones, que traduciría luego en obras, para no incurrir en pecados de omisión dentro del conjunto armónico de los seres.

Entre aquel bonancible tiempo primaveral que enajenaba los sentidos y los negros que entenebrecían la atmósfera de su espíritu, ¡cuán gran diferencia! Pero ella sabría rasgar aquellas tinieblas con su fe, con su labor, con su esperanza, hasta abrir paso al rayo de luz, consuelo y delicia de las pupilas del alma.

Así como la lumbre de una pajueta encendida alcanza a iluminar con su claridad el espacio todo de una estancia, así llenaba con su actividad Doña María todo el palacio de los Arias Dávila y aún todo el ambiente de la aldea. Su vida era una prueba plena de los milagros del orden. Pudiera creerse que los solícitos cuidados para con su tía doliente y la asidua asistencia a las dos damas y a los dos sobrinillos habían de impedirle cualquier tarea exterior; pero los hechos certificaban lo contrario y así de todos era sabido cómo no había en el lugar necesidad que no remediase, ni lágrimas que no enjugase con su óbolo o con su presencia moral o física, que no parecía sino tener

el don de la ubicuidad, que sólo se atribuye a alguno que otro santo.

Ni la diaria asistencia a la misa que celebraba a primera hora en la vecina iglesia el Teniente del lugar (pues Hoyuelos era entonces en lo eclesiástico anexo de Villoslada, donde residía el cura) le impedía cuidar sus plantas y sus flores y tener el jardín como trasunto de los pensiles levantinos. Ni el ejercitarse en ciertas labores femeninas le hurtaba al cultivo del divino arte, a que era muy adicta, con que aliviaba algunas veladas con los primores de su voz y las notas de su clavicordio modulando algún madrigal italiano, o alguna canción morisca o tal cual donoso villancico de Juan del Encina.

Pero lo dicho, con ser bastante, no era todo el contenido espiritual de aquel lozano retoño de los Arias de Hermoro. Doña María, cuya contextura moral y física se compadecía mal con la quietud y la ociosidad, gustaba de los espectáculos de la Naturaleza y de los saludables ejercicios corporales. En la caballeriza de Hoyuelos no faltaban una ágil hacanea alazana y un viejo caballo de batalla, fuerte y gran trotón que fué dos lustros antes, de los que bebieron las aguas del Adaja en el valle de

Ámblés. La diversidad de edades en nada estorbaba la buena avenencia entre ellos existente en la caballeriza y en el campo y vivían a qué quieres cuerpo, bajo la blanda férula del viejo escudero Santiuste.

En días bonancibles y en que los cuidados o las dolencias daban alguna tregua en el palacio, a un *¡Hala Gonzalo!* dicho por la damita desde la meseta de la escalera, seguía indefectiblemente y antes de diez minutos la presencia en el portalón, de los dos bien aparejados brutos, dispuestos a recibir sendas cargas, la leve de la amazona y la harto más grave del escudero.

Sus ecuestres paseos solían ser muy variados. Optaba unas veces, pasada la pontezuela del arroyo, por seguir el camino de Martín Muñoz, junto a las frescas y llanas praderías de los Vallejos y de Navalaguna hasta adentrarse en el pinar y llegar al último pino, torciendo de vuelta por el manantial del Reguerón y la Navilla.

Cuando le apetecía una más larga cabalgada, íbase camino de Juarros de Voltoya, por la Cruz de Hierro, bajaba al extenso llano y aún solía pasar el río y emboscarse en los pinares de la ribera opuesta.

A las veces, dejando a su derecha a la Cabezuela, llegábase a Laguna-Rodrigo, y por los pagos de Revilla y los Majuelos rodeaba la laguna que da nombre al pueblo, bien poblada de aves acuáticas, tan abundosa en invierno como en verano desmedrada.

O bien, subiendo por la margen izquierda del Cercos, camino de Carravilla, entrábase por los campos de Santovenia y Jemenuño, y siguiendo la cañada Leonesa se plantaba en la Mira de Tordomingo, admirable observatorio que domina todo el curso del Voltoya y preside una de las más bellas vistas que pueden gozarse en tierra segoviana.

Y aún por otros caminos y vericuetos se metía, ya de la jurisdicción, ya de las vecinas, seguida siempre por el fiel y solícito Gonzalo, que la cuidaba como a las niñas de sus ojos y siempre pendiente de sus deseos y hasta de sus pensamientos más recónditos.

Pero lo más general era poner la proa hacia Hermoro, el paterno señorío, cuyo monte y pinar hallábase a la sazón en toda su pujanza; y, ora internándose por su mayor espesura, ora haciendo alto en la fuente del pinar, ora avanzando por un lado hasta el Pradejón de Arriba o por otro hacia La Peña, ora ascendiendo a los

macizos de Peñas Albas o al cerro de la Caña, respiraba a pulmón pleno, contemplaba el vastísimo horizonte, recorría de punta a cabo las espléndidas lejanías de la Cordillera Serrática, y se extasiaba ante la sobria y vigorosa naturaleza de su tierra de Castilla.

Y en aquellas andanzas, más propias de un moderno adalid de eso que la galiparla al uso llama *turismo* desdeñando otros más castizos términos, no se aburría, no, D.^a María, bien hallada, contra lo que suele ocurrir a las damas de su condición, con los propios pensamientos. Pero ¡cómo añoraba entonces al ausente y cómo echaba de menos sus noticias y su presencia y cómo envidiaba sus luengas jornadas, emprendidas por servir a su Dios y a su Rey, por ofrendar laureles a su Patria y a su prometida!

Así se había entrado ya el verano, la época de la siega y de las parvas, y de las rentas, momento culminante de la vida lugareña; sin que esta mudanza, en cuanto a nuestra protagonista rodeaba, influyera poco ni mucho en que ella variara una tilde en el plan que se había trazado y que podía resumirse en estos tres conceptos capitales: *orar, actuar, esperar*.

Todo seguía igual para la ecuánime don-

cella... Todo no, que un buen día del mes de Junio recibió y leyó con emoción un billete escrito más por un corazón que por una diestra, en que se le noticiaba lo próspero de un viaje al través de media España y un próximo embarque en una urca anclada en Cartagena...

Fuera de esto, pues, que ya era mucho, todo seguía igual para Doña María. Todo demasiado igual; lo grato, lo indiferente, lo ingrato, o, por mejor decir, lo excesivamente ingrato y repulsivo...

Pero ¿podía haber algo repulsivo para aquella alma buena, que no fuera la culpa y la deformidad moral?

Nunca, salvo los de Don Pedro, había tenido amores Doña María. Amadores no le habían faltado en su ciudad natal desde antes de trocar las prendas infantiles por los atavíos de la mujer; mas los tales amadores habíanla dejado del todo indiferente, sin que llegaran a preocuparla más que las coplas de Don Gaiferos.

Pero he de rectificar esta afirmación demasiado absoluta. Como un mes antes de ausentarse ella de Segovia tercióse en su camino un cortejante, que ni a sol ni a sombra la dejaba, el cual, aunque ella no hubiera correspondido a Don Pedro, habría suscitado en todo caso,

como suscitó con mayor motivo, toda la repulsión de su alma. La impertinente persistencia del interpuesto galán provocó sin tardanza recias palabras y aún amago de obras entre él y el del Hierro; pero la marcha al campo de Doña María y de su madre hizo prometérselas a ambas muy felices y abrigar la esperanza de que se cortaría de raíz el nada grato episodio.

¡Oh falibilidad de los humanos juicios! El primer día de fiesta que madre e hija pasaron en el lugar, lo primero que vieron sus ojos al ir a entrar en el templo, fué, confundido entre los aldeanos que junto al pórtico esperaban el comienzo del Santo Sacrificio, un hombre de porte e indumentaria señorial, de aventajada estatura, de moreno rostro que tiraba a prieto, de enjutas carnes, recia barba y acentuadas facciones, y con un chirlo descomunal que le surcaba casi toda la mejilla izquierda. ¡Era él, el enfadoso galán segoviano de última hora! Y el galán la miraba, la miraba con ojos ambiciosos, lo mismo al entrar que al salir de la iglesia, pero sin osar despegar los labios; y la cortejada se afirmaba en no mirarle, pero sin poder ocultar el desprecio y el desdén que hacia él sentía, trascendiendo al rostro...

Esta escena muda se repitió en la segunda

fiesta, y en la tercera y en las sucesivas y ya tenía traza de perpetuarse durante todo el verano. Tal era el elemento ingrato y repulsivo, a que me refería anteriormente y que turbaba la existencia de la noble doncella, para la que, por lo demás, todo, según ya apunté, continuaba igual.

Y así se iba pasando el verano en la solar casa de Hoyuelos y así hizo su aparición Agosto. Por conductos, como diríamos hoy, *oficiales* y por algunas personas de allá venidas, las nuevas de Alemania eran muy alarmantes. Solimán, *el Gran Turco*, había escrito cartas de reto al Emperador y al Rey de Romanos, diciéndoles que deseaba pelear en campaña con ellos y que acudiesen a la batalla y que así acabaría de determinarse de una vez por quién había de quedar el mundo, si por el Emperador de Occidente o por el de Oriente; si por la Cruz o por la media luna.

Sabiase que, poniendo en práctica su pensamiento, Solimán había salido de Constantinopla con medio millón de combatientes, de los que doscientos mil de caballería y con trescientas piezas artilleras, bien proveído de bastimentos y con la gente muy bien ordenada y mandada. Sabiase que la impresión que ello

causaba en toda la Europa central era enorme. Por grados y por días ibase añadiendo que los Turcos ya llegaban a la Misia, que estaban dentro de Belgrado, que ya habían pasado el río Draro e irrumpido por Hungría, y que marchaban derechos sobre Viena. Sabíase, por otra parte, que el Emperador-Rey con el Rey de Romanos, su hermano, en 2 de Septiembre de 1532 había partido de Ratisbona con sus flamencos y borgoñones y alemanes, camino de Viena, intentando detener el asolador torrente. Pero ¿no eran de temer las consecuencias del tremendo choque entre un ejército muy inferior y el más poderoso que había hollado a Europa desde los más remotos tiempos? Y si la Cristiandad militante era arrollada ¿qué sería de Alemania, de Italia, de España, qué de todo el espléndido y quince veces secular proceso de la Civilización cristiana?

Bien se entiende y explica la creciente emoción con que en este cabo del continente se seguía el desarrollo de aquel drama que parecía iba a convertirse en espantosa tragedia.

Por fortuna, las malas impresiones y la indecisión duraron poco. El espíritu público comenzaba a reaccionar y coincidiendo con ello iban sucesivamente llegando al palacio de Ho-

yuelos, aunque con el retraso que era de suponer, dados el estado de Europa y las escasas ocasiones de comunicación, algunas pocas, pero luengas y expresivas misivas que hacían renacer la tranquilidad en los perplejos ánimos.

La primera de ellas daba noticias del paso de los Alpes bajo las banderas del Marqués del Vasto, so las que militaban el Señor de Her-moro, su primogénito y Don Pedro del Hierro, hasta su llegada a Linz, junto al Danubio. Allí fué a desembarcar el Emperador, procedente de Ratisbona; y en la carta se ponderaba la hermosura del espectáculo, pues a más de la mucha y muy lucida gente que venía por el río, cual nunca desde el tiempo de los romanos el Danubio había visto, era muy de notar tal y tanta copia de gentes como acudía allí por las riberas, de unas y de otras partes.

En misiva más reciente decíase lo que se sabía de las andanzas de los ejércitos de Solimán, uno de los cuales entróse por Stirico, que es tierra fértil, y tentó de tomar a Guinz, parvo lugar, defendido por el capitán Nicoliza, varón de gran valor y ánimo. Los detalles de este asedio resultaban dignos de la trompa épica. Repetíanse a diario las furiosas embestidas de los turcos contra la pequeña plaza, pero todas

se estrellaban en la resolución de Nicoliza y de sus compañeros. En el postrero asalto, los defensores cristianos vieron pelear en los aires a favor suyo a un caballero en un caballo blanco, que se entendió ser San Martín, patrono de la villa asediada. Admirado Solimán de tamaña resistencia, brindó con la paz a Nicoliza y éste la aceptó imponiendo condiciones, la principal de las cuales (¡caso verdaderamente singular!) fué que no entraría turco en el lugar, ni aún sin armas. Y el poderoso Solimán lo aceptó todo y con general asombro levantó el cerco de Guinz y pasó adelante.

En fin de Septiembre llegó a manos de Doña María otra carta interesantísima de su prometido. En entusiásticos términos dábale éste cuenta de dos señalados hechos de armas en que había tomado parte. Mil caballos y seis mil arcabuceros tudescos y españoles desbarataron a cuatro mil turcos que guardaban numeroso ganado para abastecimiento de los de Solimán. Y, cosa aún más señalada; quinientos españoles encontráronse cerca del Danubio con cuatro mil tártaros, gente valerosa y ligera que formaba en el ejército turquesco; y tal fué el empuje de los nuestros que los echaron de cabeza al río, con que se ahogaron más de trescientos

de ellos. ¡Con qué color, con qué lujo de detalles pintaba Don Pedro aquellos prósperos sucesos, considerándolos como augurios de otros aún más favorables!

Y no le engañaba su optimismo. Algunos días después, la lectura de otra carta levantó los corazones de la esposa y madre y de la hija a la vez que hermana y prometida. La gran borrasca que había amenazado a Europa podía darse por desvanecida. Carlos V estaba ya en Viena con todo su ejército, dispuesto a aceptar la batalla a que se le había retado. Y Solimán, después de tantos fieros, temeroso, acaso, de la buena fortuna del Emperador y viendo venir contra él a la flor de la Cristiandad, lejos de provocar la batalla, desviábase de Viena y se retiraba hacia el sur con muestra de abandonar la empresa. Así las cosas, el César había reunido en consejo a todos sus capitanes en la duda de si seguir al Turco o si esperar su acometida. Y tras diversos pareceres, determinóse que junto a Viena se entretuviese el ejército, sin buscar ni perseguir por el momento al enemigo hasta conocer sus intenciones.

Extendíase la carta pintando al vivo la magnífica reseña que en aquella ocasión hicieron

las tropas imperiales. Viéronse allí reunidos ciento veinte mil infantes y más de treinta mil caballos, a costa del propio Emperador, de su hermano el Rey Don Fernando y del Papa Clemente VII. Nuestros compatriotas eran allí doce mil, con el Marqués del Vasto y Antonio de Leyva a la cabeza. Había, a más, mucha nobleza de bohemios, moravos y aún polacos. Y como, fuera de la gente de guerra, hubiera otro tanto de pajes y criados de soldados y caballeros, contados los hombres que tomaron las armas, eran cerca de trescientos mil, sin los vecinos de Viena «que es, sin duda, —decía el comunicante— el mayor ejército cristiano de nuestro tiempo». Bien enterado debía de estar Solimán de todo ello. Los cristianos deseaban ahora ardientemente su avance, dispuestos a aniquilar a su enemigo. Pero éste, ante la general estupefacción, tornó las espaldas a toda prisa y aún no extinguidos los ecos de la gran reseña de Viena, Solimán con su ejército estaba de allí cuarenta leguas, dejaba atrás perdidos más de cuarenta mil turcos, quebraba puentes porque no le siguiesen, talaba los campos, llegaba de nuevo a Belgrado y no paraba ya hasta Constantinopla. Los comentarios que en Huyelos y en Segovia y en España entera pro-

vocaron estas tan faustas nuevas queden a la consideración de los lectores.

El otoño iba adelante y ya las tardes breves y harto frescas y la frialdad de las mañanas anunciaban la proximidad de un invierno anticipado. La permanencia en el palacete de Hoyuelos no había sido infructuosa para la salud de sus moradoras, necesitadas de los aires campesinos. Cuanto a Doña María, su intensa vida moral y física contribuía grandemente a regularle la salud del cuerpo y la del alma, pres-tándole aquella su fortaleza característica tan bien hermanada en ella con las ternuras y delicadezas propias de la mujer.

Pero el cariz favorable que había tomado la empresa de los modernos cruzados; la creencia en su pronto regreso a los patrios lares; la ansiedad de novedades, que antes llegan a la ciudad que a los campos y más que todo ésto el afán de la doncella de esquivar la odiosa presencia del asíduo concurrente a las misas dominicales, fueron otras tantas causas que determinaron a las huéspedas del palacio a dar punto a la temporada en la aldea.

Ello fué que en un mismo día, que se contó hacia el 20 de Octubre, a prima hora de la mañana, de una parte la Señora de Hoyuelos

con su prole, con su dueña y con su ama y de otra la de Hermoro con su hija y su adicta Beatrizilla, montaron en dos coches de viaje (artefactos aún muy poco comunes en aquellos días) preparados para el caso en la plaza del palacio y emprendieron la ruta hacia sus respectivos destinos, separándose a la salida del lugar. La de Hoyuelos tomó la vía de Santa María de Nieva, con rumbo a Valladolid. Las de Hermoro afrontaron a Villoslada, camino de Segovia, seguidas del fiel Santiuste, caballero en el viejo cuadrúpedo, su antiguo colega de glorias y fatigas.

Damos por supuesto que Doña Catalina llegó sin accidente a su morada valisoletana donde la esperaba el Licenciado jurista. Cuanto a las de Segovia, sábese que, recorridas las cinco leguas que separan a Hoyuelos de la capital de la Comunidad y Tierra, arribaron en el mismo día a su casa de la colación de San Román.

La vida segoviana en el invierno ya próximo ofrecíaseles con análogas perspectivas que en los pasados años, bien que iluminada por la esperanza del próximo retorno de los ausentes. Los domésticos quehaceres, las prácticas religiosas, las relaciones amistosas y familiares, todo el conjunto de cosas que dife-

rencian sustancialmente la vida ciudadana y la campesina, todo ello ocupaba sin pena ni tedio la existencia de nuestras dos damas.

Y llegaron los frios invernales con sus hielos y nieves y ventiscas, sin que llegaran los tan deseados peregrinos. ¿Qué pasaba más allá de las fronteras, deshecha ya la furiosa borrasca del Turco? Pasaba que para nuestro invicto César, campeón del Catolicismo, cuando no amenazaba el Turco, perturbaban el Protestante o el Francés o el mismo Pontífice Romano. Y las cartas y relaciones que de allá lejos iban viniendo razonaban la permanencia de nuestros segovianos en aquellas lueñas tierras.

Ibase así sabiendo cómo ya retirados de Austria los ejércitos de Solimán, el Emperador, en 4 de Octubre, partió de Viena con todo su lucido ejército, la vuelta de Italia. Hasta se sabía al detalle la disposición de aquella masa humana. En la avanguardia iba Don Hernando de Gonzaga con la caballería ligera. Tras él, el Marqués del Vasto (bajo cuyas banderas militaban los Arias Dávila) con la infantería y con su guarda de caballos. Detrás el Cardenal con los Obispos y clérigos. Luego la persona del Emperador y en la retaguardia el Duque de Alba con la caballería española y la infantería

tudesca. Muy para vistos debieron de ser aquella marcha al través de los campos danubianos, el bordeo de los Alpes Stíricos, el paso de los Cárnicos y el avance a lo largo del Véneto hasta arribar a las feraces llanadas del Pó.

Causa principal de la ida a Italia eran las vistas entre el Emperador y el Pontífice acordadas y en las que habían de tratarse muy árduos negocios de los que dependían la paz y la guerra, el sosiego o la zozobra para la Iglesia y para los estados italianos.

Ante tal incertidumbre pareció al Rey lo más prudente no licenciar las tropas españolas e hizo saber a sus leales súbditos de acá que habían volado en su auxilio, la necesidad de su permanencia allá arma al brazo, hasta que se despejara el horizonte. Tal era la razón de la tardanza de los expedicionarios.

En 6 de Noviembre de aquel año el Emperador con su poderoso ejército llegó a Mantua; y en 13 del mismo mes, traspuesto el Pó, a Bolonia, lugar de la cita con el Papa, que ya allí le esperaba previamente rodeado de su corte.

Las juntas comenzaron, pero Carlos y Clemente, que tenían muy distintos puntos de vista, no acababan de concertarse. Con grandes

dificultades, en fin, se concertaron, siendo una de las bases del concierto, que el Emperador sacase de Lombardía toda su gente, aunque quedando en Milán Antonio de Leyva con suficiente número de españoles.

Las periódicas misivas de nuestros segovianos daban sucesivamente cuenta de cómo el César partió de Bolonia, de cómo tuvo a bien pasar a Pavía para ver el sitio donde ocho años antes había caído prisionero su rival Francisco I y de cómo llegó a la opulenta Génova, donde posando en las casas de Andrea Doria fué obsequiado como a su majestad y grandeza convenían. Y hasta aquí las noticias llegadas a Segovia. Pero súbitamente parecieron enmudecer los correos y el vivir de nuestras dos damas se arrastraba ya lento y penoso y sin que los verdores de la naciente primavera simbolizaran para ellas el más consolador de la esperanza.

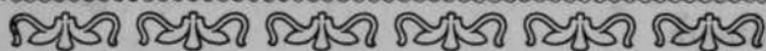
Sobre todo con relación a Doña María, cuyo varonil ánimo comenzaba a decaer ante la doble contrariedad de la dilatada ausencia del ser amado y de la constante presencia del ser aborrecido.

Y es que el extraño y molesto concurrente a la iglesia de Hoyuelos, lejos de eclipsarse en Segovia, menudeaba las apariciones donde

quiera que atisbase la presencia de la dama; es que estrechaba el cerco, y prevalido de la ausencia de los próximos deudos, echaba a volar especies ofensivas para el honor de Don Pedro y para la honra de Doña María, odiosa realidad del momento al par que augurio de infaustos eventos para un porvenir nada remoto.

Puestas así las cosas, aunque noticias recién llegadas de Valladolid certificaban un mayor recrudescimiento de la crónica dolencia de Doña Catalina y daban por casi segura para el próximo verano su ausencia de la casona de Hoyuelos, las Arias Dávila segovianas, en fuerza de la costumbre o, más bien en aquel caso, por la necesidad que siente el enfermo de cambiar de postura, a Hoyuelos hicieron su nueva jornada cuando apuntaba el nuevo Mayo.

Y las ferradas puertas del rural palacete se abrieron de nuevo y Martín Gutiérrez, documentado por concretas instrucciones de sus amos y por la de sus propios sentimientos, dió la bienvenida a las Señoras de Hermoro, señoras eventuales también de aquella casa, harto espaciosa para sus pocos huéspedes, harto solitaria para la mayor soledad de sus almas.



V

El mayorazgo

YA era mediado el mes de Junio, verdadera puerta del verano más que en otras tierras en tierra de Segovia, donde los plácidos Abriles y los Mayos deleitosos, tan traídos y llevados por bucólicos poetas, no suelen ser sino chistes malos del calendario y bromitas del peor gusto que se permite el padre Saturno para demostrarnos su poder absoluto en esto de volver del revés tiempos y estaciones.

Quiérese decir con ello que la estival iba ya a colarse de rondón, sin que se sirviera enviar por delante, en calidad de amable nuncio, a la hermosa Primavera, que, antes de entrarse por los campos de la vieja Castilla, suele pensarlo

mucho, si es que no se queda de la parte de afuera.

Ante la perspectiva veraniega, comenzaban a despoblarse no pocas casas nobles de la ciudad del Eresma y a poblarse los palacetes y casas principales de lugares y villas más o menos próximos, donde los señores y poseedores de vinculos y mayorazgos acudían en aquellos días del año para vigilar la heredada hacienda, para cobrar las rentas y para hurtarse por una temporada a los cuidados y los afanes ciudadanos.

No era una excepción en ello la casa solariega de Paradinas, sita al sur de esta minúscula villa, a cuatro leguas de Segovia. Asentada Paradinas en una dilatada llanura con hermosos horizontes, ofrece su casa principal al curioso pasante, los perfiles propios de una cuadrilonga fábrica que, sin renunciar a su *indumento* civil, quiso también darse tono con el militar arreo. Como un siglo de existencia podría contar aquel palacete por el tiempo a que se contrae mi historia, y, al cabo de casi cuatro siglos más, aún sigue en pie, por fortuna, pues en verdad os digo que, no obstante su pequeñez y las alteraciones que ha sufrido, es uno de los ejemplares más dignos de nota dentro de la arquitectura civil de tierra de Segovia, que no ha tenido

hasta el presente tratadistas que en ella hayan ejercitado su competencia.

Construido el palacete de ladrillo y tapial con algo de sillería, ocultaba entonces estos modestos materiales el característico revoco segoviano, en forma aquí de círculos concéntricos casi tangentes, con escorias en las juntas, análogo al que había en el propio Alcázar de Segovia. Eran y aún son de ver en la fachada principal, la puerta de ingreso, en arco rebajado; los tres modestos balcones, las tres gargolillas de piedra y cuatro cilíndricas torrecillas que superan el conjunto, de las que la que defiende la puerta de entrada es un matacán en cuyos dos graníticos canecillos que le sustentan vense esculpidas (y es detalle curioso) sendas toscas manos.

Poco antes del tiempo en que me ocupo, el palacete había sufrido en su interior una considerable reforma que le había impreso las huellas del Renacimiento, bien patentes en el patio con sus galerías bajas y sus columnas de granito rematadas en capiteles y zapatas; en su escalera, cubierta por sencillo artesonado de madera, y en el laureado escudo embebido en lo alto de uno de los muros de la dicha escalera, y en que se divisan, dispuestos en pal, los blasones del noble linaje de Osorio de Virués.

Porque a esta antigua familia pertenecía, en efecto, el palacete, en el cual, muy pocos años antes de mi historia, se había hecho fuerte, contra la voluntad de su dueño, el célebre comunero Juan de Padilla, cuando, por Agosto de 1520, procedente de Toledo y de Segovia, invadió con su hueste aquella tierra para habérselas con Don Antonio de Fonseca y el Alcalde Ronquillo, que, con fuerzas adictas al Gobierno, posaban en Santa María de Nieva.

La casa fuerte de Paradinas, pues, cerrada herméticamente durante casi todo el año, habíase entreabierto también por aquellos días para recibir a su dueño, que no era otro sino Don Rodrigo Osorio de Virués, personaje a quien el lector de esta historia ya conoce, aunque no conociese hasta ahora su nombre y su apellido. Que se había entreabierto la casa, dije, y no lo dije a humo de pajas. Entornada, no más, su puerta, cerrados casi todos sus balcones y ventanas y envuelta en un no sé qué de misterioso y de siniestro que contrastaba con lo aventajado de su asiento y con lo grato de sus perspectivas, algo dejaba adivinar en ella sin que se transpusieran sus umbrales, que allí no palpitaba la vida de un hogar dichoso, que allí asentaban la adustez y el amargor propios de

alguien que no estaba a bien consigo mismo y con su conciencia.

Y ello era así, en efecto. Don Rodrigo, el mayorazgo de Paradinas, ni por sus condiciones personales, ni por las en que se desenvolvía su vida, podía considerarse como el tipo del hombre feliz. Su edad corría parejas con la de su siglo; y habiendo ya éste transpuesto los treinta y dos años, debe entenderse con ello que Don Rodrigo había salvado tiempo atrás la línea divisoria que separa al *mozo* y al *hombre joven* y que se encontraba en aquellos momentos críticos que suelen ser decisivos para el varón que empieza a sentir sobre sí el influjo de sus seis lustros bien cumplidos. Hijo de buenos padres y de rancia estirpe segoviana, ya entró en el mundo dando guerra, pues venir él a la vida y extinguirse la de su madre fué todo ello uno y obra de una misma ocasión. De instintos dañados y de condición muy proterva, si de muchachuelo fué francamente malo, de jovenzuelo fué rematadamente peor. A los diecisiete años ya había contraído méritos bastantes para ocupar un puesto entre los forzados de las galeras de S. M.; y a los veinte cometió en la ciudad un desaguisado de tal magnitud, que con la ayuda de los achaques propios de la vejez, despachó entres días a su buen

padre, con pasaporte para la eternidad. Huérfano, suelto, mozo y adinerado, dió Don Rodrigo en creer que para él se había hecho el mundo, y en diez años de desenfundada carrera, ni respetó conveniencia, ni excluyó malicia, ni dejó de satisfacer capricho que le cuadrara y que estuviera a su alcance. Tal era en lo moral, esbozado someramente, el mayorazgo de Paradinas. Cuanto a lo físico, si el lector guarda en la memoria el ya trazado retrato del asiduo concurrente al pórtico de la iglesia de Hoyuelos, tendrá también el del mayorazgo de Paradinas y se excusarán repeticiones, pues que de la misma persona se trata. Y así sólo añadiré, como retocando, que el gran chirlo de la mejilla izquierda era auténtica reliquia de cierto encuentro nocturno habido en una calleja segoviana con corchetes y ministros; y que otras líneas menos hondas y no producidas por la acción humana, que le surcaban la frente, denunciaban luego al hombre que en poco tiempo había vivido demasiado.

La existencia del mayorazgo, por aquellos días, en su fortificada vivienda, era la más fiel y rigurosa representación del aburrimiento. En temporadas anteriores, Don Rodrigo, gran devoto del deporte cinegético, solía salir de madrugada, a pie o a caballo, bien prevenido el

arcabuz y con un par de lebreles por delante, y, ora acosando a las perdices en las espesuras del monte de Balisa, ora corriendo liebres por las llanadas de Paradinas y de Marazuela, íbasele cada vez en ello a lo menos media jornada. Ni había sido raro que amigos y colegas de Don Rodrigo en sus zambras ciudadanas se llegaran a Paradinas para rendirle pleitesía y para escandalizar al honrado vecindario en otras zambras villanescas celebradas de puertas adentro, pero cuyos poco edificantes ecos transcendían al exterior...

Mas todo ello era ya cosa pretérita. Ni la caza le interesaba ahora lo más mínimo, ni estaba de humor de solazarse con sus amigotes bajo el familiar techo de Paradinas.

El mayorazgo, pocos días antes llegado a su casa, se consumía en ella de tedio. Reinaba allí generalmente un enervador silencio, sólo turbado por las destempladas voces del amo cuando armaba quimera al mayordomo por si había interpretado bien o mal algún mandato suyo, o cuando se ponía por las nubes ante la menor deficiencia de la anciana ama de llaves... Y como el de Osorio nunca se granjeó simpatías en el pueblo, antes malas voluntades de parte de los colonos y de los extraños a la casa, todos, quien

más, quien menos, rehuían entrar en ella, haciéndolo tan sólo en los casos más precisos; de suerte que el áspero Don Rodrigo se sentía cada vez más aislado, y es lo cierto que en la realidad lo estaba.

Y lo estaba más aún que en su persona física, espiritualmente. El mayorazgo purgaba ahora con su soledad el anterior exceso de dudosas o de malas compañías. Hombre cuyas desatadas pasiones habían estado siempre al servicio de sus apetitos, veíase sojuzgado a la postre por otra pasión para él nueva, que, lejos de ser vehículo de satisfacciones, éralo de bárbaras torturas y de crueles tormentos.

El hidalgo de Paradinas estaba de tiempo atrás enamorado, punzado por el peor mal de amores, por el mal del amor sin esperanza. Allá, en la sugerente Segovia, había visto una mañana a la gentilísima María, al noble vástago de los Arias Dávila, antes delicado capullo y ya flor radiante de belleza; antes grata promesa infantil y ya hermosa realidad de mujer. La había visto... mejor, la había vuelto a ver, porque ¿cómo no haberla visto y aún conocido de mucho antes en ciudad como Segovia, a la sazón muy populosa todavía, bien que en la cual las familias nobles y principales mantenían siempre

relaciones más o menos asiduas o estaban ligadas por vínculos de parentesco? Pero cortado el trato social con sus iguales por los inverecundos extremos a que el mayorazgo se arrojara, acaso en una de esas agudas crisis del espíritu para razonar y desentrañar las cuales no basta la más experta crítica, Don Rodrigo volvió a ver a Doña María, en uno de los luminosísimos días segovianos, saliendo del templo, de uno de aquellos admirables templos románicos, de dorados tonos y adosados pórticos e ingenuas labores iconísticas; había visto de nuevo su primorosa figura, primero destacándose sobre la penumbra del templo, cual sobrenatural aparición, y después circuida por los ábacos y archivoltas de la portada, como por un nimbo de majestad y de gloria. La había vuelto a ver, y el efecto de la celeste visión en el ánimo del contumaz calavera, hubo de ser y fué instantáneo y decisivo.

No existe en el mundo físico más insondable sima que la del alma humana y Don Rodrigo, al igual que casi todos los demás hombres, desconocía la suya. La atracción que súbitamente sintió hacia Doña María no le pareció luego de distinto linaje que el de tantas otras como podía contar en la larga relación de sus

amorosos episodios. Pero la realidad fué muy diversa. Lejos de desvanecerse con el transcurso de las horas, la imagen de Doña María permanecía viva en su pecho y aún aniquilaba en él otros más fugaces y deleznable recuerdos y afecciones. Lo que comenzó por ser chispa acabó por ser incendio. Acostumbrado por una experiencia ya no corta a satisfacer sus apetitos y a olvidar presto lo abordado y lo inabordable, maravillábale la novedad que en la entraña de su ser sentía, considerábase trocado y se determinó a proceder a tono de lo que el insólito caso requería. Necesitaba ver a diario al objeto de sus flamantes amores y le buscaba donde quiera y le acechaba en la calle y en la iglesia y aún a la puerta de su propia morada. Aprovechando momentos y atisbando ocasiones, deslizó muchas veces al paso de Doña María insinuaciones, ruegos y frases apasionadas, pero Doña María, seria siempre y digna, recibía insensible tales avances y requerimientos. Segovia, aun con todas sus justificadas infulas de ciudad, era siempre un pueblo grande, y como en los pueblos se saben de coro las vidas ajenas al igual de las propias, Don Rodrigo no tardó en saber de los amores de Doña María y Don Pedro, que no fué sino aña-

dir leña al fuego de su humor terco y de sus perseverantes designios. Redobló, pues, sus empeños, pero con peor resultado que antes, pues Doña María que, por hurtarse a la molesta presencia de su perseguidor, se dejaba ver poco en público, acabó por encerrarse en su vivienda, de la que determinó no salir sino a lo más preciso y a las horas más desusadas, y así las altas ilusiones del mayorazgo quedaron burladas y por los suelos.

A todo esto, con aquel mes de Mayo de 1533 había llegado, según quedó dicho, la hora del traslado de las dos damas Arias Dávila, de la ciudad a la rural morada de Hoyuelos. Desesperóse con ello Don Rodrigo y desesperado siguió durante algunas semanas en su mansión de Segovia forjando planes absurdos y sin resolverse por ninguno. Pero su imán, no por más lejano le atraía menos, y así, tras interminables días de rabiosos tormentos, tomó el camino de Paradinas, ardiendo en el fuego de su pasión contrariada y tejiendo en su mente toda una complicada urdimbre de nuevas tácticas y estrategias.

Una bien cumplida legua distan tan sólo Paradinas y Hoyuelos, legua tantas veces recorrida por el mayorazgo durante el verano

anterior ¡y recorrida tan infructuosamente! Don Rodrigo sentíase derrotado y, con la obsesión de este pensamiento, recluyóse, por lo pronto, en su solitaria vivienda sin intentar nuevas salidas, presa de una abulia que lo mismo podría prolongarse que resolverse en súbitas e inesperadas resoluciones...

En el entretanto, en el palacio de Hoyuelos deslizábase una vida aún más calma y sosegada que en la temporada anterior. Doña María, a quien ahora bastaban sus propios pensamientos, dedicábase desde su llegada con más asiduidad que antes a los domésticos quehaceres y a acompañar a su madre, sin curarse de los espectáculos de la Naturaleza ni de las ecuestres andanzas de antaño. Y así la hacanea estábase inactiva en la caballeriza y el buen Santiuste tenía que pasearla por conveniencia, pero sin que la oprimiera el leve peso de su dueña y señora.

Llegadas las damas a Hoyuelos un viernes por la tarde, el domingo siguiente acudieron al templo no sin justificados temores. Ni a la entrada ni a la salida ¡oh, placer de la vida! el importuno asiduo de antaño estaba allí. Doña María respiró satisfecha. Pasó otro domingo y se sucedieron otros sin que se dejara ver el

mayorazgo, con que entrambas damas pudieron respirar más hondo y aún dar por cierto y firme que la borrasca de acá estaba ya tan deshecha como esotra y mucho más lejana del Gran Turco Solimán.

Pero las cosas sucedieron muy de otro modo. Ello fué que, corriendo ya el mes de Junio, no sólo el osado galanteador se presentó de nuevo a la entrada de la misa dominical, sino que, pasando en seguimiento de su amada y llegándose casi hasta el altar mayor, púsose de espaldas a éste y de cara al objeto de sus ansias, sin que, en su desatino, variara de postura ni aún en los momentos de la elevación de la Hostia Santa.

Percatado del caso en plenas funciones el ministro del Señor, echóle en rostro su hazaña en muy encendidos y justificados términos. Salióse el caballero airadamente del templo entre los murmullos y los dicterios de los aldeanos y se plantó, jaque, ante la puerta desafiando al pueblo entero. Acabada la misa, como continuase impertérito en su insolente actitud, trabóse de palabras con los primeros mozos que fueron también saliendo. Pero el grupo de rústicos engrosaba y pronto rodearon todos al intruso y con destempladas voces con-

denaban su fea acción y al levantarse las voces correspondía el levantarse los puños y todo ello hubiera parado en fiera y muy desigual batalla si el desatentado personaje no hubiera roto a codazo limpio el círculo humano que le ceñía y huido a uña de caballo en uno muy ligero que atado tras las tapias del cementerio le esperaba...

No hay que decir si en el lugar escandalizó la escena de la iglesia, ni que ponderar los comentarios que en el palacio y en cada hogar lugareño arrancaría el insólito caso a aquellas sencillas gentes.

Pero ¡bien vengas mal si vienes solo! La susodicha escena tuvo a los dos días un impensado complemento en la mansión de los Arias Dávila. Ocurrió que, como a media mañana, ante las puertas principales del palacio de Hoyuelos presentóse una vieja muy arrugada, envuelta en harapos, agobiada por el peso de los años y apoyada en un palito.

—¡Ave María Purísima!—chilló con una vocécilla destemplada, al par que daba dos alda bonazos sobre el ferrado batiente—¡Una limosna para una pobrecilla desvalida!

Oyó los golpes y la voz el señor Martín Gutiérrez, que andaba trasteando por la panera,

sita en la planta baja del edificio y disponiéndola para recibir las primeras rentas. Acudió a abrir el portón y una vez abierto —¡Ave María...!—exclamó a su vez, más que por corresponder al tradicional saludo, espantado al verse frente a frente de la más horrenda y repugnante catadura que jamás vieran sus ojos.

—Señor, ¡una limosna para esta pobre anciana que no puede tenerse en pie!

—¡Andá allá, madre, que no hay dar limosnas tan aina y sin saberse a quién se dan! ¡Dios os socorra!

—Pronto hais de saberlo, hermano, que traigo en el seno un memorial para la buena gente de esta casa... —Y al decir esto sacaba de entre sus harapos un papel doblado, sellado y sobreescrito, que adelantó ante el dificultoso mayordomo.

—Dejáos de memoriales, que por la traza de la portadora, vale Dios que más bien debe dirigirse el vuestro a la oficina de Belcebú que a los habitantes de una casa honrada.

—Pues ¿no son éstas las casas principales de los muy nobles y maníficos Señores de Arias Dávila, mis Señores? A ellas vengo y sé a lo que vengo...

Bajaba a esta sazón por la escalera el viejo escudero Santiuste, que al escuchar el diálogo y enterarse de lo que lo motivaba, movido por su buen corazón quiso inclinar al mayordomo a que atendiese la pretensión de la forastera. Pero como viera a su compañero muy duro para avenirse a razones,

—Tomalde el memorial o lo que fuere, que por tomallo no se va a marrotar la cosecha, y acaso, acaso, el tal memorial no se enderece a los Señores de las Alcabalas, sino a los de Hermoro, que aquí agora residen...

—¡Oh, gracias, gracias, señor caballero!
—dijo la vieja haciendo una reverencia hasta el suelo.

—Escudero, no más, de mis señores de Hermoro, y ya es bastante, y muy honrado con ello, y venga ese memorial o esa bicoca y pase al portalón y cierre ya el pico...

Tomó el escrito de manos de la vieja y vió que rezaba lo siguiente: *A mi Señora Doña María Arias Dávila*. Dijo a la vieja que esperase en el zaguán y él subió la escalera arriba mientras que el adusto mayordomo se tornó a su panera encogiéndose de hombros.

Sola y en una de las estancias que dan sobre el jardín estaba Doña María, cuando recibió el

pliego de manos de Santiuste. Rota por ella la envoltura, leyó lo siguiente:

«Doña María. Si como pudierais por la cabeza, comenzais por el fin la letura de este escrito, no dejeis de leerlo todo sin faltar palabra, pues este es memorial de caridad, enderezado a persona tan pía cual sois vos. Quién soy yo bien sabeis; por mi alcuña vuestro igual; por la Fortuna no desamparado; libre como las aves del cielo; aleccionado por lances de la vida; enamorado de vos, hasta por lograr vuestro amor a lo posible y a lo imposible dispuesto. Ved, pues, si, en resolución, os convengo más que tal cual hidalgüelo que rehuyó vuestra presencia partiéndose a luengas tierras por combatir fantasmas que no parecen por parte alguna. Ya que no inmediatas realidades, a lo menos concededme el bálsamo de alguna esperanza que calme los rabiosos tormentos del que ha de ser, a elección vuestra, el más venturoso o el más determinado y sin ventura de los hombres,

Don Rodrigo Osorio de Virués.

De Paradinas, a 15 de Junio de 1533 años».

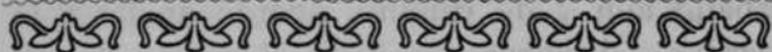
Acabada la lectura de la carta quedóse suspen-
sa buena pieza Doña María, pensando tener

telarañas en los ojos o en el alma. Releyó la misiva del osado, la estrujó entre sus finos dedos y se fué por derecho a un bufete para darle la adecuada y merecida respuesta.

Pero antes de llegar cambió de resolución. Con la estrujada carta en una de las manos salió a la meseta de la escalera y resgando el malhadado documento y arrojándolo con furia a la vieja, que abajo esperaba acurrucada,

—Tomad esos añicos—díjole enérgica— y decid a quien os envía que esa es mi contestación.

La vieja echó para atrás la cabeza, dirigió a Doña María una mirada de basilisco, salió del zaguán, dando un fuerte portazo que hizo retumbar la casa y se alejó de ella mascullando dicerios y maldiciones.



VI

El pacto

HUMILLADO e iracundo, tras la descomunal escena de la iglesia de Hoyuelos, tornó a Paradinas Don Rodrigo Osorio, en cuyo ánimo y para su mal, la momentánea abulia a que se le vió reducido en el anterior capítulo, habiase trocado harto pronto, por la cuenta, en nueva acción, que vale tanto como decir, en nuevo desatino.

Llegado que fué junto a los solariegos muros, descabalgó, entró en el patio, cerrando tras sí con rabia el portón del palacete, encerróse en una de sus cámaras, sentóse ante un bufete, requirió papel y pluma y, agitado y nervioso, púsose a escribir...

Porque antes de restituirse a su morada, a

caballo aún y de camino, acordó apelar a la escritura, dirigirse por carta al objeto de sus desvelos y así, según lo imaginó lo hizo y escribió una carta amorosa... Pero su amor tenía por perniciosos consejeros el egoísmo, la soberbia y el despecho, y lo que de su pluma iba brotando no era expresión y nuncio del verdadero amor, que es abnegación y sacrificio y rendimiento al objeto amado, sino intento de imposición intolerable, cartel de mal disimulado orgullo y de peor velada amenaza. Y así, en tan pésimas condiciones, brotó aquella desdichada carta, que por manos mercenarias y femeninas osó enviar Don Rodrigo a Doña María, carta cuyo texto el lector ya conoce, como conoce el funesto resultado obtenido por la carta y por la embajadora.

Era la tal embajadora, cuyo físico porte también conoce el leyente, cierta miserable vieja del próximo pueblo de Balisa, a quien de tiempo atrás conocía el mayorazgo y a la que por sus relevantes prendas diputó como de molde para la delicada misión diplomática. Cuando la tía Raspa—que por tan distinguido remoquete era conocida la buena anciana en Balisa y en los lugares de la redonda—volvió a la casa de Paradinas e hizo noticioso a su dueño del fracaso

sufrido, fué tal la cólera que se apoderó de Don Rodrigo que su primer impulso fué el de lanzar (y a punto estuvo de ponerlo en práctica), por un balcón a la desafortunada emisaria. Por suerte, no alcanzó este grado máximo su barbarie y después de poner en la mano de la vieja unas cuantas monedas, arrojóla de su presencia con un empujón tal que sólo por milagro no la hizo rodar la escalera.

Suspenso y ensimismado quedó buen trecho en su estancia el donjuanesco personaje y mayor aún habría permanecido de tal suerte si las sombras de la noche no le hubieran certificado del paso del tiempo y de las exigencias de la vida.

Cenó, e incapaz de interesarse por cosa alguna, pronto se acomodó en su lecho, cerró los ojos e intentó dormirse. Pero en vano esto último. El sueño reparador no acudía, apoderóse de él el atormentador insomnio; en las horas largas y tenebrosas, mientras el inquieto cuerpo del infeliz daba vueltas y ensayaba nuevas posiciones, su más inquieta mente superaba al cuerpo en el tornar y el rebullirse. Forjaba los más opuestos planes, acudíanle los pensamientos más extraños y en fuerza de la tremenda tensión de su cuerpo y de su espíritu

sobrevinieron la postración y el marasmo, durante el cual comenzaron a soplar allá en su cerebro vientos de quimera que acabaron por apoderarse, ya sin protesta alguna por su parte, de aquel espíritu obseso. El hecho fué que a la tempestad siguió la calma, que al insomnio de toda una noche sucedió el sueño de toda una mañana y que cuando despertó, cerca del mediodía, se sintió sereno y satisfecho y poseedor de la clave con que en su juicio había de descifrarse el oscuro enigma de su felicidad y de abrirse camino a la consecución de todos sus anhelos.

Aquel nuevo día transcurrió muy tranquilo en el palacio de Paradinas, sin que se oyera por allí una voz más alta que otra, sin que al mayordomo ni al ama de llaves, ni al mozo de caballos ni a nadie se enderezase, ¡cosa rara! reprimenda ni contestación desapacible. Al ocultarse el sol entre ráfagas de grana que parecían incendiar los lejanos pinares del valle del Voltoya, el mayorazgo salió sólo y quedamente de su casa y encauzóse por el camino de Balisa. Recto y amplísimo el camino, a izquierda y derecha bordeado por sendas praderías, frescas como la mañana y verdes como la esperanza, parece en su inalterable traza emblema

de la vieja Castilla, donde la rectitud moral impera y en cuyo suelo y en cuya alma no caben traiciones ni emboscadas. Bajaba pausado Don Rodrigo la suave pendiente del camino, con lo que dió tiempo al crepúsculo para desvanecerse entre los avances de la noche. A la media hora de marchar hallábase junto a las primeras casas de Balisa. Dejólas a su izquierda rodeando el pueblecillo hasta topar con el *botón*, mole granítica de unos cuatro metros de altura, de cierta celebridad en la comarca, que se ve junto a la aldea del lado del Noroeste.

Cierto que el tal *botón* muy poco a la sazón se veía, pues la luna, aquel día en cuarto menguante, brillaba por su ausencia y el cielo se había quedado sin lámpara. Algo más allá, vislumbrábase una baja y miserable casuca de aspecto terroso, cuya pared, del lado que miraba al pueblo, perforaban más que tres ventanas, tres agujeros. El mayorazgo pasó junto al *botón*, se dirigió hacia la casuca, la rodeó en busca de la puerta, abierta del lado del campo y dió con el llamador tres recios golpes.

—¿Quién va?—dijo desde dentro una voz femenina, como de carraca destemplada.

—Abre a Don Rodrigo Osorio—contestó

apremiante el mayorazgo con un tono que no admitía demoras ni réplicas.

Abrióse la puerta y abierta que fué, avanzó bajo el dintel la mismísima tía Raspa, la portadora de la malhadada carta, a la que ya succinctamente conocemos y a la que, aprovechando esta inopinada visita, vamos a conocer más a fondo.

La tía Raspa, andando por los caminos o llamando a las puertas de los palacios de Hoyuelos o de Paradinas, podía parecer una vieja mendicante de muy súbida fealdad y completamente desprovista de esa aureola de respeto que rodea a la santa y evangélica pobreza. En este aspecto era uno de tantos ejemplares de la pobretería vulgar, que no es patrimonio del siglo I, ni del XVI, ni del XX, sino que lo es de todos ellos.

Pero donde había que ver a la tal Raspa, donde sus calidades todas alcanzaban la cúspide de lo horrendamente épico, trágico y aún apocalíptico, era en su propio elemento, en la hediondez de su tugurio, y así es bien que la veamos, ya que sale ahora, vamos al decir, a nuestro encuentro.

Era ella una escuálida estantigua que debía de tener a costas más de setenta inviernos muy

corridos. La color era entre renegrada y aceitunada; el rostro rugoso, con arrugas como de pasa; la frente estrecha y entablada; la nariz corva, como de gavilán; los ojillos verdosos y hundidos, pero vivos, chupadas las mejillas, la casi desdentada boca, de espuerta, con dos o tres dientes para muestra, entre amarillos y negros; las barbillas blancuzcas, flácidos y caídos los pechos y las manos y los dedos como de resecos sarmientos. Vestía un puro andrajo de tonos indefinibles, que pudo ser sayo blanco o sayo negro en tiempo del Rey Witiza y medio cubría la desgredada cabeza con un pañizuelo de flores más descolorido que ético con cuartanas. Toda ella era, por fin, más espantable que un demonio y más fea que un pecado mortal y capaz de poner miedo en el corazón del paladín más valeroso. Con un candil de barro que traía en la mano alumbró la entrada de Don Rodrigo, el cual, sin inmutarse ante la mala visión,

—Guárdenos Dios o el diablo, tía Raspa—dijo, con voz y con ademán de muy pocos amigos y sin el menor intento de atemperar lo brusco del tono con lo agradable del concepto...

—¡Guarde el Señor—dijo el espantajo—al Señor Don Rodrigo, a la flor y la gala de Pa-

radinas y de Segovia! Pero ¿a dónde bueno y a estas horas? ¿Es que se le ha perdido algo por Balisa? ¿Es que...?

—Excusa—atajó él—frases zonzas y necedades. Tengo que hablarte y vamos más para adentro.

No rechistó ella y entraron. Metiéronse en un oscuro aposento estrecho y bajo, que era la pieza principal de aquel palacio y que servía al par de cocina y de sala, pero no de dormitorio. El aspecto y el arreo del aposento corrían parejas con los de su propietaria. En el fondo estaba el hogar, bajo su campana de fábrica, con sus dos viejos morillos, una marmita y cinco o seis pucheretes al rescoldo y a un lado un poyuelo de madera. Cerca de la campana pendían de la pared un fuelle y un cazo, dos cacerolas de cobre y tres o cuatro desportilladas sartenes de hierro. El revoco del techo y de los muros era de puro humo, sin mezcla de cal alguna y por su antigüedad muy respetable. Del techo colgaba un picudo candilón de hierro y en los muros veíase un vasar cargado de escudillas y una alacenilla de reja. Arrimada a la pared, una mesa centenaria y en ella dos candeleros con dos cabos de cera blanca. Arrumbados junto a los rincones, varios cántaros, una gran olla de

barro vidriada llena de un líquido verdinegro y hediondo y otros cuantos trastos y cacharros viejos; y distribuidos por la estancia, un inválido sillón de vaqueta, de estos que llaman fraileros, y hasta media docena de toscas sillas de pino, cuál entera, cuál coja y cuál desespaldada, que, a juzgar por su traza, bien podían datar del tiempo de la invasión de los caldeos.

No se anduvo el mayorazgo por las ramas contemplando este aparato escénico, antes bien fuese luego, luego a la misma entraña del negocio.

—Torpe anduviste, vieja Raspa—dijo—, en el cumplimiento de la misión que te confié y tu fracaso demuestra más tu sandez que la destreza de que tanto sueles envanecerte.

—Señor—repuso la vieja—, hice lo que pude, y quien hace lo que puede no está obligado a más.

—No hiciste, Raspa necia, Raspa mala, Raspa embaidora, no hiciste.

La vieja agachó la cabeza como para dejar pasar esta inesperada nube de insultos y en humilde actitud comenzó a mascullar excusas y disculpas. Pero el de Osorio, sin hacer el menor caso de ellas, prosiguió en su absurda y descompuesta catilinaria.

—¿Y es así, mal nacida, como agradeces el pan que roiste a mis abuelos y la libertad que debiste a mi padre cuando te sacó de la cárcel de Segovia por no sé qué cuentas que tenías con el Santo Oficio? Pues ¿no me asegurabas que tenías el don de quebrantar las voluntades y de ablandar los corazones? ¿No me juraste que Doña María había de volverse como un guante por virtud de tus palabras más que por la de mis letras? ¿Y acaso ignoras, ruin bestia, que yo no acato otra ley que la que quiero darme y que amo a Doña María con amor que no conoce freno, y que por Doña María vivo y que por Doña María muero, y que para lograr mi empeño estoy presto a arrancarla, no ya a sus padres, sino a su mismo ángel custodio si es que existe y se me pone por delante?

En la cúspide ya de su desvarío, aquel insensato, de pie en medio de la estancia y como atacado de súbita locura, multiplicó a grandes voces sus denuestos y blasfemias, desafió a la tierra y al cielo y, dirigiéndose hacia la tía Raspa con los puños en alto y con los ojos fuera de sus órbitas, juró y perjuró que la mataría allí mismo como no le proporcionara con sus artes, buenas o malas, el cumplimiento de todos sus deseos.

Espantada y trémula la vieja y acorralada

por el furioso, había ido retrocediendo hasta junto el hogar encendido. Ya allí, el mayorazgo la espetó a quema-ropa otro insulto de los de mayor marca. La Raspa, entonces, falta de aguante y sacando fuerzas de flaqueza, irguióse como una víbora pisada.

—Basta ya, mal caballero—dijole encarándose con él y recogiendo todas las energías que le quedaban en el cuerpo—. ¿Y a eso viene a la choza de una anciana sola y desvalida el noble Señor de Paradinas? ¿A hollarla, a insultarla, a matarla? Salid luego de esta casa, que yo os juro por el siglo de mi madre y por la trinidad de los infiernos que como no os vais de grado os habréis de ir por fuerza. Marchaos, infame, marchaos, hideperra, salteador, asesino...

La inerme y feísima tía Raspa, parecía la trágica encarnación de lo horrendo. Don Rodrigo se echó para atrás desconcertado y sin pronunciar palabra. Pero reponiéndose instantáneamente,

—¡Oh, excusad, excusad mis arrebatos, amiga!—dijo con una humildad extemporánea—. Ve que amo con amor nunca igualado por nadie y que he bajado hasta tu casa, yo, el hidalgo altivo, para que me ampares, para que me satisfagas, para que me entregues al objeto de

mis anhelos. Porque tú puedes hacerlo, tú dispones de medios secretos y extraordinarios para hacerlo, tú posees el filtro misterioso que domina los cuerpos y las almas, tú tienes pacto con las tinieblas para poseer la luz...

Y todo esto decía exaltándose de nuevo por momentos, pero ahora con la exaltación de la súplica y de la humillación y del rebajamiento, que contrastaba con la anterior crisis; e insinuaba así no más un concepto, pero sin atreverse a pronunciar la palabra correspondiente a aquel concepto y que no quería escupir a la cara de la estantigua.

—¡Ta, ta, ta!—pronunció ésta balbuciendo, pero ya repuesta del susto con la nueva actitud de su peligroso interlocutor—. Con esos rodeos quereis decirme que soy hechicera o bruja, haceis coro a lo que por ahí dicen... ¡y con cuánta injusticia, Don Rodrigo, hijo! Pues no, no lo soy; pero aunque lo fuera—añadió vengativa y resuelta—no seríais vos, enemigo malo, quien se aprovechara de mis artes brujescas.

Soltó un taco de los más rotundos y expresivos y creyéndose dueña de la situación, añadió solemne:

—¡Afuera, afuera, Don Rodrigo! Tras esa puerta está el camino de Paradinas.

El mayorazgo casi no la dejó terminar la frase. Poseído de un furor vesánico, así como el tigre en acecho salta sobre su presa, así cayó sobre la Raspa, cogiéndola por el cuello para ahogarla. Dió de espaldas la vieja junto a los morillos y el de Osorio se abalanzó a ella clavándola en su garganta los dedos.

—Bruja y muy bruja eres, sí, Raspa maldita Bruja y rebruja desde el vientre de la bigarda de tu madre. Pero ya no te valdrán más tus brujerías.

—¡Mentira, mentira! ¡Perdón! ¡Socorro! ¡Yo no soy bruja, Señor! ¡Yo no!...

—¡Muere, daifa de Satanás!

Estrujada, sofocada, yacía la miserable, amaratado el rostro, desencajados los ojos y goteando espumarajos bajo el férreo brazo del mayorazgo. La trémula llama del candil, que chisporroteaba en su piqueta de hierro y los medio encendidos tizones del hogar, alumbraban aquella repugnante escena, digna de los pinceles del Bosco o de Pieter Brueghel.

Unos momentos más y la escena y la vieja hubieran dado fin conjuntamente. Pero ya casi a las bascas de la muerte, el esperpento hizo un esfuerzo sobrehumano e hincando su garra en la diestra de su opresor,

—¡Apartad ya, apartad ya—gimoteó la infeliz—; no me matéis, por piedad! Confieso que soy bruja y juro por los cuernos del amo que estoy pronta a daros gusto...

—Eso es ponerse en razón—dijo el mayorazgo con sorna, desclavando sus dedos del apergaminado cuello—. Pero ¿qué prenda me darás en fe de lo prometido?—Y al decir ésto volvía a acercar su mano el desconfiado Don Rodrigo a la nuez de la vieja, que ya se iba incorporando.

—¡Cuerpo de vos!—dijo ella—. Pues ¿qué mejor prenda queréis que mi cabeza y que yo mesma? Muérame ahora mesmo si no es verdad lo que digo y hágame vuesa merced picadillo si a la vuelta de cortos días no ha salido victorioso con su empeño. Escuchad, pues...

—Soy todo oídos...

—Pero debo advertiros antes que la cosa es muy dificultosa, por muchas razones que yo me sé. Además, yo alcanzo harto de Astrología judiciaria y tengo leído en el cielo el sino de vuesa merced y aunque sé muy bien que nació bajo el influjo de Venus que entre las doce casas del cielo tiene su trono en el signo del Toro, que es influjo benigno, pero como quiera que no le acompaña la conjunción máxima de Júpiter y

Saturno cuando se juntan en signo del trígono igneo...

—Raspa, no te encumbres y déjame de astrologías. Pronto, pronto, añadió ardiendo en impaciencia—. Y cuenta que te he de pagar muy bien el servicio, y... vayan estas migajas por anticipo...

Y al decir ésto sacó un bolso muy bien sonante y no muy bien atacado y como lo pasó a las trémulas manos de la vieja, comenzó a llover oro sobre las losas del pavimento.

—Doblonos son, por vida mía, y excelentes de la granada.

Y se puso a recogerlos, a contarlos ansiosamente y a besarlos como si fueran reliquia o *agnusdei*.

—¡Treinta doblones para ir haciendo boca! —añadió radiante de júbilo y como transfigurada—. ¡Oh, Señor Don Rodrigo, flor de Paradinas, sol y espejo de Segovia y de todas partes! ¡Oh, y cómo acerté cuando cien veces, en público y en secreto, me hice lenguas de vuestra largueza y bizarría, poniéndolas en los cuernos de la luna!

Ya está presa en las redes
del caballero
la gala de Segovia,
la flor de Hoynelos.

Aquello decía, y ésto se puso a cantar con voz de cascajo la odiosa vieja, en tanto que hacía sonar los doblones del bolso y se conto-neaba ridiculamente.

—Al grano, al grano, abuela—dijo aquí, atravesándose, el mayorazgo—, que no está el alca- cer para zampoñas.

—Al grano voy, hijo, y perdonad estos des- enfados, propios de la satisfacción del que bien obra. Tomad asiento, angelico, oid maravillas y haced lo que yo os diga sin apartaros un punto de ello.

Y así diciendo, hizo sentar al caballero en el sillón de vaqueta, se acurrucó ella junto al ho- gar y habló de esta manera:

—Lo primero, cuando entréis en vuestra casa de Paradinas, hincad un clavo grande con la mano izquierda tras del portón. Lo segundo, recitad devotamente desde mañana el un día la oración de Marmaroto y el otro la del Ani- ma sola, que yo os las daré de molde en una cédula. Lo tercero, restregáos las manos tres veces al día con *los polvos del querer* que yo suelo conficionar con lagartos tostados que cojo aquí luego en el monte y de cuyas virtudes po- dría deciros mucho. Lo cuarto hacéos con tres candelas verdes, encendedlas tres noches segui-

das entre las once y las doce, una a honor de Berzebud, otra a honor de Astarot y la postrera al de Satanás; y si quemadas las dos de ellas queda viva, que si quedará, la de Satanás, sed cierto que para vos será la palomita de Hoyuelos.

Sin parpadear siquiera escuchaba el mayorallo lo que le iba diciendo la maldita vieja y sin que se despertara su adormida conciencia ante tantas enormidades y abominaciones.

Carraspeó la bruja, acomodóse y siguió así su discurso:

—Bien sabéis que entre Balisa y Hoyuelos está el monte y pinar de Hermoro y que como a dos tiros de ballesta del camino, brota en la espesura la fuente del pinar. La noche de San Juan es noche de portentos y ya está cerca. Id aquel día con buen ánimo y a prima noche a la fuente de Hermoro, y asomáos a la charca de la fuente. Si en el fondo veis la cara hechicera de la Princesa mora que está encantada en la fuente y que sólo asoma a las doce de aquella noche (que sí veréis), y si al tiempo oís cantar a los pinos que hay en torno de la fuente y si oís en los aires (que sí oiréis) siete tañidos muy graves y pausados, ya no tenéis más que ver ni más que oír para tener la certinidad de vuestra

ventura. Luego al punto os encaminaréis a la Risca, que se alza entre Hoyuelos y Melque, en la margen derecha del Cercos, río de mágico nombre, venerado por las de mi profesión. Allí estaréis antes de la media noche, no sin haber dejado a ciertos mozos de vuestra confianza, cabe el palacio de Hoyuelos, dispuestos a hacer cuanto les fuere mandado. En la Risca habrá aquella noche gran función y ayuntamiento de las xorquinas de cien leguas a la redonda. Allá acudiré yo por los aires en buena compañía y allá presenciareis vos maravillas tales cuales ojos humanos y mortales orejas jamás vieron ni escucharon. Demás desto, tratarse han allí ciertas quistiones de alguna monta que tocan a todo el mundo cristiano, y entre las otras minucias decretará mi señor el rapto de Doña María, que se hará por la posta y antes de que canten los gallos... Y ya en vuestro poder la niña, ancha Castilla y a vivir, tropa...

—¡Vitor, vitor, madre Raspa!—ahulló el mayorazgo palmoteando y levantándose del asiento—. Hablas mejor que el mesmo Aristóteles. No hay volver sobre ello. Todo lo apruebo, a todo estoy presto y cuanto al galardón que ha de coronar acción tan pía, más quiero ser largo en obras que en palabras. Guárdeos el que pue-

de y como puede! Yo a mis soledades torno...
¡Hasta la noche de San Juan!

—La vieja cogió de nuevo el candil, desatancó y abrió la puerta. Don Rodrigo salió recatadamente de la casa, hundiéndose en las tinieblas exteriores...

Y si algún vecino del lugarejo oteó acaso hacia el ejido, pudo entrever una sombra negruzca que arrimada a las casas caminaba de prisa y que, vía arriba de Paradinas, desaparecía envuelta en los crespones de la callada noche...



VII

Camino de perdición

LA mañana de San Juan iba a dar aquella vez una pega a su antiguo prestigio, pregonero de suavidades, encantos y delicias de la Naturaleza. No llegó mecida por blandos cefirillos ni por brisas acariciadoras del cansado caminante y de las florecillas del prado, según era obligación de toda «mañanita de San Juan» que se estimase en algo; antes vino envuelta en una calma chicha y en un calor asfixiante que nada bueno auguraban para el equilibrio de los elementos. Desde Malagosto a Malagón y Campoazálvaro empañaba la sierra un vaho caliginoso y por cima de los pelados picos iban saliendo poco a poco a la escena del firmamento, redondeados y algódo-

nosos cumuli, heraldos ciertos de nada remota tempestad.

Muy entrado ya el día, las nubes, de cada vez más foscas y torvas, continuaban agolpándose en el espacio hasta impedir totalmente el paso a los rayos solares. Abrasaba el aire, en términos insospechados para aquella entrada del estío segoviano, pero la rondadora tormenta permanecía contenida.

Todo era quietud en la villa de Paradinas y todo era calma en su palacio, cuyas puertas, sistemáticamente cerradas, daban la habitual sensación de una vivienda desierta. Sólo una vez en aquel día se abrieron, para franquear el paso a dos sujetos, que después de permanecer una hora en el palacio, salieron de nuevo cerrándolas cuidadosamente.

Allá adentro, en una cámara de la planta principal, estaba Don Rodrigo Osorio, que en todo el día pisó la calle, ensimismado y como absorto dándose a sí mismo los últimos toques para el mejor cumplimiento de la hazaña en que ya estaba empeñado. Tan sólo permitió la entrada en el aposento a tres personas: a las dos, extrañas a la casa, por la mañana, a quien dió instrucciones muy precisas y reservadas, y al mayordomo, por la tarde, despachándole con

la orden de tener aparejada su cabalgadura al punto de oscurecer.

Muy avanzado iba ya el crepúsculo vespertino, cuando Don Rodrigo bajó pausadamente la escalera, montó a caballo en el patio, abandonó la casa y, enderezando hacia el ocaso, tomó el camino de Balisa.

Pronto se ofreció a su vista éste pintoresco lugarejo, que con sus casitas bajas y su humilde torre parroquial, con sus cercas y huertas pobladas de álamos, chopos y árboles frutales, con su románica, vieja ermita de la Virgen del Otero, asentada en el que por el lado norte domina el pueblo y con el *monte de Balisa* como fondo, poblado de grandes masas graníticas y de robustas encinas, parece en conjunto un paisaje de *Nacimiento*. Coquetuela es la aldeíta, que en calidad de terso espejo donde contemplarse tiene una bien repleta charca a su lado; y como cristiana tiene también allí junto una cruz sobre un viejo y labrado pedestal de piedra.

Todo ello, digo, aunque ya se adentraba la noche, ofreciase a la vista del mayorazgo, que ni lo miraba siquiera, pues ni representaba para él nada nuevo, ni estaba su ánimo para puras y desinteresadas impresiones estéticas.

Pueblo, balsa y cruz dejó a su derecha, y

atravesando por su siniestra mano el arroyo, entróse por el camino de Hoyuelos, trazado sobre una luenga y verde pradería, escoltada a la izquierda por el arroyuelo de la Presa, afluente del de Balisa, y a la derecha por el pago de *Valdeloco*, con sus piezas labrantías, entre las que se interpone el alegre vidueño en correcta formación.

Sin reparar en la *f fuente Gallega*, que junto al mismo arroyo alumbraba su escaso caudal y que en más de una ocasión había apagado su sed en el curso de sus andanzas, hallóse al poco trecho en la jurisdicción de Villoslada.

Muy abstraído iba el caballero, pero con todo, el cambio radical de la decoración y el sentirse ya junto al monte, que en su delirio diputaba piedra de toque del metal de su ventura, le llamó fuertemente a la realidad al propio tiempo que sentía que su corazón le daba un vuelco.

Sí. Estaba ya, como quien dice, palpando el monte y pinar de Hermoro. Estaba ya entrando en el dominio de lo ultraterreno y casi afrontando el venero misterioso que con su mudo vaticinio había de determinar su porvenir, su felicidad o su desgracia, su vida o su muerte.

Miró hacia su derecha. De aquel lado adivi-

nábanse en lejanía los bajos picachos rocosos de *Peñas Albas*. Miró hacia la izquierda y columbró la desnuda *Peña* de Villoslada.

—¡Como esos picos áridos y desolados es mi vida!—pensó—todo erial, sequedad y tristeza.

Entró por el camino en el monte. Había anochecido y ya el crepúsculo no era más que una pura sombra. Altos y centenarios pinos le cercaban; al avance de su caballo, no parecía sino que los mismos pinos venían a su encuentro amenazadores; y sus anchas y oscuras copas, que en algunos puntos cruzaban el camino, ennegrecían más el hosco cielo de aquella tenebrosa noche.

Andado que fué un buen trecho del pinar, llegó nuestro caballero a cierto paraje que, como todo cuanto recorría, le era muy conocido. Ya estaba cerca del cerro de las *Canteras*, del *Jun-cal*, de *Matasabrosa*, del *Hoyo del Espino*, poblado todo de espeso monte, abrigo de alimañas. Guió al caballo hacia su derecha, separándose de la ruta, y al realizarlo, vió que por el mismo camino cruzaba sigilosa una liebre. Supersticioso como era Don Rodrigo, tal aparición y en tal sitio le sobrecogió el ánimo; un temblor convulsivo apoderóse de todo su ser; sintió paralizársele el corazón, parecióle que todo giraba en

su torno, que los corpulentos pinos y las añosas encinas se estrechaban, se estrechaban para triturarle; que el negro nublado que tenía sobre su cabeza, caía vertiginosamente como plancha de plomo y le rompía el cráneo.

Poco tardó, empero, en reponerse de la horrible pesadilla que, despierto, le había acomedido y mediante un enérgico serretazo que lastimó al dócil bruto que montaba, hizole entrar por una angosta trocha de escasa pendiente y acompañando a aquella acción un par de espolazos que hicieron estremecer al paciente animal, en un par de minutos púsose a la vera de la fuente del pinar.

Allí descabalgó. La noche había tendido su manto sobre la tierra y la oscuridad era absoluta. Aunque la fuente brotaba en paraje relativamente despejado de vegetación y sin que las tupidas copas de los árboles le sirvieran de techo, por aquel girón de cielo ni un destello de los siderales fulgores se infiltraba. Los momentos eran solemnes, profunda la calma de la Naturaleza y el silencio como de sepulcro.

Don Rodrigo, más por instinto y por el conocimiento que tenía del sitio que por el sentido visual, que en rigor le faltaba, adelantóse hacia la charca que allí forma el manantial y con avi-

dez miró hacia el fondo. Nada vió. Sólo oscuridad abajo, como en torno, como arriba. Una impía imprecación al cielo y una maldición terrible contra la bruja que le había burlado brotaron de sus labios, turbando la paz de aquel lugar temeroso.

Reconcentróse en sí mismo, con los ojos desmesuradamente abiertos sobre la inquietante charca, como si quisiera traspasarla. A los pocos momentos, el deslumbrante fulgor de un prolongado relámpago iluminó con brutal claridad la superficie toda de la charca, mientras hendían los aires por contrapuestos lados los ecos de distintas y lejanas campanas, interrumpidos dos segundos después por el más horrisono estampido de trueno que jamás oyera el hidalgo de Paradinas.

Pero lejos de causarle pavor el espantable concierto, lo que le infundió fué un extraño y súbito alborozo. Hasta él habían llegado los ecos de unas campanas. Campanas habían visto sus ojos en el fondo de la hoya. A lo menos tal le persuadía la *loca de la casa*, sin reducirse a sospechar siquiera que las pretendidas campanas pudieran ser pedruscos sumergidos o fantásticas sombras de los abigarrados nubarrones y que los tañidos fueran los del rezagado toque del *Ange-*

lus, de las torres de Hoyuelos y de Balisa. Pero... ¿la mora encantada en la fuente? Y ¿no se habría también aparecido, sin que la emoción o el aturdimiento le hubieran permitido verla?

La contenida tormenta iba a estallar. Ráfagas huracanadas comenzaron a turbar la calma atmosférica, empezaban a caer gruesos goterones y ya menudeaban relámpagos y truenos. El mayorazgo montó de nuevo a caballo, y, seguro ya de sí mismo y de su buena fortuna, desafió a los elementos y al cielo y a la tierra y vomitó pesias e imprecaciones y juró por el siglo de su padre llevar hasta el término su empresa aunque se opusieran a ella Dios o el diablo y aunque le fuera forzoso ir a concluirla a los mismos infiernos.

Espoleó al corcel, y alejándose de la fuente, por entre trochas y veredas se metió de nuevo en el pinar. Silbaba el viento entre los pinos, como en gigantescas arpas eólicas; el cielo parecía un hervidero de cráteres en erupción y el argavieso era ya diluvio. El caballero apretaba el paso y en medio de aquella contradanza de pinos y de encinas, de truenos y centellas, de luces y sombras y demonios desencadenados, parecía el espíritu del mal en busca de su cubil.

Tornó de nuevo al camino, salió también del

pinar y avanzando siempre por derecho hacia occidente, pisó los términos de Hoyuelos. La borrasca comenzaba a ceder. Llegado que fué a la *Asomadilla*, todo él era ojos avizorando el lugar, pero no podía verlo, por impedirlo las nocturnas tinieblas.

Al pasar junto a *las Cruces*, que a la sazón decían la *Cruz de Carrabalisa*, aquel insensato, blasfemo y sacrílego, en cuya alma anidaban designios más negros que la misma noche, llevóse los dedos de la diestra a la frente, como para signarse, impelido por un rescoldo de devoción, o por la superstición, o el temor; que ¡cualquiera es capaz de conocer los dédalos y recovecos del alma humana!

El humilde lugar dormía. Guiándose el mal caballero por la mortecina claridad de algún candilejo que por algún entreabierto ventanuco se filtraba, dejó a su izquierda el pueblo bordeando, por el Carrascal, las tapias de viviendas y corrales y la negra masa de la iglesia y bajó a la ribera del arroyuelo Cercos, que por allí culebrea como ondulante sierpe sobre verde catifa.

Con las mayores precauciones y con la satisfacción de no haber sido descubierto en el comprometido paso del pueblo, llegó Don Rodrigo a



la balsa del arroyo, por cuya presa saltaba furiosa el agua con la violencia de la crecida. La noche casi se había serenado, pero seguía tan oscura como boca de lobo. El mayorazgo metió su caballo por el poético camino del caz, resguardado del cierzo por una cadeneta de ásperos y pedregosos cerros, y harto más sombreado entonces que ahora por la alameda que bordeaba ambas márgenes.

Dejando a mano diestra el prado de *Valdeyagüe* y los *Hoyos de la Cabrera*, llegó cerca del viejo molino medio oculto entre altísimos álamos blancos. Que allí velaba alguien, denunciábanlo la luz que escapaba por la puerta, el sordo ruido de las muelas en actividad y una voz humana que dominaba el fragor con su concertado canto.

Detuvo su paso el viajero. La voz de dentro cantaba:

Toda la noche he venido
atravesando pinares,
sólo por venir a verte,
rosita de los rosales.

—Lo mismo que yo—pensó Don Rodrigo. El cual, aún no repuesto de la impresión que aquella nocturna trova le causaba y en semejan-

te sitio, oyó cómo el cantor se arrancaba por estotra copla:

Anica la rebonica,
la del pañuelo de grana,
vente conmigo al molino
y verás correr el agua.

—¡Oh! vida feliz y condición dichosa la destos rústicos—suspiró el caballero—cuyos anhelos se satisfacen con moler en una aceña y cantar a su amiga, dulce o amarga, pero no fiera, pero no dura como mi dama codiciada, que me tiene más molida el alma que muelen cibera esas muelas de ahí dentro.

A todo ésto la voz seguía cantando, y sus ecos parecían llenar, con su solemne ritmo, toda la concavidad del valle. Lo que cantaba ahora, acomodándose al cadencioso traqueteo de las muelas, decía así:

Al arroyo voy por agua,
a la fuente por beber,
a la danza por amores
y al molino por moler.

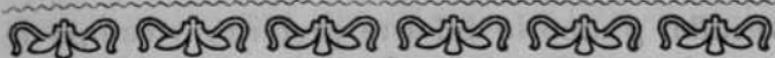
¡Y yo a la Risca por todo!—dijo sin poder

contenerse el de Paradinas. Y sin más deteni-
miento, dejando la aceña a su siniestra mano,
con otro vigoroso espolazo dió alas a su caballo
y comenzó a trepar a saltos por la asperísima
loma que más que el corcel se empinaba.

El Cercos, silencioso de ordinario, muy bu-
llicioso entonces por la súbita avenida, triscaba
por el fondo del valle, ávido de consumir su en-
lace con Voltoya. Si en más clara noche que
aquella un observador estante junto a la corrien-
te hubiera visto al caballero remontarse por lo
alto de aquellas crestas, alma en pena o demonio
suelto o cualquiera cosa del otro mundo le cre-
yera, sin vacilación alguna.

Y todo ello parecía, en verdad, el malhadado
Don Rodrigo, ciego ya y vesánico, que por lle-
gar a la cúspide suspiraba, pensando hallar allá
arriba por ensalmo los alcázares de su satisfac-
ción amorosa.

Y fué así como el mayorazgo de Paradinas,
en fin, encumbróse a lo sumo de la Risca. Ni
veía estrella alguna en el firmamento, ni era uso
de entonces que los mayorazgos gastasen cronó-
metro. Pero recogiendo los recuerdos todos de
aquella marcha nocturna, más azarosa que larga,
vino a conjeturar que aún faltaría de una a dos
horas para la media noche.



VIII

El aquelarre

OH tierra sagrada de Castilla! ¡Oh núcleo de la unidad de España y cenicienta de las regiones españolas! ¡Madre y nutriz de pueblos y pobre desnutrida y agotada! ¡Descubridora y civilizadora de medio planeta y desconocida de casi todo el mundo! ¡Gran sujeto de la Historia y gran víctima de la falsa historia y de la leyenda negra! ¡Lengua viva de veinte naciones y lengua muerta para muchos de tus convecinos peninsulares! ¡Por pocos loada y por muchos, propios y extraños, menospreciada y zaherida! ¡Encumbra-da en tu alta meseta y hundida en el concepto de tus detractores! ¡Tildada de fea y de monó-tona y de múltiples y de muy reales bellezas re-

vestida! ¡Emporio del arte pretérito y campo de experimentación del saqueo presente! ¡Viva antinomia, en fin, para el especulador y el filósofo!

No he de sumarme ahora ¡oh Castilla! a aquellos pocos, bien que selectos espíritus que entonaron tus loanzas, pues ni la ocasión me es propicia, ni mi débil voz, para la que no hay ecos, sería sino otra voz clamante en el desierto.

Para abarcar y sorprender en conjunto tus excelencias y para cantarlas dignamente hay que sentirse águila y trompa épica. Para describir algún rinconcillo tuyo, basta un poco de vista con otro poco de corazón. A mi rincón me voy, deshabitado hasta ahora para las letras; que aunque sólo saque de él algunas ideas que plasmen en unas cuantas palabras sinceras, habré contribuido en algo a tu repoblación espiritual, oh madre Castilla ¡tan despoblada!

—¿Conocéis *la Risca*, de Hoyuelos?

—Pregunta excusada—me diréis al punto sin la menor vacilación—. ¡Qué hemos de conocerla! Ni sabemos qué es eso, ni dónde está, ni hemos oído hablar de ella en la vida. Lo único que alcanzamos a saber, y eso porque usted lo dice, es que está en la provincia de Segovia, dentro de la jurisdicción de un pueblecillo segoviano que nunca hizo *gemir las prensas* ni inte-

resó a nadie más que a sus vecinos y terratenientes.

—Esperaba la respuesta. *La Risca*, de Hoyuelos, nada tiene de extraordinario, y tampoco tiene nada de extraordinario que vosotros no la conozcáis. A lo sumo la conocen los habitantes de Hoyuelos y los que la conozcan de los cercanos de Melque, de Juarros, de Balisa y de Villoslada. Y pare usted de contar.

Pero como es bueno conocer algo de todo, y el saber no ocupa lugar, vais a conocerla casi como si viéndola estuviérais, sin necesidad de gastar tiempo y pesetas, que puede que para otras cosas os hagan falta.

La Risca es un sitio al norte del término de Hoyuelos, no lejos de la cotería del de Melque de Cercos. Imagináos un vallecillo más estrecho que ancho y más raso que poblado de vegetación, a cuya entrada, a la derecha, está de centinela, sombreado por gigantes álamos, un pequeño y vetusto molino harinero. Por el fondo discurre, como es de rigor, el arroyo sobre un lecho de arenas y guijarros de río, poblado de ovas y de espadañas, bordeado de juncos, juncias, berros y mastranzos. La poca elevada margen izquierda ocupan praderas y tierras labrantías y un camino que sigue la dirección de la

vaguada. La derecha, tierras también de pan llevar, un pradecillo y una huerta, y más arriba una pequeña cordillera en que los terrenos cámbrico y cretáceo superior asoman, y que va paulatinamente elevándose, y cuya áspera pendiente hacia el valle, dispuesta en fuerte talud, y cuya mayor elevación ocupan enormes rocas grisáceas y pueblan robustas encinas, valientes chaparros y espesas carrascas, entre los que campan en la mejor armonía, embalsamando el aire, la retama, el tomillo y el cantueso. La cresta montañosa llega al poco trecho a alcanzar su punto culminante. Este punto, que del lado opuesto al arroyo forma una extensa altiplanicie, es *la Risca*. Desde allí la montañuela desciende suavemente hacia el norte y el vallejo se espacia de nuevo por las dos márgenes formando una dilatada llanura.

Un pintor paisajista, hallaría buen asunto para su inspiración en aquella recia y pedregosa mole, supervivencia de las primeras edades de la tierra, que parece obra de un cataclismo geológico. Semeja *la Risca* un castillo labrado por la Naturaleza para defensa del valle del Cercos. Y son de ver aquellas masas rocosas de caprichosas formas y aquellos areniscos y cuarcíferos pedruscos, verdaderos merlones de la salvaje

fortaleza, tajados algunos de ellos por los siglos o por los rayos que suelen azotar aquellos parajes.

Desde la altiplanicie en que termina la Risca, el observador está como presidiendo un dilatado y austero paisaje castellano. Del lado del sur véñese a los pies las altas copas de la alameda del molino, y después el lugar de Hoyuelos, y más lejos los de Laguna Rodrigo, Santovenia y Jemuño. Como fondo, pueblecillos serranos y extensas y verdes masas de monte. Desplegándose majestuosa por el sureste y el sur, la cordillera con su prominente macizo de Peñalara, que se eleva a más de dos mil cuatrocientos metros sobre el nivel del mar, en tanto que parece hundirse en tierra a lo lejos la serranía de Avila. Girando hacia el poniente y en lejanía, Martín Muñoz de las Posadas, cuyo magnífico y hoy casi destrozado palacio se divisa, con los chapiteles de sus torres; la línea del ancho Voltoya, en gran parte de su curso, bordeada en su izquierda margen por gran masa de pinares que dan una nota intensa con el verde oscuro de su pompa. Juarros de Voltoya, pueblo de leñadores, Aldeanueva del Codonal y la Aldehuela y más al noroeste Melque, con su amplísima llanada y tal cual huerta poblada de árboles. Dilátase la

vista leguas y leguas por la planicie valisoletana y por allí se divisa a Iscar con su castillo y los cortados montes de la histórica Olmedo, de característica forma, cerca de los cuales, acaso, ocurrió aquel sangriento drama llorado, más que cantado, por la musa popular:

De noche le mataron
al caballero;
la gala de Medina,
la flor de Olmedo.

Mucho menos horizonte se descubre hacia el septentrión, pues por aquel cuadrante estorban la vista ondulados oteros o montecillos.

Pero, en compensación, cuando la vista se dirige hacia abajo, puede recorrer casi todo el curso del Cercos, desde su nacimiento en el monte de Acedos hasta su desembocadura en el Voltoya. Y del otro lado del Cercos, observa en primer término, emparejados con algunas praderías, vastos y ondulados campos para las mieses que son o que fueron, en los que, durante la más alegre estación del año, con el verde esmeralda de las siembras contrastan los tonos terrizos del barbecho, que en recordadas piezas parecen retazos de hábito francis-

cano que envolvieran esta mística y austera tierra de Castilla.

¡Oh, cuántas veces, desde lo alto de la Risca, contemplé con embeleso aquel espectáculo, aquel quintesenciado compendio de la *España interior!* ¡Cuántas vi ponerse el sol, entre fantásticos celajes, detrás de los pinares del Voltoya! ¡Cuántas escuché desde allí con recogimiento el lejano tintineo de las esquilas del ganado, el sugestivo canto de algún pastorcillo de ovejas y los ecos del tañido de las lejanas campanas de los lugares circunvecinos! Allí, en aquella cumbre, sentí acaso más que en sitio alguno la intensa poesía de los campos castellanos que sublimó el malogrado Gabriel,

«los de las pardas onduladas cuestas,
los de los mares de enceradas mieses,
los de las mudas perspectivas serias,
los de las castas soledades hondas,
los de las grises lontananzas muertas...»

Allí, casi tocando con la mano aquella campaña, sentí de lleno

«la paz sublime de la llanura»,

que invocó en su *Loa a Castilla* mi muy caro

sobrino el Marqués de Lozoya, inspirado cantor de la tierra segoviana; senti, digo, las excelencias de la meseta, que, con hondo espíritu religioso, sorprendió otro vate castellano, Pérez Ferrari, poeta de *Las tierras llanas*.

«En las cimas Dios se vela tras la roca o tras la nube; aquí le hablo sin que nada se interponga entre los dos; en las ásperas montañas hasta Dios el hombre sube, solamente en las llanuras hasta el hombre baja Dios.»

Bien conocía el mayorazgo de Paradinas aquellos andurriales de la Risca, desde los que, como tan devoto de la caza, había ensayado su arcabuz en los cuerpos de más de cuatro perdices.

Pero en aquel punto y hora, nada veía en torno, ni de cerca, ni de lejos. La soledad, el horror y las más profundas tinieblas le envolvían el cuerpo y el alma. En su espíritu arreciaba una batalla en que la audacia y el terror, la esperanza y la desesperación, la contumacia y el arrepentimiento se descargaban fieros golpes, sin que en último término pudiera vislumbrarse de quién iba a ser la victoria. Pero todo ello fué obra de breve espacio. La interior batalla, resolvióse pronto en una inercia aún más fatigante,

en un sopor mental doloroso no interrumpido siquiera por algún ahogado grito de la conciencia. Podría haberse aplicado a aquellos momentos horribles lo que dijo el autor de *Campesinas*:

«Era un silencio como el mar profundo,
era un ambiente de infinita calma,
era un dogal para la asfixia hecho,
era una pena que mataba el alma,
era una angustia que mataba el pecho.»

Don Rodrigo, empero, pudo por su desdicha reaccionar de nuevo y ésta fué la suprema determinante de su perdición. Supo afirmarse a sí mismo que él estaba allí para algo definitivo e irrevocable. Nuevo Fausto, pronunció un sacrilego acto de fé, seguido de otro sacrilego y nefando acto de sumisión y de acatamiento y vassallaje, con la agravante de no agobiarle una vez cadauca ni de añorar todavía la juventud perdida.

Bajó de su caballo, abandonándole a merced de sus naturales impulsos, y desenvainando su espada y tornando hacia arriba la punta, plantóse gentilmente en aquella negra altura, inmóvil como una estatua, decidido e imperturbable como novel caballero que velara sus primeras

armas con arreglo a las leyes y prácticas de la Caballería. Y así se estaba y así se estuvo durante un tiempo que tanto podía representar para él un minuto como un periodo genésico.

A todo ésto una debilísima claridad comenzaba a invadir las antes impenetrables tinieblas. No era la del astro de la noche, en pleno novilunio, y que surcaba a la sazón otros horizontes, sino la de algunas estrellas que, rasgando de súbito un gran girón del toldo celeste, no hacía sino aumentar el horror de aquella noche temerosa. El caballero seguía allí, en pie, con la espada en alto, como enajenado, viviente efigie de lo impasible.

De súbito la vivísima luz de un relámpago convirtió la noche en día, al mismo tiempo que un rayo cayó sobre una encina inmediata al mayorazgo, hendiéndola de alto a bajo. Un momento después, como descarga cerrada de cien morteros juntos, el seco estampido de un horri-sono trueno alteraba el espacio y hacía temblar la Risca desde sus fundamentos.

No bien repuesto aún el de Paradinas de la tremenda sacudida con que ambos fenómenos le habían pasado los huesos, cuando algo mucho más espantoso le paralizó la sangre y le erizó los cabellos. Sin saberse de dónde ni por dón-

de venía, surgió en los aires, casi a flor de tierra, un enorme globo de fuego, que, dando con horrendo estampido un gran golpe en la meseta de viva peña que cerca del borde de la Risca un tanto sobresale, se desvaneció luego al punto, dejando como residuo unos vapores verdosos, azulados y violáceos que despedían un asfixiante hedor a azufre.

Tendido el mayorazgo en tierra, con los ojos fuera de sus órbitas, recogió todas sus energías para ver en qué paraban tamaños prodigios; y vió que aquellos vapores se iban condensando, condensando, hasta tomar la forma definida de un descomunal monstruo negro, entre hombre y cabrón, que aparecía sentado en el centro de la meseta. Tenía tres grandes cuernos, uno de ellos en mitad de la frente; grandes también los ojos, redondos, encendidos y espantosos; los dientes y colmillos, que le salían de la boca, como de puerco; barba de macho cabrío, largas uñas en los dedos de las manos, pezuñas de cabra, larguísimo, retorcido y enhiesto rabo y, bajo él, otra cara negra que completaba y acrecentaba la horrura del aterrador conjunto.

De pronto, Satanás, que tal era el aparecido, púsose de pie, engallada la testa y con los brazos extendidos, y dando una gran voz, comenzó

a llamar por sus propios nombres a los espíritus del aire, del fuego, de la tierra y de las aguas, para que acudieran a su mandado.

A los pocos momentos empezaron a oirse en torno extraños murmullos y confusos rumores, como de gran concurso de gente invisible que a la vez se agitara y hablara muy quedo. Entonces el Demonio, dirigiéndose al misterioso e impalpable concurso, dando otra gran voz, dijo:

—¡Genios de la Naturaleza, obedeced mis órdenes!

No bien dicho ésto, comenzó a percibirse, primero un ruido sordo que después se hizo más fuerte, para culminar en estrepitoso, como si todos los elementos naturales se hubieran desencadenado y sobreviniera el fin del mundo. Bramaba terrible el huracán, azotando las encinas de la Risca e inclinando hasta doblarlos los álamos de la ribera; crujían las peñas como denudados esqueletos que fueran a desencajarse; gemían los troncos de los árboles como seres animados sometidos a tortura; tremía y sacudíase la Risca como traqueada por el terremoto y hasta las aguas del hondo Cercos, saltando furiosas de su cauce, disparábanse a guisa de fantásticos surtidores que alcanzaban la pedregosa altura... En ésto serenóse de repente el huracán y se oyó

un lejano ruido como de batir de alas, que arreciaba por momentos, cual si todas las aves de presa de la sierra fueran a aterrizar de golpe en aquella explanada.

Entonces, como llovida del cielo, y a la luz de la aureola entre rojiza y violácea que rodeaba el cuerpo de Satanás, vióse caer en tierra toda una variada y extraña fauna: ya eran horrendas y desnudas viejas montadas en escobas o cabalgando sobre machos cabríos o mulos pardos, ya gallos y cuervos y lechuzas, gatos blancos y negros y grises y rubios, y escuerzos y sapillos y otras muchas especies de animales. Todos cayeron como de golpe y quedaron, unos formando grupos, y los más en corro grande en torno de su amo y señor.

Lo más digno de nota eran las damas del aquelarre, representación selecta del ejército brujo movilizado, que acudía presuroso de remotas tierras para asistir a la diabólica asamblea decretada por el Enemigo malo para celebrar aquel solsticio.

Allí estaban varias brujas de Segovia, particularmente las del barrio de San Millán y las del famoso *barranco* de su nombre que cerca de la cuesta de los Hoyos es aún objeto de curiosidad en el hondo valle del Clamores. Algunas

de ellas, por razón de la querencia, tendieron antes el vuelo al pico de Peñalara, en que suelen tener sus conventículos, volaron, ya de vuelta, sobre la propia Segovia y al través del río Moros, y antes de llegar a la Risca, según pasaban sobre Laguna Rodrigo, arrojaron a la laguna ciertos maléficos polvos, con que se desencadenó al punto sobre la dormida aldea una tempestad furiosa que despertó y amedrentó a todos sus habitantes.

De las brujas montañesas habían venido en comisión las de Ongayo, procedentes de la cueva en que solían ayuntarse y después de darse unos chapuzones en el mar junto a la cercana Suances.

Estaban allí muchas famosas brujas vascongadas, entre ellas las de la Peña de Amboto, con la encantada dama que en ella tiene su habitual residencia. También las no menos célebres de Navarra y de Logroño, tierras clásicas de la brujería nacional, entre las cuales las de Zugarramurdi, de gran recordación en las crónicas brujescas, después de celebrar una asamblea previa en su fantástica y encantada cueva, bien conocida entre todas las de los Pirineos; y las de Calahorra, y las del Valle de Salazar, que suelen volar sobre la sierra de Leyre, y que cor-

tando el Ebro por entre Calahorra y Alfaro, en negra bandada de más de ciento se descolgaron por sobre las sierras de Soria, con rumbo a la tierra segoviana.

Asistían asimismo las brujas gallegas de Coiro, las extremeñas del *Cerro de la Brujera*, de Logrosán, las manchegas de Madrilejos, y las de los altos *campos de Barahona*, uno de los tradicionales y más acreditados congresos diabólicos. Entre las más señaladas fueron las brujas aragonesas de Ojos Negros, serranas de Albarracín, quienes, de más negras intenciones que el nombre de su pueblo, gozaban con tullir o baldar de brazo o pierna a cualquier cristiano. Y entre las más dañinas de la clase, las del viejo castillo de Trasmoz, en la región del Moncayo, entre cuyas gracias se contaban las de encanijar o dar mal de ojo a los niños ternezuelos, o chuparles la sangre o sacarlos por la noche de sus cunas y azotarlos, o arrebatarlos del mismo regazo materno; las de emponzoñar las hierbas, secar las fuentes, exterminar los rebaños, despeñar a los pastores desde los riscos, desenterrar a los difuntos y embrujar a pueblos enteros.

Al olor de la zambra acudieron no pocas brujas catalanas, mayormente del llano de Vich

y del Llusanés, muy dadas a desencadenar los vientos y a formar malos nublados que destruían las cosechas. Y no faltaron las andaluzas de Lanjarón y las de tierra de Córdoba y entre éstas la celebérrima *Camacha* de Montilla, a quien daba el naípe por prodigios tan agradables y provechosos como tener rosas frescas por Diciembre y segar trigo por Enero, o por entretenimientos tan divertidos como el de trocar a los hombres en asnos. Por fin, creo haber leído, no sé dónde, que hasta acudió una representación lucidísima, más por la calidad que por el número, de brujas italianas, procedentes de Benevento, en la Campania, ciudad muy calificada por la abundancia de aquella buena gente.

Como las brujas iban llegando y ocupando sus respectivos sitios, cuáles conservaban el disfraz zoológico que habían adoptado y cuáles otras, y eran las más, iban recobrando su positiva forma humana, con lo que, si bien no faltaban algunas jóvenes y hermosas, empero las otras ofrecían tal y tan espantosa catadura como no había recordación en los anales tropélicos.

Ni que decir tiene que de las primeras en acudir a la cita fué la buena de la tía Raspa, caballera en una escoba; la cual Raspa no se anduvo en metamórfosis, sino que se presentó tal

como ella era, aunque algo más suelta de ropa, con que luego fué reconocida del mayorazgo, que respiró satisfecho al ver que entre el respetable concurso podía contar con valedora de tal autoridad.

Que no había cizaña entre tan escogido trigo, era cosa certísima. Ultra de su asistencia al convite, acreditábalo bien la conocida marca del sapillo en el ojo izquierdo, encima de lo negro, con que *el amo* señala a las brujas con el cuerno: marca que todas tenían. A mayor abundamiento, todas también conservaban a su lado la aérea cabalgadura en que llegaron, ora fuese cabrón, ora escoba, ora mulo o perro negro.

Entre tanta infinidad de brujas, no podían faltar, ni faltaban algunos brujos; pero como quiera que la inmensa mayoría era de mujeres, no sólo no podían permanecer en silencio, sino que comenzó a levantarse luego un gran desconcierto de voces, gritos y chillidos que no tenía traza de terminarse.

Todas querían hablar a un tiempo y contarse sus impresiones. Quiénes encarecían su preferencia por tal o tal otra cabalgadura en que habían hecho el atmosférico viaje; quiénes cantaban las excelencias de tal unguento o jarope con que se habían untado antes de emprender el vuelo;

quiénes declaraban las artes e industrias de que se valían para consumir sus tropelías; que como allí las había de tantas tierras y escuelas diferentes, era natural que resaltase más la agradable variedad. Así, pues, mientras quería decir alguna que la mejor untura era la conficionada con sangre de niños ahogados, diputaba otra por más extremada la compuesta de cicuta, beleño, solano y mandrágora y otra y otras defendían la de jugos de sapos y de cuervos, o bien, como mejor que todas, la de tripas de alacrán y de cangrejo, hieles de perro negro, sangre de murciélago, estiércol de lagartijas, sesos de asno y barbas de cabrón bermejo...

Meneaba la cabeza el *amo*, que seguía de pie en el centro, ahito de tanta parlería, hasta que colmada su paciencia, haciendo un hórrido vi-saje, hirió dos o tres veces con su pezuña de cabra la dura roca, de que saltaron chispas y como por encanto el silencio se impuso.

Aquí comenzó el toque de la fiesta. Brujos y brujas, uno a uno, comenzaron por rendir al Diablo reverencia y acatamiento como a su señor natural, puesta la rodilla izquierda en tierra, con otros actos prescritos en el ceremonial diablesco y que no es preciso especificar.

A continuación, dos de las cofrades adereza-

ron delante de Satanás una especie de altar cubierto por un paño negro y pusieron en él a un sapo entre dos velas verdes y dos macetas de valeriana. Hecho lo cuál, dióse comienzo al culto demoníaco con una especie de lúgubre salmodia que decían al unísono todos los devotos, en que se renegaba de Dios y de su ley y de su bendita Madre, y de todos los santos, se invocaba al Demonio y nuevamente se declaraban todos esclavos suyos. Después, puesto el un pie en el aire, rezaron todos por tres veces la oración de «Marmaroto», la del Rey Tobías» y la de «la Estrella». Y al par de esta sarta de blasfemias y de supersticiones, iban apareciendo en torno del gran cerco figuras extrañas de deformes monstruos, tales como cocodrilos rojos y negros, serpientes de colores, corpulentos monos y gigantescas arañas, que todo ello eran demonios que el infierno vomitaba para afianzar su dominio sobre aquel ejército de seres humanos...

La parte litúrgica y ritualista había terminado. Siguiéronse los memoriales y razonamientos, y expuestos distintos y muy variados casos por los circunstantes, el Presidente del conventículo íbalos resolviendo con tal presteza y seguridad como no había más que pedir. Allí se decretaron horrores. Cuando le llegó al turno a la benemé-

rita cofrade de Balisa y pidió la venia del *Amo* para consumir el rapto de Hoyuelos y ello le fué concedido, el mayorazgo de Paradinas ahogó en la garganta un grito de júbilo...

Satisfechas todas las aspiraciones que a Lucifer parecieron razonables, comenzó la escuela práctica de las *tropelias* o artes mágicas; y escogidas por el Presidente del respetable Senado las brujas más diestras, ellas fueron dogmatizando en materia de oraciones, invocaciones, recetas, conjuros, agüeros, ensalmos, hechizos, venenos, adivinaciones, embaucamientos, sortilegios, cercos y demás manifestaciones de la magia negra. Por respeto al simbólico nombre de la corriente que con su grato rumor regalaba a la asamblea, fueron especial objeto de enseñanza, los *cercos*, cosa de gran entidad y monta, y en que muchas de las afiliadas se confesaron poco duchas.

Como más eficaz de los procedimientos proclamóse el propuesto por una venerable cofrade del Somontano y así se promulgó una premática en que se ordenaba y mandaba que se hiciesen los cercos precisamente en la cocina, sobre todo si era lóbrega; que primero se barra bien el suelo y luego se trace en él el cerco con carbón; que se entre dentro la bruja con la escoba y con una candela encendida y que entonces y no antes

sea cuando invoque al demonio con el preferido conjuro. Con ésto certificábase que por la campana de la chimenea de la cocina se oiría una gran voz y que luego bajaría por allí el demonio en forma de gallardo mozo, o de ánima ensabonada, o de cabrón o de mulo negro, o de perro o de gato, lobo o conejo, entrándose también en el cerco. Este era el momento preciso para las unciones, que, quitadas las camisas y tomando de la olla el ingrediente, debían hacer las brujas, untándose ellas mismas las coyunturas de los pies y de las manos, al propio tiempo que repetían en voz inteligible la devota oración de rúbrica. Hecho lo cual, nada más tenían que hacer, pues el emprender el vuelo caballeras en su diablo y el arribar felizmente al sitio designado, todo ello se haría «como por el aire».

Dictada que fué la diablesca sinodal, S. M. cornífera hizo signo de rompan filas y entonces se dió rienda suelta al nocturno esparcimiento sin limitación alguna. Al tañido de atabales, adufes y sonajas, de cuernos, flautas y pífanos, rasgaron los aires voces enloquecidas y torpes cánticos y el balar de los machos cabrios y el graznar de los cuervos, y allí fué el saltar y brincar y el comer y el beber sin tasa ni medida y, en fin, desencadenóse una general orgía en

que no hubo erótico desenfreno ni aberración del entendimiento y de la voluntad que no alcanzaran su más riguroso cumplimiento y su más alta cúspide...

Aquello era una pesadilla de todos los demonios; una noche verdaderamente infernal. Aquello era, en palabras del celebrado autor de *Campesinas*:

«Una noche de sibilas y de brujas
y de gnomos y de trasgos y de magas,
una noche de sortíflegas diabólicas,
una noche de perversas quirománicas,
y de todos los espasmos
y de todas las eclámpsias
y de horribles hechiceras epilépticas
y de infames agoreras enigmáticas;
una noche de macabros aquelarres
y de horrendas infernales algaradas
y de pactos y de ritos y de oráculos
y de todas las diabólicas vesanias,
por horrendos peñascales que blanquean
a los rayos de una enferma luna pálida.»

El mayorazgo de Paradinas, invisible, al parecer, para el concurso, seguía atónito y con los ojos desmesuradamente abiertos todo el proceso del nefando espectáculo... La abyecta saturnal se prolongaba, se prolongaba... Aún no apuntaba la aurora en el horizonte, pero he aquí

que los gallos del molino y de la cercana aldea comenzaron a saludar el día ya próximo con su sonoro canto...

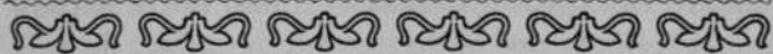
Y aquéllo fué el acabóse de la maldita zambra. De súbito cesaron toda luz, todo ruido y todo movimiento. Don Rodrigo perdió la conciencia de sí mismo, pero al comenzar a desvanecerse, percibió sensiblemente que una fuerza poderosa e invisible como de nervudos brazos le arrebatava por los aires, le remontaba casi hasta las nubes y le hacía descender de nuevo hasta dar fuertemente con su cuerpo sobre una superficie enlosada. Abrió los espantados ojos, tentóse de alto a bajo y comprobó con admiración que nada tenía quebrado y que nada le dolía. Púsose en pie y miró en torno... A la muy tenue claridad del alba, que comenzaba a asomar, columbró allí junto a cuatro robustos jayanes...

—¡Hola! ¿Sois vosotros?—les dijo.

Sin que mediara contestación a la pregunta, una voz cóncava, como del otro mundo, resonó en los aires diciendo:

—¡Sube!

Ante el mayorazgo y sus satélites se abrió con estrépito una puerta y los cinco desalmados se precipitaron a entrar por ella...



IX

La tragedia

CUANDO después de fenecida la tarde del día de San Juan cubrieron las sombras nocturnas el valle del Cercos, la calma más profunda reinaba, según costumbre, en el palacio de Hoyuelos.

Doña Mencía y su hija habían dado cuenta de la cena, con escaso apetito y absortas en sus pensamientos, sin dirigirse la palabra, como quien se lo tiene todo dicho.

Alzada la mesa, pasaron a la estancia inmediata y para aprovechar el tiempo y para distraer el tedio de la velada echaron mano a su labor de aguja, a que madre e hija eran muy aficionadas. En Castilla estaba a la sazón en boga y aun constituía una industria doméstica floreciente el encaje a que decían *punto de España*, muy practicado por las damas nobles de la época; y em-

pleando este procedimiento, traían entre manos ambas señoras un bello mantel de altar, de primoroso dibujo, hecho con hilos de oro, plata y lino, destinado a la iglesia de Hoyuelos.

Allá abajo, en el zaguán, el señor Martín y el escudero Santiuste, que, aunque de contrapuestos humores, eran en el fondo buenos amigos, disponíanse a la cotidiana requisa de las puertas, provistos de sendos farolillos y de algunas llaves enhiladas. Y sus pareceres, como casi siempre ocurría, eran diametralmente opuestos.

—En verdad os digo que las puertas principales son más fuertes que Roldán. Pero de estas de entre el zaguán y el patio y de entre el jardín y la calleja me fio muy poco y tengo para mí que el día menos pensado nos pueden dar un disgusto.

—Eso no es sino fantasías vuestras—dijo el mayordomo—. Por el siglo de mi padre, que buenas son las puertas todas del palacio y que mientras esté en él Martín Gutiérrez no ha de haber quien las toque una astilla y de lo que en ello se intentare, tanto me importaría como de la bajada del turco...

—Pues yo digo y redigo que las tales puertas no son bastantes para guardar el tesoro que

agora encierran y me maravilla que mi Señor Pedrarias Dávila, que Dios perdone, que levantó el palacio, no pusiera deste lado cosa de más sustancia.

Catad que otros eran los tiempos del Señor Pedrarias, que eran los de aquel dechado de Reinas que estaba, como Dios, en todas partes, pues en Castilla no se movía una hoja del árbol sin su voluntad... ¡Cuán distintos de estos últimos que hemos alcanzado, tiempos de alborotos y asonadas, de robos, muertes e incendios!

— Así es la verdad—confesó el rudo y bondadoso Santiuste—. ¡Dios lo haga como puede!

Acabaron de rechinar las cerraduras de unas y otras puertas, de las discutidas y de las indiscutidas; el palacio quedó, al parecer, en seguridad y los claveros se separaron, dirigiéndose cada cual a su aposento.

La tempestad que descargara a prima noche había amainado. Las damas seguían en la sala sin dar de mano a sus labores, en que les ayudaba un tanto la joven Beatrizilla, sentada en un escabel a los pies de sus señoras.

La conversación era lánguida y siempre solía recaer sobre el mismo tema. Las memorias de los ausentes... Las esperanzas de un retorno que

debía de estar muy próximo... Los planes para un muy cercano porvenir...

Como a las once de la noche, a Doña Mencía acometió y dominó el sueño, una especie de invencible modorra. Despidióse de su hija, dióle la bendición y se retiró a descansar, seguida de la solícita Ursola, su dueña, y de Beatrizilla, que se quedó disfrutando en la galería el fresco de la noche.

No así Doña María, quien no sólo no sentía sueño alguno, sino que sentía sus facultades muy despiertas. Permaneció, pues, en la estancia consigo misma.

Al verse sola, comenzó a advertir en sí ¡caso verdaderamente nuevo e insólito para ella, siempre tan varonil y serena! un temor extraño que pronto se convirtió en terror pánico. La soledad le oprimía el corazón. Necesitaba compañía, necesitaba de alguien, segura de que su mera presencia habría de protegerla contra un peligro cierto, cuya índole no le era dado adivinar, pero de cuya realidad no le cabía duda y cuya inminente amenaza palpaba, por decirlo así, en la atmósfera en que se movía.

Llamó a sí a Beatriz y le ordenó que no se apartara un punto de su lado. Su nerviosidad continuaba. Como lo benigno de la estación lo

permitía, las vidrieras del único balcón de la estancia estaban entreabiertas, pero el más leve rumor que de fuera llegaba a sus oídos aumentaba su zozobra, y para atenuarla mandó a su doncella que cerrara el balcón absolutamente. Retirarse a su aposento no quería y el estado de su ánimo no le permitía dedicarse por sí misma a una ocupación cualquiera. Dió unos pasos por la sala, acercóse a la librería que el lector ya conoce, repleta de libros, de molde y manuscritos, latinos y castellanos, y, paseando su vista por los plúteos, topó con varios de entretenimiento, que comenzó a leer por sus rótulos, tomando algunos en sus manos.

Flores y Blanca Flor. La historia de los dos enamorados Flores y Blanca Flor, rey y reyna de España y emperadores de Roma.

—Notable historia fuera ésta—dijo—si no fuera imaginada, pues yo nunca oí decir que ese Flores y esa Flor hayan sido Reyes de España ni Emperadores de ninguna parte.

Asió de un cuaderno también impreso, y leyó:

—Aquí comieça la espantosa y admirable vida de Roberto el diablo, assi al principio llamado hijo del Duque de Normandia.

Y añadió:

—Vuelva, vuelva este cuaderno a su sitio, que sólo la lectura del rótulo pone pavor en mi ánimo. Veamos este libro que está aquí junto.

Estoria del noble cauallero el conde Fernán Gonzalez con la muerte de los siete infantes de Lara.

Historia harto triste es ésta de los siete infantes de Lara, con que no quiero leerla agora, que no estoy yo para nuevas tristuras. Aquí parece otro libro de caballerías.

La demada del Sancto Grial: Con los maravillosos fechos de Laçarote y de Galaz su fijo.

—¡Notable fábula—dijo—amena y maravillosa, de que ya tengo leídos algunos capítulos! Este que está a su lado también es en folio y reza lo siguiente:

Los quatro libros del muy esforçado cauallero Amadis de Gaula.

Este es el mejor de los libros que deste género se han compuesto. Tómalo, Beatrizilla, ábrelo por do quisieres y léeme algo, que donde quiera que dieres darás con cosa buena.

Abrió luego el libro la doncellica a la ventura y comenzó muy reposadamente a leer desta manera:

«Así como oís fué encerrado Amadis con nombre de Beltenebros en aquella Peña Pobre,

metida siete leguas en la mar, desamparando el mundo é la honra, é aquellas armas con que en tan grande alteza puesto era; consumiendo sus días en lágrimas y en continuos lloros, no habiendo memoria de aquel valiente Galpano y de aquel fuerte Abies de Irlanda, y del soberbio Dardan, ni tampoco aquel famoso Apolidon, que en su tiempo ni en cien años después nunca caballero hobo que a la su bondad pasase; los cuales por su fuerte brazo vencidos y muertos fueron, con otros muchos que la historia vos ha contado.»

—¡Por Dios!—exclamó Doña María al llegar la lectora a este punto—que aunque la historia dese buen caballero y fiel amador es cosa deleitable, pero has topado con tal tristor y tantos lloros y lágrimas y tales muertes y vencimientos como no podría pedirse más para doblar mi pesadumbre. Tente ya y torne el cuitado a su plúteo y pasemos a otra cosa con que puédame más desenfadar.

Continuando la búsqueda, tomó un grueso volumen, asimismo en folio y en pergamino, en cuyo tejuelo leyó: *Cancionero general de muchos y diversos autores.*

—Toma y lee más, Beatrizilla—dijo—, que éste es libro famoso, en que hay cosas de de-

voción y de moralidad y de amores y de burlas provocantes a risa.

Obedeció la doncella, abrió como le plugo el libro, en que en nutridas columnas y en apretados caracteres de tortis campaban versos y estrofas como escuadras alineadas para entrar en batalla. Y posando su vista al dorso del folio ccii, dió lectura a unas coplas de Juan Fernández de Heredia, que así decían:

Querría saber quejarme
de mí mismo y maldezirme,
pues que nuestro
que ni yo puedo apartarme
ni tampoco arrepentirme
de ser vuestro.

Y pues mi ventura y vos
me tiene tal, que me veo
qual me veys,
tan en las manos de Dios,
que se cumplirá el desseo
que teneys

de verme muerto, señora,
y aunque no me pesa desto,
yo maldigo
aquel punto y aquel ora
cos vi por do fuí tan presto
ni enemigo.

Maldigo más aquel día
que mis ojos causa fueron
por do os viesse,
tal que fuera culpa mía
no quereros, pues quisieron
cos quisiesse.

—Notables concetos son éstos—dijo Doña María, atajando aquí nuevamente a la lectora—y bien sabe ese trovero aderezar coplas de pie quebrado. Pero tanto maldecirse y maldecirlo todo, digo que es fuerte cosa para un buen amador, que no parece sino que está a un jeme de desesperarse... Pasa, pasa a otra cosa, Beatriz, que no maldiciones ni amores desesperados sino más suaves y apacibles invenciones he yo menester...

Beatriz comenzó a pasar maquinalmente folios y folios, como la que no sabe lo que busca. Y como parara en seco y se dispusiera a emprender otra lectura, hizole su señora un significativo ademán en contrario y tras una breve pausa, dijo:

—Ni me encuentro ni sé qué tengo, yo tan fácil de satisfacer otras veces, e insensible hoy a cualquier impresión que no sea la de mi so-

bresalto y poquedad de ánimo. No más coplas ni romances, Beatrizilla. No más lecturas profanas que, así Dios me valga, de más ciertos y verdaderos consuelos necesito en la confusión y sequedad en que me hallo.

Levantóse de nuevo de su asiento, tomó de uno de los estantes un libro pequeño y dijo a su compañera:

—Recemos, amiga, el oficio de Nuestra Señora, y repite puntualmente cuanto yo vaya leyendo.

Y, comenzando por el *Ave María*, fué pasando el *Oficio mariano* por entero, sus invocaciones, su himno, sus lecciones y los inflamados versículos del *Te Deum* hasta el *In Te, Dómine, speravi...*, todo lo cual repetía, en efecto, la doncella.

Ya, con mucho, la media noche era pasada. Como si la piadosa lectura hubiera surtido los efectos de un sedante, dicho con cierta extraña y singular morosidad el consolador *In Te, Dómine, speravi*, los nervios de Doña María se apazguaron, cerráronse sus párpados, doblóse su cabeza y se entró todo su ser por la región del más profundo sueño. La doncella siguió sin tardanza el ejemplo de su señora. Y momentos después, tan sólo interrumpía el silencio de la

estancia el suave ritmo respiratorio de dos pechos femeninos, tan sanos como las almas que en aquellos cuerpos se hospedaban.

.....
Las dos postreras candelas que, aún con vida, alumbraban malamente la pieza, habían entrado en el período agónico, inclinados ya los pábilos, y con el estertor de un angustioso chisporroteo, cuando a deshora, del lado del patio sonó un fuerte golpe seco, a modo de chasquido, en tanto que retumbaba por todo el palacio el estrépito propio del abrirse simultánea y violentamente varias puertas. Y una de las así abiertas, por fuerzas invisibles y sin intervención humana, era la que cerraba el paso entre las galerías del patio y la sala en que se hallaba Doña María.

Al gran ruido que hicieron los batientes en su choque contra el muro despertaron la dama y su doncella. Pusiéronse en pie maquinalmente creyéndose víctimas de una alucinación. Del fondo del patio partían fuertes rumores. La intrépida Doña María abalanzóse a la puerta para inquirir su causa y en el mismo punto percibió claramente—que allí no había alucinación alguna—, primero el estruendo de un tropel de gente que subía acelerado por la escalera, y después a un pelotón humano que invadía la

galería alta del patio dirigiéndose hacia donde ella estaba.

—¡Socorro! ¡Favor!—gritó entonces con toda la fuerza de sus pulmones, mientras retrocedía a la sala y la doncella, despavorida, se acurrucaba en un rincón.

Hacerse cargo de la situación y decidirse a arrostrarla con valentía fué todo ello obra de pocos instantes. Por el paso de la galería a la sala entraron cinco hombres. Al mismo tiempo, por la campana de la chimenea descendió, haciendo un ruido de tromba, un horrendo pajarraco, un cuervo grande y negrísimo que, desembarazándose luego de las estrecheces de la chimenea, comenzó a girar en círculos, sobre las cabezas de los que en la estancia se hallaban.

A la confusa claridad de la mortecina luminaria y a la del alba, que a más andar venía, pronto reconoció Doña María a Don Rodrigo Osorio, que capitaneaba a aquellos salteadores.

—¡Atrás, miserable!—rugió como una leona, concentrando todas sus energías y plantándose, resuelta, en medio de la estancia.

—Señora, cuanto intentéis es inútil. Mía sois, y presupuesto que sois mía, sedlo de grado antes que lo seáis forzada.

—¡Primerø la muerte!

—¡Sus y a ella los míos!—ordenó el infame. Vacilaron un momento los esbirros y durante este momento y tan pronto como se tarda en contarlo, acaeció algo imprevisto y espantoso.

Cuando ya los forajidos se lanzaban a sujetar a Doña María, avanzó desde su rincón el arnés a grandes pasos, encaróse con el miserable Don Rodrigo y de un solo golpe de revés de su guantelete de acero partió el cráneo al mayorazgo, dejándole cadáver.

Cayó también en tierra, desvanecida, Doña María y cayó, asimismo, su doncella. Locos de terror los bandidos, escaparon a la galería y se arrojaron al patio de cabeza, estrellándose los tres contra el enlosado y quedando el cuarto con vida, quebrado de piernas, brazos y costillas. La horrible ave negra, en quien es fuerza que el lector haya reconocido a la bruja de Balisa, embistiendo contra otra puerta lateral, la arrancó de cuajo, atravesó volando por la pieza inmediata, horadó un balcón que caía sobre el valle del Cercos, salió al campo graznando lúgubrememente y remontó el vuelo por el espacio. En las estancias quedó un fuerte olor a azufre y a todos los hedores del infierno.

Los fragores originados por los rapidísimos sucesos habían producido los naturales efectos

en los demás moradores del palacio de Hoyuelos. Antes de cinco minutos no había en él persona que no estuviera en pie. El silencio era otra vez profundo, y la luz del alba inundaba ya el patio y las estancias.

Quienes primero se pusieron en movimiento, interrumpidos pronto sus ligeros sueños de viejo por el estrépito, fueron el mayordomo y el escudero, que coincidieron en el zaguán con la sorpresa y la interrogación pintadas en sus rostros. Examinado el terreno, su asombro fué en aumento al comprobar: que las puertas principales y la de entre el jardín y la calleja seguían tan cerradas e intactas como las habían dejado horas antes; que las de paso al zaguán y a la galería alta estaban de par en par abiertas, sin llave y sin el menor deterioro en las maderas y en las cerraduras; y que sobre las losas del patio yacían dos ensangrentados cadáveres, otro hombre manando también sangre y privado de conocimiento, aunque aún con vida, y un cuarto que se revolvía en el suelo, lanzaba lastimeros ayes y pedía a gritos que le socorriesen o le matasen.

Cuanto a Doña Mencía, acudió lo primero al aposento de su hija y como le hallara vacío e intacto el lecho, después de correr, como loca, toda la casa, abocó al teatro de los sucesos y lo

que allí presenció suspendióle los alientos vitales: un hombre exánime con la cabeza destrozada y desfigurado el rostro; en el suelo, como muertas, Doña María y su servidora, e interpuesta entre éstas y el difunto, la armadura de Pedrarias, en pie en medio de la pieza, con la diestra en alto, en actitud, al par, de defensa y de amenaza.

A las desgarradoras voces de Doña Mencia, luego acudieron todos a la sala, convertida en hervidero de comentarios. Pero ante lo principal debía ceder lo restante. Doña María fué transportada cuidadosamente a su lecho, donde la tierna solicitud de una madre pronto la tornó al conocimiento y pudo infundirle un sueño reparador. El mayordomo y el escudero asieron del arnés, que, dócil a la maniobra, dejóse bajar el amenazante brazo y conducir a su sitio propio. La aurora derramaba toda su luz, convidando a nueva vida. Y mientras los dos viejos servidores fueron a dar aviso a la justicia del lugar para que actuara según el caso requería, e interrogara a los vivos y enterrara a los muertos, las campanas de la iglesia llamaban a los fieles a misa de alba...



Post nubila Phoebus

EN la plaza del palacio de Hoyuelos paseábanse el mayordomo y el escudero comentando los sucesos de la pasada noche, que, como no podía ser menos, eran la comidilla del lugar. Noticiosos de lo ocurrido, ni un vecino quedó que no desfilase por la noble morada para cerciorarse de lo cierto o lo incierto de lo que se decía y de lo que se suponía, que ni lo uno ni lo otro era poco. Y el deseo de cerciorarse no dejaba de ser justificado, pues, según una versión, Doña María había sido arrebatada por las brujas, y según otra, estaba enferma de gravedad a consecuencia de la tremenda impresión recibida.

Los buenos servidores rectificaban las noti-

cias falsas y restablecían los hechos a su modo y en lo que a ellos se les alcanzaba, que no era mucho, con gran satisfacción de los aldeanos, que guardaban para Doña María un amor y una gratitud propios de aquellos pechos a la vez nobles y plebeyos de la Castilla integrada y castiza de los mejores tiempos.

El reloj de sol del palacio rayaba con las doce del día y ya se iba a retirar de la plaza el mayordomo para disponer lo necesario al yantar de las Señoras, cuando por el camino de Laguna adelante acertaron a divisar él, su compañero y los demás estantes en la plaza, una cabalgata que avanzaba rápida hacia Hoyuelos a un trote largo.

Claváronse en ella todos los ojos, afanosos de novedades, y los más perspicaces, luego se percataron de que era cabalgata mixta, en que claramente se distinguían militares arreos y eclesiásticos hábitos, en amigable consorcio. En fin, los cabalgantes entraron en el pueblo y cuando se vió que se enderezaban a la plaza del palacio, un movimiento de sorpresa y de júbilo se apoderó de los que allí seguían, para quienes la incógnita dejaba ya de serlo.

Pararon en firme los llegados ante el edificio. Los dos viejos servidores adelantáronse respe-

tuosos a darles la bienvenida y los rústicos apiñáronse en torno en apretado círculo que casi impedía a los caballeros moverse y descabalgár. Los saludos, los plácemes y las frases efusivas cruzábanse entre unos y otros; las demandas y las respuestas y las atropelladas explicaciones no daban paz a las lenguas, y la plaza, a que ya iba acudiendo casi todo el vecindario, era un locutorio de pláticas y comentarios que repercutieron a los pocos instantes dentro de los muros del palacio, durante toda la mañana y hasta aquel punto y hora tan silencioso.

La espectación, primero, y la satisfacción, después, con que los viajeros eran acogidos, no podía ser más justificada. El tan deseado regreso de los Señores era una realidad. Allí estaban Don Antonio Arias Dávila y su hijo el joven Pedrarias, y allí Don Pedro del Hierro, todos tres seguidos de sus sendos escuderos, y todos montando en muy buenos corceles. Y a su lado se veía al muy Reverendo y magnífico Señor Don Diego de Zúñiga y Fonseca, Abad de Párraces, y a un religioso lego que le asistía, ambos caballeros en orondas mulas.

Mientras la nueva de la venida volaba escalera arriba de la mansión y llegaba a las cámaras de las damas, el buen Santiuste lograba a fuerza

de razones y de puños ensanchar el estrecho cerco humano, y los caballeros y los religiosos descabalgaron y penetraron en el palacio.

La sala principal del edificio, ocho horas antes teatro de escenas de horror y de muerte, parecía ahora prepararse para una recepción o una fiesta. Confundidas allí la indumentaria militar, la civil y la popular y los tales hábitos de propios y de extraños a la casa, pronto hicieron su aparición las damas, con sencillo y matinal atavío, impresas en los rostros las huellas de las angustias pasadas que atemperaba la dicha presente.

Conmovedora fué la escena que allí se desarrolló, mayormente entre los deudos y entre el enamorado Don Pedro y su amada, radiantes de felicidad. Con emoción intensa escucharon los nuevos huéspedes los recientes espantables sucesos, y unos y otros bendijeron a la Providencia, que no desampara jamás a las almas buenas y las rectas intenciones. Don Pedro, el Señor de Hermoro y su hijo, acosados a preguntas, eran vivas crónicas de notables sucesos y de famosas hazañas, y pregoneros de naciones y costumbres varias y diferentes. La ocasión y las circunstancias en que se hallaban, obligáronles a permanecer al lado del Emperador *semper Augusto*, muy

satisfecho de los grandes servicios de nuestros tres segovianos. A Don Pedro del Hierro cobró Don Carlos tan singular afición, que antes de salir de Italia recompensóle con el hábito de Santiago y con una Regiduría perpetua en su ciudad natal. Acompañando siempre al monarca y entre su séquito, embarcaron en 9 de Abril de aquel año 1533 en Génova, y tras doce días de viaje por mar, con viento propicio y breves detenciones en San Remo y en Marsella, tomaron tierra en Rosas en 21 de Abril, y utilizando allí la posta, llegaron el siguiente día 22 felizmente a Barcelona, donde estaban la Emperatriz Isabel, Gobernadora del Reino; el Cardenal Tavera, Arzobispo de Toledo, y buena porción de la nobleza de España, ansiosa de ver a su glorioso príncipe. Detúvose el Emperador en Barcelona, y con él su séquito, más de mes y medio, por tener que tratar y resolver allí graves asuntos. Cumplidos y aún sublimados los que él estimó sus deberes de español, nuestro Don Pedro del Hierro, embargado el pensamiento por la dulce memoria y por la espiritual presencia de su amada, no veía el momento de partirse para Castilla y ya comenzaba a desesperar con la prolongada estancia en la capital de Cataluña. Por fin,

en 10 de Junio dióse la orden de partida, camino de Aragón, a do se dirigía el Emperador a celebrar Cortes; y por Molins de Rey, Montserrat, en cuyo famoso Monasterio pararon dos días, Igualada, Cervera, Bellpuig y Lérida, en 18 de Junio arribó el lucido séquito a Monzón, lugar designado para las Córtes, donde, en efecto, el siguiente día 19 pronunció el Rey el discurso de apertura. Pero aquellas Cortes iban a ser largas y laboriosas y no pareciendo necesaria la retención de todo el acompañamiento palatino, Don Carlos tuvo a bien licenciar a buena parte de éste. Entre los autorizados para marchar contáronse los tres caballeros segovianos, quienes, con gran contentamiento suyo, el mismo día 19, tras un brevísimo consejo de familia y de perfecto acuerdo quanto al plan y proyectos para lo futuro, partieron de Monzón, y, en cinco muy grandes y forzadas jornadas, pusiéronse en la Abadía de Párraces, donde llegaron en la noche del 24 de Junio, confiriendo largamente con el Abad y pernoctando en la misma Abadía. Y en la mañana del día siguiente, tras un descanso en las celdas conventuales, a que les había hecho bien acreedores su propia diligencia, acompañados del Reverendísimo de Párraces y acuciados por sus vehementes deseos, enfilaron hacia Ho-

yuelos y hacia la amada mansión solariega, santuario de gratos recuerdos y de próximas venturas...

En los postreros días de Junio, el ambiente familiar del palacio de Hoyuelos rebosaba felicidad y alegría, ante la perspectiva de unas nupcias que iban a celebrarse en fecha inmediata, muy inmediata; que la voluntad de los novios y el beneplácito de los deudos no daban mayor tregua y era general el deseo de raer, si posible fuera, hasta la memoria del tremendo y tan reciente caso con el advenimiento, sin más dilaciones, de la dicha colmada de dos almas y de dos familias.

Todo rebosaba allí, digo, felicidad y alegría. Cierto que el joven caballero tuvo que aceptar por aquellos días un aposento y un lecho en la casa rectoral; pero no menos cierto que el Reverendo Abad de Párraces, huésped de los Señores de Hermoro, tuvo también, ante la mesa, muy bien provista por la habilidosa Mari-Gómez, que restringir harto los rigores de su Canónica Agustiniána. Tiempo no había de que los novios y sus familiares más íntimos fueran a la ciudad *para las galas ni a hacer las joyas*, como dicen y es uso en casos tales en tierra segoviana; a bien que de galas y de joyas no se estaba mal en el

palacio y de meses atrás todo estaba previsto. Pero en el transcurso de aquellos cortos días, acelerados emisarios enviados a Segovia y a Santa María la Real de Nieva, fueron portadores de ciertas cédulas de convite, enderezadas a contados deudos y amigos de los Señores e hicieron provisión de bastimentos y utensilios de varia índole, necesarios para el acontecimiento que ya estaba encima...

Amaneció el día 29 de Junio, fiesta del Señor San Pedro, designada para el casamiento de Don Pedro del Hierro y Doña María Arias Dávila. Tal designación se había hecho por las siguientes razones: por la misma proximidad del día; por conmemorarse en él, con general auge en todo el mundo cristiano, al Príncipe de los Apóstoles; por *caer* aquel año en domingo, en que la clase popular suele andar más desocupada; y por ser el santo del novio. Amaneció, pues, aquel día, irradiando la doble claridad de espléndido día veraniego y de diáfano portador de venturas. El palacio y la iglesia hervían en preparativos desde prima hora de la mañana y la calle que los unía era como vistoso campo de ramaje, lazos, cintas y flores. Exornaban la sobria portada románica del templo graciosas guirnaldas, y de las góticas bóvedas de su única

nave pendían banderas y gallardetes, con los blasones unidos de Arias Dávila y del Hierro.

Congregados temprano en la principal sala del palacio la familia y los invitados de distinción, según la usanza castellana vieja, los Señores de Hermoro bendijeron a los que iban a contraer matrimonio; y serían pasadas las nueve cuando una pintoresca comitiva salía por la puerta del jardín del palacio en dirección al templo parroquial, ante el pueblo entero, que esperaba en la calle del tránsito. Precedíanla el gaitero y el tamborilero, los más diestros de la comarca en el ejercicio de su profesión, que vestían el clásico traje regional y alegraban los corazones con las regocijadas notas del tamboril y la dulzaina. Tras ellos iba el alguacil, despejando el paso, que obstruía la curiosidad de mujeres y rapazuelos. Seguían los Regidores del muy honrado Concejo del lugar, con su Alcalde, todos muy tiesos y graves, vistiendo el negro paño segoviano bajo los obligados capotes y capas, que ni los rigores estivales hacen abandonar en caso de tales solemnidades. Guardando también la tradicional costumbre, marchaban luego los invitados de toda categoría y los mozos del pueblo, precediendo y acompañando a Don Antonio Arias Dávila, Señor de Hermoro;

a su hijo, el joven Pedrarias, y al novio. Éste iba gallardísimo con rico traje de gala: jubón de brocado, ropilla cerrada y ajustada, calzas castellanas con carreras de velludo, marquesota a la tudesca, bonete de terciopelo negro guarnecido de plumas y cinturón y tahalí con espada y daga ricamente cinceladas. Continuaba el grupo femenino, damas segovianas y mujeres pueblerinas, acompañando a la noble Señora Doña Mencía Daza, ricamente engalanada, y a la hermosa y gentil novia, cuyo atavío no es bien deje de registrarse. El valioso vestido era todo blanco, de damasco y picado terciopelo. La saya, fruncida y ajustada con tejillo; el jubón, de cuadradas hombreras y amplísimas mangas adornadas con tiras de seda de alto a bajo. Ciñendo los breves pies, ricos chapines bordados; tocando la cabeza, el velo de desposada, de calado tul de seda, y realzando la figura toda, un valioso sartal de perlas en la garganta y primorosos anillos, ajorcas y zarcillos de oro y pedrería. Tras los caballeros y damas, en fin, asistían los servidores de ambos sexos y entre ellos era muy de notar el viejo escudero Santiuste, a quien parecía rebosar la satisfacción por todos los poros de su cuerpo.

Llegó la comitiva a la iglesia, en cuya misma

puerta esperaba el Abad de Párraces, acompañado del Cura propio de Villoslada y del Teniente de Hoyuelos, todos tres revestidos de riquísimos ornamentos traídos para el caso de la opulenta Abadía. Cada cual ocupó su correspondiente puesto y junto a los novios colocáronse los Señores de Hermoro, que debían representar como padrinos a los ausentes Señores del Palacio de Hoyuelos. Procedióse incontinenti al desposorio, que, según costumbre tradicional en aquella tierra, se celebró a la puerta misma del templo, del lado de dentro. No hubo novedad en esto, pero puede y debe consignarse esto otro: que a las preguntas de rúbrica, formuladas con firme voz por el Abad, respondieron los contrayentes con el adverbio afirmativo más rotundo y sonoro que escuchara jamás concurso alguno en casos tales. Acto seguido, el Parracense pronunció una insinuante y docta admonición en que, apoyándose en textos bíblicos y eclesiásticos, declaró el sentido místico, la santidad y la trascendencia del matrimonio cristiano con tan vibrantes tonos de verdad y de elocuencia que adoctrinó a muchos, conmovió a todos y a los felices contrayentes colmó de espiritual gozo, présago de las mayores venturas. Conclusa la ceremonia,

internáronse todos en el templo y se celebró misa solemne de velación, durante la cual el maestro organista de la Santa Iglesia de Segovia, bordó maravillas sobre el realejo parroquial, que en aquel mismo año se había estrenado.

A la salida del templo desbordáronse, con acompañamiento de tamboril y dulzaina, las enhorabuenas a los nuevos esposos y en el breve trayecto hasta el palacio, los vivas y los aplausos de la multitud y las coplas alusivas, obligadas también o poco menos por tierras segovianas en tales retornos de las ceremonias nupciales.

En la noble mansión sirvióse un gran banquete para los Señores y se dió de comer a todo el pueblo congregado en la plaza delantera. Era voluntad de los novios y de sus padres que las fiestas de la boda fueran muy populares y muy segovianas y así ellas continuaron al clásico modo durante los obligados tres primeros días.

Mediada ya la tarde, en la plaza del palacio *armóse el baile*, el inmemorial *baile de rueda*, al son de dulzaina y tamboril, cuyos titulares no dieron paz a la mano ni a los pulmones hasta bien entrada la noche. Al comenzar el

baile salieron por primera pareja a la plaza los novios, dando dos o tres vueltas y por segunda, como padrinos suplentes que habían sido, los respetables Señores de Hermoro, que, a pesar de sus años, no quisieron sustraerse a esta función del popular rito. Seguían en la rueda los mozos con sus respectivas novias y en fin las demás parejas, de damas y caballeros, de mozos y mozas sin distinción alguna. Era aquello un espléndido cuadro de luz y de color en que, al impulso de la acompasada danza, que por su gravedad y compostura tenía mucho de religiosa, triunfaba, con el puro y perenne tipo de vacceos y vettones, el clásico vestido regional femenino: manteo de grana, jubón de merino negro, pañuelo de colores, medias blancas, rojas o azules, todo lo cual, junto con alguna sarta de corales al cuello y con el complicado y vistoso *peinado de labradora*, prestaba a aquellas mujeres castellanas un matiz especial e inconfundible.

Al anochecer, a la luz de antorchas y teas y al arrebatado tañer de dulzainero y tamborilero, la danza más y más se animaba y la plaza del palacio parecía hundirse del estrépito, con el mayor concurso de los aldeanos y de los pueblos vecinos que era lo corriente en las

anuales y seculares fiestas de Santa Agueda y de Santa Catalina. Pero retirados que fueron los Señores, dióse por la autoridad competente el *toque de queda*, la plaza quedó desalojada y los alrededores del palacio en silencio...

Durante el segundo y tercero días siguiéronse con igual animación las fiestas. El día segundo, después de comer todos los invitados del palacio, hizose la tradicional *ofrenda*, que, en la mesa dispuesta al efecto, entre los novios y los padrinos, iban depositando todos los concurrentes, al par que libaban a la salud del nuevo matrimonio. Y en el tercero, celebráronse las no menos tradicionales *corridas de rosca*, con las correspondientes vueltas de baile, en que tomaron parte novios, padrinos y todos los invitados señoriles y populares. Ni que decir tiene que el *baile de rueda* continuó funcionando aquellas dos últimas tardes con el mismo entusiasmo que si mozos y mozas no hubieran bailado nunca.

En fin, pasados los tres días de fiestas y ausentes ya los forasteros, túvose en el palacio la *tornaboda*, con íntima comida familiar, en que no faltaron las sendas gallinas que como aportación simbólica al total gasto traen en casos tales los más íntimos deudos. Así

terminaron aquellas famosas fiestas de boda, famosas en la comarca en muchas leguas a la redonda.

No se estilaban por aquel tiempo los *viajes de novios* y así a Doña María y a Don Pedro bastó por el momento, y muy holgadamente y a su satisfacción, el palacete de Hoyuelos para nido de su ventura y en compensación de los pretéritos cuidados y sobresaltos. De lo que les acaeció adelante no trataré ahora, por no disponer de vagar para ello. Sabe sólo, lector paciente que no me abandonaste en el curso de esta historia, que fueron muy felices, que vivieron dilatados años, que tuvieron hasta doce hijos, que Don Pedro defendió gallardamente y con éxito, como Regidor perpetuo de Segovia, los derechos de su ciudad natal, menoscabados en cierta ocasión por el Concejo de Madrid, y que, en recompensa de sus servicios y por merced del César Carlos V, obtuvo, a más de las gracias ya dichas, la rica Encomienda de Montiel y la dignidad de Trece en la Orden de Caballería de Santiago, de la que fué una de las figuras más ilustres.

Tampoco he de decir, por brevedad, de los otros personajes que han tenido que sacarse a luz o a media luz en la historia.

Sólo haré una excepción en honor de la bue-

na de la tía Raspa, la bruja de Balisa. La cual Raspa, sin que empeciera su venerable ancianidad, ya fuese por la fechoría de Hoyuelos o ya por alguna otra posterior, que en esto no andan de completo acuerdo las Crónicas, fué empapelada por la Inquisición de Segovia, enjaulada en su cárcel y emplumada, paseada, azotada y corrida de muchachos por las calles de la ciudad del Eresma. Diz que la pequeña cruz de piedra berroqueña que aún se yergue sobre el *botón de Balisa* colocaron allí los honrados vecinos del pueblo para purificar aquellos sitios del mal recuerdo y de las infernales artes de la maldita vieja.

Ya va para cuatro siglos que aquellos sucesos ocurrieron y hasta en el mismo Hoyuelos perdióse su rastro en la memoria de las gentes. Pero la imaginación popular aún enlaza a la morada palaciana el recuerdo de alguna hazaña brujesca y aún señala a uno de los balcones que se abren del lado del Cercos como el sitio por donde, hace no se sabe cuánto tiempo, una bruja disfrazada de pajarraco salió volando como alma que lleva el diablo.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
I.—La partida.....	9
II.—El arnés	19
III.—Algo de historia.....	35
IV.—Preludios de tempestad.....	57
V.—El mayorazgo.....	81
VI.—El pacto.....	99
VII.—Camino de perdición.....	119
VIII.—El aquelarre.....	131
IX.—La tragedia.....	155
X.—Post nubila Phoebus.....	171

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LA MUY NOBLE CIUDAD DE
SEGOVIA, EN LA IMPRENTA
PROVINCIAL, A XXXI DÍAS
DEL MES DE JULIO DE
MCMXXVI AÑOS
LAUS DEO







00000000000000000000

CONDE
DE
CEDILLEC

LA
LEYENDA

DE

LA
LEYENDA

G
39480

00000000000000000000